

*CARTAS ESCOGIDAS*  
*DE*  
*MADAME DE SÉVIGNÉ*

EDITOR: "EL ATENEO" - B.S. AIRES

P R I M E R A E D I C I Ó N

*Queda hecho el depósito que previene  
la ley. Reservados todos los derechos.*

I M P R E S O E N L A A R G E N T I N A

Se acabó de imprimir este libro el día 12 de  
diciembre de 1944, en la Imprenta de F. y  
M. Mercatali, Av. Acoyte 269, Buenos Aires.

# CARTAS ESCOGIDAS DE MADAME DE SÉVIGNÉ

*Acompañadas de notas explicativas sobre los hechos  
y las personas de su tiempo  
precedidas de observaciones literarias*

por

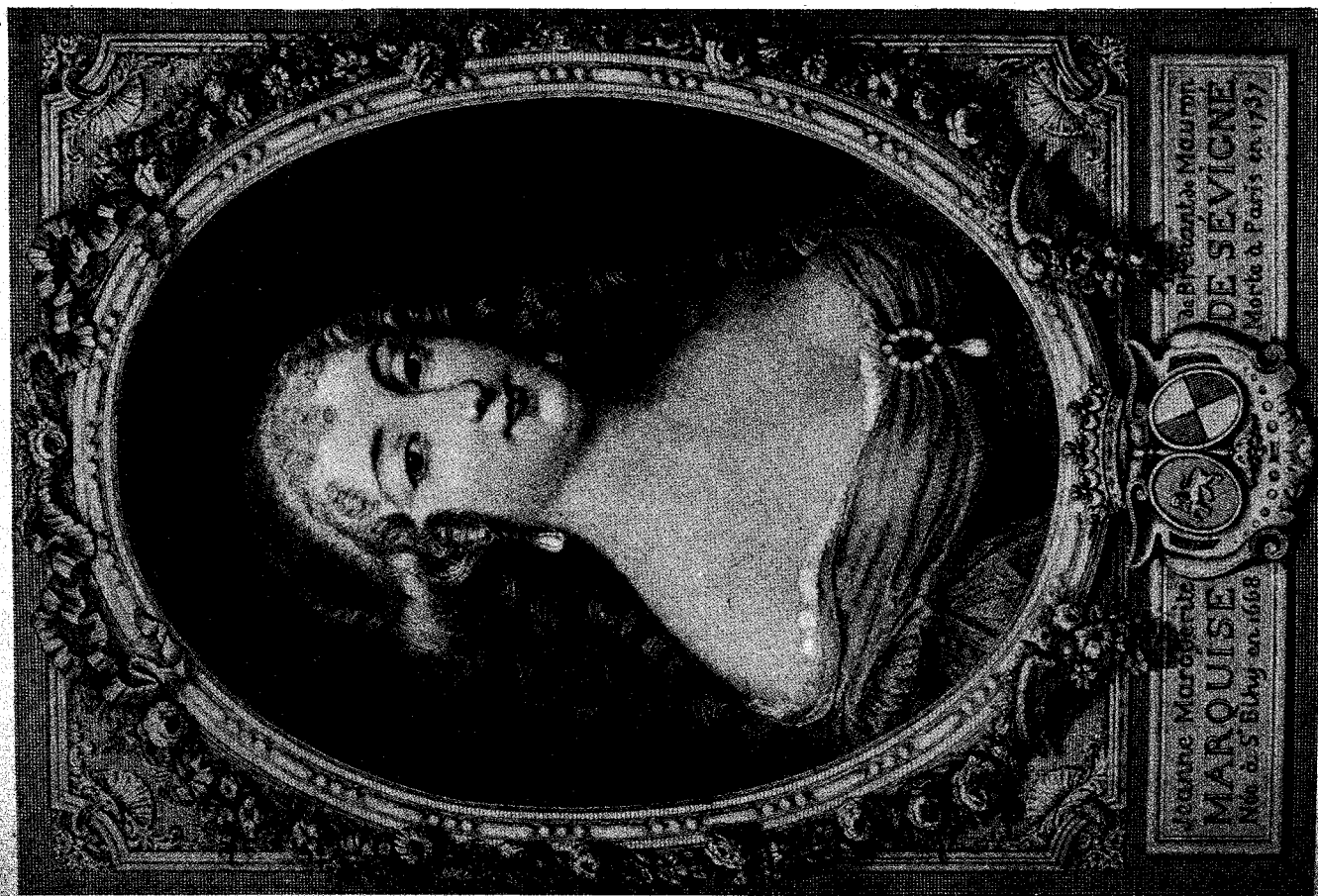
CAMILO DE SAINTE-BEUVE

Versión Española

de

FERNANDO SOLDEVILLA

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEIO"  
FLORIDA 344 - CORDOBA 2099 - BUENOS AIRES



De una estampa de la época.

## PALABRAS INICIALES

ENTRE el abundante correo íntimo que circuló por la posta francesa del siglo XVII, es el de Madame de Sévigné uno de los que más justifica la razón de su continuidad. Si faltara a esa correspondencia el mérito literario que se le asigna, bastaría su alcance de contribución histórica, para hacerla indispensable en el conocimiento de una época de pulso tan activo y variado como la que caracterizó el reinado de Luis XIV.

Durante un largo período, Madame de Sévigné fué registrando sus impresiones como en un minucioso diario, donde el acontecimiento fundamental no desplazó al eco pintoresco, a la vibración emotiva o al detalle más insignificante, no por eso menos útil al examen del investigador.

La clara objetividad de su prosa, ajena a toda pretensión estilista, acentúa el realismo narrativo que se respira en sus cartas. Sentimientos y costumbres, sucesos capitales o vulgares anécdotas mundanas, sutiles reflexiones instiladas a veces de fina ironía, se ofrecen a la curiosidad, abonados por la fuerza de su testimonio. Todo está consignado escrupulosamente, desde la épica descripción que exalta el heroísmo del Mariscal de Turena, hasta las frívolas anotaciones que señalan cambios en la moda de su tiempo.

Las escenas y las personas conservan en la transcripción el vigor de sus movimientos originales, inoculados de una existencia perpetuamente renovada.

Cuando relata el curso del proceso al superintendente Fouquet, nada escapa a su agudo instinto de cronista, ni siquiera la aparición de un cometa de larga cola, que le fué permitido ver al acusado desde la terraza de la Bastilla. No es menos exacta al ocuparse del ajusticiamiento de Catherine des Hayes,

quemada viva en la Plaza de Greve y que ella presenció desde el Hotel Sully, en compañía de la dueña de casa, Madame de Chaulnes y la condesa de Fiesque. Y así una querrela doméstica entre el príncipe d'Harcourt y el Mariscal de La Feuillade, el comentario de una representación teatral o algún tema de contornos policiales, concurren a estimular el interés de la lectura, animándola del mismo espíritu de amenidad.

Vivió en un siglo en el que las letras francesas brillaron con los fulgores de Corneille, de Racine, de Pascal y de Molière. Con ellos alternó en aquel Versalles del Rey Sol, influyendo con el encanto de su cultura, que hacía de la marquesa una dilecta interlocutora.

Sainte-Beuve, que profesó verdadera admiración por esa extraordinaria mujer, ha trazado en el prólogo que precede a esta versión española de sus cartas, uno de sus más bellos retratos. En su autorizada palabra, cobra la autora de la correspondencia el clásico prestigio que se le adjudica en la historia literaria de Francia. Fué el mismo Sainte-Beuve quien la consagró la primera entre las escritoras de su siglo, junto a Madame de Lafayette y Madame de Maintenon, advirtiendo que "las dos últimas supieron conciliar en buenas proporciones la exactitud y el aticismo, pero únicamente Madame de Sévigné nos ofrece el ejemplo de esa imaginación continua, de esa invención de detalle que anima todo lo que toca, a semejanza de La Fontaine y de Montaigne".

El crítico francés no desdeñó jamás la oportunidad de salir al encuentro del libro o del artículo, para ampliar la proyección de la figura de su compatriota. Es su apologista por antonomasia y su voz la ha acompañado en los difundidos ejemplares de las ediciones modernas.

Documento vivo de una época fecunda en hechos memorables, este epistolario, a pesar del prejuicio de su aristocracia, acusa un contenido informativo en el que también se interpolan momentos de delicada inspiración. Las tres centurias transcurridas desde que fué escrito, no han envejecido el alma de su texto, constantemente refrescado en la atmósfera de su propia espontaneidad.

RAÚL RUBIANES.

## MADAME DE SÉVIGNÉ

LA señorita María de Rabutín-Chantal, nacida en 1626, era hija del barón de Chantal, duelista famoso, que un día de Pascuas dejó la santa mesa por ir a servir de segundo en un duelo al famoso conde de Bouteville. Educada por su tío el buen abate de Coulanges, había desde muy temprano recibido una instrucción sólida y aprendido bajo los cuidados de Chapelain y<sup>1</sup> de Menage, el latín, el italiano y el español.

A los diez y ocho años se había casado con el marqués de Sévigné, bastante poco digno de ella, y que después de haberla olvidado por mucho tiempo, fué muerto en un duelo en 1651. Mad. de Sévigné, libre a esta edad, no pensó en volverse a casar. Amaba a sus hijos hasta la locura, sobre todo a su hija; las otras pasiones le fueron siempre desconocidas. Era un rubia sonriente, en ninguna manera sensual, muy alegre y bromista; los relámpagos de su ingenio, pasaban y brillaban

<sup>1</sup> Los talentos más libres y más originales no llegan a ser perfectos sino cuando han tenido una primera disciplina, y si han hecho una buena *retórica*. Mad. de Sévigné hizo la suya bajo Menage y bajo Chapelain.

en sus pupilas abigarradas, como dice ella misma. Se hizo *preciosa*<sup>2</sup>; fué en el mundo amada y cortejada<sup>3</sup>.

Sembraba alrededor de sí pasiones desgraciadas, de las cuales se cuidaba poco, y conservaba generosamente como amigos aquellos que no quería por amantes. Su primo Bussy, su maestro Menage, el príncipe de Conty, hermano del gran Condé, el superintendente Fouquet, dieron sus suspiros por ella, que permaneció inviolablemente fiel a este último en su desgracia; y cuando cuenta el proceso del superintendente a M. de Pomponne, es preciso ver con qué enternecimiento habla de *nuestro querido desgraciado*. Joven todavía, y bella sin pretensiones, se había impuesto en el mundo la tarea de amar a su hija, y no quería otra felicidad que la de educarla y verla brillar<sup>1</sup>.

<sup>2</sup> *Preciosa*. Calificativo que se daba a las mujeres de sociedad, a las, que más adelante se llamó *incréibles*; del mismo modo que a los hombres se les llamó *leones* y *dandys*. N. del T.

<sup>3</sup> Mad. de Lafayette la escribía: "Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean. En fin, la alegría es el verdadero estado de vuestra alma y la pena os es más contraria que a nadie en el mundo.." Mad. de Sévigné, tenía lo que se puede llamar *humor* en el sentido de humorismo; pero un hermoso humor iluminado y variado a cada instante por la más viva imaginación. Estos relámpagos y esta alegría de colores forman a veces como un velo delante de su sensibilidad, que, aun en los momentos de duelo, no puede impedir el que tome formas graciosas: es preciso habituarse a verla bajo este prisma. Hay algo de Mad. de Cornuel en Mad. de Sévigné.

<sup>1</sup> Existe un encantador retrato de Mad. de Sévigné, *joven*, por el abate de Arnauld. Preciso es que haya tenido mucho brillo y color para poder comunicárselo un momento al estilo de este digno

La señorita de Sévigné figuraba desde 1663 en los brillantes bailes de Versalles, y el poeta oficial que tenía entonces en la Corte la plaza que Racine y Boileau tuvieron a partir de 1672, Benserade, hizo más de un madrigal en honor de esta *pastora* y de esta *ninfa* que una madre idólatra llamaba la *joven más bonita de Francia*. En 1669, M. de Grignan la obtuvo en matrimonio, y diez y seis meses después la condujo a Provenza, donde mandaba como Teniente General durante la ausencia de M. de Vendôme. En adelante, separada de su hija, a la cual ya no vió sino de tiempo en tiempo y después de intervalos siempre largos, Mad. de Sévigné buscó consuelo a sus tristezas en una correspondencia de todos los instantes, que duró hasta su muerte (en 1696), y que comprende el espacio de veinticinco años, excepto el tiempo correspondiente a las reuniones pasajeras de la madre y la hija. Antes de esta separación, en 1671, no se tiene de Mad. de Sévigné más que un número muy reducido de cartas dirigidas a su primo Bussy, y otras a M. de Pomponne sobre el proceso de Fouquet. No es

abate, que no parece haber tenido, como escritor, el talento de la familia. En este viaje fué, dice en sus memorias (año 1657) cuando M. de Sévigné me hizo entablar conocimiento con la ilustre marquesa de Sévigné, su sobrina; me parece que la veo todavía tal como ella me pareció la primera vez que tuve el honor de verla, llegando en el fondo de su carroza completamente abierta, entre su hijo y su hija, así como los poetas representan a Latona en medio del joven Apolo y de la joven Diana, así brillaba la alegría en la madre y en los hijos. ¡Qué hermosa es ella! un espíritu, una belleza, una gracia extraordinaria en su carroza *abierta del todo*, radiante entre dos hermosas criaturas.

en sus pupilas abigarradas, como dice ella misma. Se hizo *preciosa*<sup>2</sup>; fué en el mundo amada y cortejada<sup>3</sup>.

Sembraba alrededor de sí pasiones desgraciadas, de las cuales se cuidaba poco, y conservaba generosamente como amigos aquellos que no quería por amantes. Su primo Bussy, su maestro Menage, el príncipe de Conty, hermano del gran Condé, el superintendente Fouquet, dieron sus suspiros por ella, que permaneció inviolablemente fiel a este último en su desgracia; y cuando cuenta el proceso del superintendente a M. de Pomponne, es preciso ver con qué enternecimiento habla de *nuestro querido desgraciado*. Joven todavía, y bella sin pretensiones, se había impuesto en el mundo la tarea de amar a su hija, y no quería otra felicidad que la de educarla y verla brillar<sup>1</sup>.

<sup>2</sup> *Preciosa*. Calificativo que se daba a las mujeres de sociedad, a las, que más adelante se llamó *increíbles*; del mismo modo que a los hombres se les llamó *leones* y *dandys*. N. del T.

<sup>3</sup> Mad. de Lafayette la escribía: "Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean. En fin, la alegría es el verdadero estado de vuestra alma y la pena os es más contraria que a nadie en el mundo." Mad. de Sévigné, tenía lo que se puede llamar *humor* en el sentido de humorismo; pero un hermoso humor iluminado y variado a cada instante por la más viva imaginación. Estos relámpagos y esta alegría de colores forman a veces como un velo delante de su sensibilidad, que, aun en los momentos de duelo, no puede impedir el que tome formas graciosas: es preciso habituarse a verla bajo este prisma. Hay algo de Mad. de Cornuel en Mad. de Sévigné.

<sup>1</sup> Existe un encantador retrato de Mad. de Sévigné, *joven*, por el abate de Arnauld. Preciso es que haya tenido mucho brillo y color para poder comunicárselo un momento al estilo de este digno

La señorita de Sévigné figuraba desde 1663 en los brillantes bailes de Versalles, y el poeta oficial que tenía entonces en la Corte la plaza que Racine y Boileau tuvieron a partir de 1672, Benserade, hizo más de un madrigal en honor de esta *pastora* y de esta *ninfa* que una madre idólatra llamaba la *joven más bonita de Francia*. En 1669, M. de Grignan la obtuvo en matrimonio, y diez y seis meses después la condujo a Provenza, donde mandaba como Teniente General durante la ausencia de M. de Vendôme. En adelante, separada de su hija, a la cual ya no vió sino de tiempo en tiempo y después de intervalos siempre largos, Mad. de Sévigné buscó consuelo a sus tristezas en una correspondencia de todos los instantes, que duró hasta su muerte (en 1696), y que comprende el espacio de veinticinco años, excepto el tiempo correspondiente a las reuniones pasajeras de la madre y la hija. Antes de esta separación, en 1671, no se tiene de Mad. de Sévigné más que un número muy reducido de cartas dirigidas a su primo Bussy, y otras a M. de Pomponne sobre el proceso de Fouquet. No es

abate, que no parece haber tenido, como escritor, el talento de la familia. En este viaje fué, dice en sus memorias (año 1657) cuando M. de Sévigné me hizo entablar conocimiento con la ilustre marquesa de Sévigné, su sobrina; me parece que la veo todavía tal como ella me pareció la primera vez que tuve el honor de verla, llegando en el fondo de su carroza completamente abierta, entre su hijo y su hija, así como los poetas representan a Latona en medio del joven Apolo y de la joven Diana, así brillaba la alegría en la madre y en los hijos. ¡Qué hermosa es ella! un espíritu, una belleza, una gracia extraordinaria en su carroza *abierto del todo*, radiante entre dos hermosas criaturas.

sino desde esta época cuando se conoce positivamente su vida privada, sus costumbres, sus lecturas y hasta los menores movimientos de la sociedad en que ella vive y de que ella es el alma.

Desde luego, en las primeras páginas de esta correspondencia nos encontramos en un mundo del todo diferente al de la Fronda y al de la Regencia; reconocemos que lo que se llama la sociedad francesa, está al fin constituida. Sin duda (y a falta de numerosas memorias de este tiempo, las anécdotas contadas por Mad. de Sévigné misma darán fe de ello), sin duda horribles desórdenes y orgías groseras se transmiten aún entre esta joven nobleza a la cual impone Luis XIV por premio de su favor la dignidad, la cortesía y la elegancia; sin duda, bajo esta superficie brillante y este dorado artificial, hay bastantes vicios para desbordarse de nuevo en otra regencia, sobre todo cuando la hipocresía de un fin de reinado los haya hecho fermentar. Pero al menos las conveniencias son observadas, la opinión comienza a zaherir lo que es innoble y crapuloso. Además, al mismo tiempo que el desorden y la brutalidad han perdido en escándalo, la decencia y la belleza del ingenio han ganado en sencillez. La calificación de *preciosa* ha pasado de moda; se recuerda sonriendo haberlo sido, pero ya no se es. No se diserta tampoco como antes largamente sobre el soneto de Job o de Urania o sobre el carácter del romano; pero se habla, se refieren noticias de la Corte, recuerdos del sitio de París o de la guerra de Guyenna; el cardenal de Retz, cuenta sus viajes, M. de la Roche-

foucauld moraliza, Mad. de Lafayette, hace reflexiones de corazón, y Mad. de Sévigné las interrumpe para citar una palabra de su hija, una gracia de su hijo, una distracción del bueno de d'Hacqueville o de M. de Brancas. Trabajo nos cuesta en 1829, con nuestras costumbres de ocupaciones positivas, el representarnos fielmente esta vida de ocio y de conversación. El mundo va tan de prisa en nuestros días, y tantas cosas son a su vez traídas sobre la escena, que no nos bastan todos nuestros instantes para mirarlas y comprenderlas. Los días para nosotros pasan en estudios, y las noches en discusiones serias; de conversaciones amistosas, de tertulias, poco o nada. La noble sociedad de nuestros días que más ha conservado estos hábitos ociosos de los dos últimos siglos, parece no haberlo podido conseguir sino a condición de quedar extraña a las costumbres y a las ideas del presente<sup>1</sup>. En la época de que hablamos, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso o político, este género de vida era el más propio para observarle. Bastaba mirar algunas veces con el rabillo del ojo y sin moverse de su silla, y luego se podía entregar el resto del tiempo a sus gustos y a sus amigos.

La conversación, por otra parte, no había llegado a ser todavía, como en el siglo dieciocho, en los salones

<sup>1</sup> Desde que estas páginas se han escrito, he tenido a menudo ocasión de notar con mucho placer que se exageraba un poco esta ruina del ingenio de conversación en Francia: sin duda el conjunto de la sociedad no existe ya; pero hay hermosos restos, rincones de estación atrasada. Se es tanto más feliz en gozar de ellos, como si se gozara de una vuelta del tiempo o de un misterio.



abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un negocio, una pretensión; no se buscaba necesariamente el rasgo; la estructura geométrica, filosófica y sentimental no era allí de rigor; se hablaba de sí, de los otros, de poco o de nada. Eran, como dice Mad. de Sévigné, conversaciones *infinitas*. “Después de comer, escribe a su hija, fuimos a hablar en los más agradables bosques del mundo; allí estuvimos hasta las seis en varias especies de conversaciones, tan buenas, tan tiernas, tan amables, tan obsequiosas para ti y para mí, que estoy de ellas sumamente agradecida”<sup>1</sup>.

En medio de este movimiento de sociedad tan difícil y tan sencillo, tan cáprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta recibida, insignificante en el fondo, era un suceso que se recibía con placer y del cual se daba parte con apresuramiento.

Las cosas más pequeñas obtenían su precio por su manera y por su forma; era el arte que sin percibirse de ello y negligentemente, se ponía hasta en la vida. Recuérdese la visita de Mad. de Chaulnes a los *Rochers*. Mucho se ha dicho que Mad. de Sévigné cuidaba curiosamente sus cartas, y que al escribirlas pensaba, si no en la posteridad, al menos en el mundo exterior, del cual buscaba

<sup>1</sup> La señorita de Montpensier, de la misma edad que Mad. de Sévigné, pero que era algo menos flexible que ella, escribiendo en 1660 a Mad. de Moteville sobre un ideal de vida retirada, que ella se finge y desea de los héroes y de las heroínas de diversas maneras, dice: “Así nos es preciso toda clase de personas para poder hablar de toda suerte de cosas en la conversación, que a vuestro gusto y al mío es el placer más grande de la vida y casi el solo que me agrada.”

el sufragio. Esto es falso; los tiempos de Voiture y de Balzac estaban ya lejos. Ella escribe de ordinario al correr de la pluma, el mayor número de cosas que puede y cuando el tiempo apremia, apenas si lee lo escrito. “En verdad, dice, es preciso entre amigos dejar correr un poco las plumas como ellas quieran: la mía tiene siempre la brida sobre el cuello”. Pero hay días en que tiene más tiempo o en que se siente de mejor humor: entonces, naturalmente cuida, arregla y compone casi tanto como La Fontaine para una de sus fábulas. Así se ve en la carta a M. de Coulanges acerca del matrimonio de Mademoiselle; así también la escrita acerca del pobre Picard, que fué desterrado por no haber querido *faner*. Esta clase de cartas, brillantes de forma y de arte, en las cuales no había ni demasiado número de pequeños secretos ni de maledicencias, hacían ruido en la sociedad, y todo el mundo deseaba leerlas. “No quiero olvidar lo que me ha sucedido esta mañana, escribe Mad. de Coulanges a su amiga. Se me ha dicho: Señora, de parte de Mad. de Thianges que os ruega la enviéis la carta del *caballo*, de Mad. Sévigné, y la de la *pradera*. He dicho al lacayo que yo las llevaría a su Señora, y le he despedido. Vuestras cartas hacen todo el ruido que merecen, como veis; es cierto que son deliciosas, y vos sois como vuestras cartas”. Las correspondencias tenían, pues, entonces, como las conversaciones, una gran importancia; pero no se componían ni unas ni otras; solamente se entregaba uno a ellas con todo su ingenio y con toda su alma.

Madame de Sévigné alaba continuamente a su hija en

esto de las cartas. "Tenéis pensamientos y tiradas incomparables". Y ella cuenta que lee por aquí y por allá de dichas cartas algunos trozos escogidos a las gentes que son dignas de ello. "Algunas veces, doy también alguna pequeña parte a Mad. de Villars, pero le gustan mucho las ternezas, y las lágrimas acuden a sus ojos".

Si se ha dudado de la ingenuidad de sus cartas, no se ha dudado menos de la sinceridad de su amor por su hija; y en esto se ha olvidado hasta el tiempo que ella vivía y cuánto en esta vida de lujo y de ocio pueden las pasiones tener el carácter de fantasías, del mismo modo que las manías pueden llegar a convertirse en pasiones.

Ella idolatraba a su hija, y todo lo miraba en el mundo bajo este aspecto. Arnauld d'Andilly la llamaba por este motivo la *bonita pagana*. El alejamiento no había hecho más que exaltar su terneza, no teniendo otra cosa en qué pensar; las preguntas, los cumplimientos de todos los que ella veía giraban sobre este tema; esta cara y casi única afección de su corazón había acabado por ser a la larga para ella un objeto de necesidad, como podía tener necesidad de un abanico. Por otra parte, Mad. de Sévigné era perfectamente sincera, abierta y enemiga de los semblantes falsos; ella es precisamente una de las primeras de quien se debe haber dicho ser una persona de *verdad*; ella hubiera inventado esta expresión para su hija si M. de la Rochefoucauld no la hubiese ya inventado para Mad. de Lafayette: ella se complace al menos en aplicársela a aquella a quien ama. Cuando se ha analizado bien y estudiado de mil maneras este inagotable

amor de madre, se viene sin querer a la opinión y a la explicación de M. de Pomponne: "Parece que Mad. de Sévigné ama apasionadamente a Mad. de Grignan: sabéis el secreto de estas cartas. ¿Queréis que os le diga? *es que la ama apasionadamente*". Sería en verdad mostrarse ingrato el censurar a Mad. de Sévigné por esta inocente y legítima pasión a la cual debemos el poder seguir paso a paso a la mujer más espiritual de veintiséis años de la época más amable, de la más amable sociedad francesa<sup>1</sup>.

La Fontaine, pintor de los campos y de los animales, no desconocía del todo la sociedad, y a menudo la ha tratado con finura y malicia. Mad. de Sévigné a su vez, amaba mucho los campos e iba a hacer largas estancias en Livry en casa del abate de Coulanges o a su tierra de *Rochers*, en Bretaña, y es curioso el conocer bajo qué rasgos ha visto y ha pintado la naturaleza.

Percibe uno: primero, de que como nuestro buen fabulista ha leído desde muy temprano la *Astrea*, y que ha soñado en su juventud bajo las sombras mitológicas de Vaux y de Saint-Mandé, Gusta mucho de pasearse a los *rayos de la bella y querida de Endimion*, de pasar dos

<sup>1</sup> M. Walckenaer (Memorias sobre Mad. de Sévigné) hace notar muy bien que ella que tuvo tan desenvuelto el sentimiento maternal, no tuvo tiempo de sentir el filial por haber quedado huérfana desde muy corta edad. Toda la pasión de su corazón estuvo como tenida en reserva para descender en seguida y fijarse en su hija. Viuda desde muy temprano en los años más bellos de su juventud, parece no haber tenido jamás amante. ¡Qué economía! ¡Qué tesoro de amor! Su hija heredó el capital y los intereses acumulados.

horas sola con las *hamadriadas*; sus árboles están decorados de inscripciones y de ingeniosas divisas, como en los paisajes del *pastor Fido* y de la *Aminta*: “*Bella cosa far niente*, dice uno de mis árboles, el otro le responde: *Amor odit inertes*; no se sabe a cual entender”. En otra parte: “Nuestras sentencias no están desfiguradas: las visito a menudo; hasta se han aumentado, y dos árboles vecinos dicen algunas veces cosas contrarias: *La lontananza ogni gran piaga salda*, y *Piaga d’amor non si sana mai*. Están hace cinco o seis años en esta contradicción”. Estas reminiscencias un poco burdas de pastorales y de novelas, son naturales bajo su pincel, y hacen resaltar agradablemente tantas descripciones frescas y nuevas que no pertenecen sino a ella: “He venido aquí (a Livry) a acabar los hermosos días y a decir adiós a las hojas. Todavía están sobre los árboles, no hacen más que cambiar de color; en lugar de ser verdes son aurora, y tantas clases de aurora que esto compone un brocado de oro rico y magnífico que nosotros queremos encontrar más hermoso que el verde, aun cuando no fuese más que por cambiar”. Cuando está en los *Rochers*, dice: Yo sería muy feliz en este bosque si tuviese una hoja que cantase: ¡Ah, qué cosa tan bonita una hoja que canta!” Y, qué bien nos pinta además el triunfo del verde mayo cuando el ruiseñor, el cuclillo y la alondra abren la primavera en nuestros bosques! ¡Cómo nos hace sentir y casi tocar estos hermosos días de cristal del otoño, que no son calientes y que no son fríos! Cuando su hijo, para atender a sus gastos locos hace cortar los árboles de los antiguos bos-

ques de Buron, ella se conmueve, se aflige con todas estas *driadas* fugitivas y aquellos *silvanos* desposeídos; Ronsard no ha deplorado mejor la caída del bosque de Gastine, ni M. de Chateaubriand, la de los bosques paternos.

Parece que se ve a menudo de un humor alegre y casi loco; pero se haría mal en juzgar a Mad. de Sévigné frívola o poco sensible. Era seria y aun triste, sobre todo durante las estancias que hacía en el campo, y la ilusión tuvo un gran lugar en su vida. Solamente que es preciso entenderse. No soñaba bajo sus largas avenidas espesas y sombrías al gusto de Delfina, o como la amante de Oswald; este sueño no se había inventado todavía<sup>1</sup>; ha sido preciso el 93, para que Mad. de Staël escribiese su admirable libro de la *Influencia de las pasiones sobre la felicidad*. Hasta entonces, soñar era una cosa más fácil, más sencilla, más individual y de la cual por tanto se daba uno menos cuenta. Era pensar en su hija ausente en Provenza, en su hijo que estaba en Candía, o en el ejército del Rey, en sus amigos lejanos o muertos, era decir: “En cuanto a mi vida, vos la conocéis; se pasa con cinco o seis amigos, cuya sociedad agrada y en mil deberes a los cuales se está obligado, lo cual no es un pequeño asunto. Lo que me molesta es que, no haciendo nada, los días se pasan y nuestra pobre vida está compuesta de estos días y se envejece y se muere. Yo encuentro esto bien malo”. La religión precisa y regular que gobernaba la vida contribuiría mucho entonces a tempe-

<sup>1</sup> “La alegría del espíritu marca su fuerza” escribía por este tiempo Ninon Saint-Evremond.

rar este libertinaje de sensibilidad y de imaginación, que después no ha conocido pena.

Mad. de Sévigné desconfiaba con cuidado de estos pensamientos, sobre los cuales es preciso pasar; ella quiere expresamente que la moral sea cristiana y se burla más de una vez de su hija, por ser apegada al Cartesiano. En cuanto a ella, en medio de los accidentes de este mundo, inclina la cabeza y se refugia en una especie de fatalismo providencial, que sus relaciones con Port-Royal y sus lecturas de Nicole y de San Agustín le habían inspirado. Este carácter religioso y resignado aumentó en ella con la edad, sin alterar en nada la serenidad de su amor; y comunica a menudo a su lenguaje, algo más fuertemente sensato y de una ternura más grave. Hay, sobre todo, una carta a M. de Coulanges, sobre la muerte del ministro Louvois, en que se eleva hasta la sublimidad de Bossuet, como en otros tiempos y otros sitios había alcanzado lo cómico de Molière.

M. de Saint-Surin, en sus estimables trabajos acerca de Mad. de Sévigné, no ha perdido ninguna ocasión de oponerla a Mad. de Staël y de darla la preferencia sobre esta mujer célebre. Nosotros creemos también que hay interés y provecho en esta comparación; pero ha de ser sin detrimento para la una ni para la otra. Mad. de Staël representa toda una sociedad nueva; Mad. de Sévigné una sociedad desvanecida; de aquí las diferencias prodigiosas que se querrían al pronto explicar por la cualidad diferente de los espíritus y de las naturalezas. Sin embargo, y sin pretender negar esta profunda deseme-

janza original entre dos almas, de las cuales una no ha conocido más que el amor maternal, mientras que la otra ha sentido todas las pasiones, hasta las más generosas y las más viriles, se encuentra en ellas mirando de cerca, muchas debilidades, muchas cualidades comunes, de las cuales el diverso desarrollo no ha consistido más que en la diversidad de los tiempos. ¡Qué natural tan lleno de graciosa ligereza aquellas páginas deslumbradoras de puro ingenio de Mad. Staël cuando el sentimiento no viene en contra y deja dormir tranquila su filosofía y su política! Y Mad. de Sévigné, ¿es acaso que no la ocurre nunca filosofar ni disertar? ¿De qué le serviría entonces hacer su lectura ordinaria de los *Ensayos de moral del Sócrates cristiano* y de San Agustín? Pues esta mujer a quien se ha tratado de frívola leía todo y leía bien. Esto da, decía ella, los pálidos colores al espíritu, cuando no agradan las sólidas lecturas. Leía Rabelais, la historia de las *Variaciones*, Montaigne y Pascal, la *Cleopatra* y Quintiliano, San Juan Crisóstomo y Tácito, y Virgilio *no disfrazado sino en toda la majestad del latín y del italiano*. Cuando llovía leía los *in-folio* en doce días. Durante la cuaresma tenía un gran placer en ir a escuchar a Bourdaloue. Su conducta para con Fouquet, en la desgracia, hace pensar de qué fidelidad hubiera sido capaz en los días de la revolución. Si se muestra un poco vana y gloriosa cuando el Rey baila con ella una noche o cuando la dirige un cumplimiento en Saint-Cyr a propósito de *Esther*, ¿qué otra mujer se hubiera mostrado más filósofa en su lugar? Mad. de Staël misma ¿no se enorgü-

lleción, según se dice, por arrancar una palabra y una mirada al conquistador de Italia y de Egipto?

Ciertamente una mujer que, mezclada desde su juventud a los Menage, a los Godeau, a los Benserade, se garantiza por la sola fuerza de su buen sentido, de sus punzadas y de sus cumplimientos vanos, que esquivo como burlándose de ellas las pretensiones más obstinadas y seductoras de los Saint-Evremond y de los Bussy; una mujer que, amiga y admiradora de la señorita de Scudery y de Mad. de Maintenon se tiene a igual distancia de los sentimientos románticos de la una y de la reserva un poco desdeñosa de la otra; que relacionada con Port-Royal y alimentada de las obras de estos señores, no aprecia menos a Montaigne, ni cita menos a Rabelais y no quiere otra inscripción para lo que ella llama su convento que la de *Santa libertad o haz lo que tú quieras*, como en la de la Abadía de Thelemo; una tal mujer puede bien loquear, distraerse, *resbalar sobre los pensamientos* y tomar voluntariamente las cosas por el lado familiar y divertido, pues ya ha dado pruebas de una energía profunda y de una originalidad de espíritu bien rara. Una sola circunstancia hay en que no se puede menos de sentir que Mad. de Sévigné se haya abandonado a sus costumbres burlonas y ligeras, en la cual se rehusa absolutamente tomar parte en sus burlas y en que después de haber buscado todas las razones atenuantes cuesta trabajo todavía el perdonárselo; es cuando cuenta tan alegremente a su hija la insurrección de los aldeanos bretones y las horribles severidades que la reprimieron. En

tanto que ella se limita a reírse de los *Estados* de los gentileshombres rústicos, de sus galas brillantes y de su entusiasmo por votar todo entre las doce y la una, y de todas las otras locuras del prójimo de Bretaña después de comer, todo va bien; esto es de una sólida y legítima burla, recuerda en ciertos pasajes la pincelada de Molière. Pero desde el momento en que ha habido trincheras en Bretaña y en Rennes un *cólico pedregoso*, es decir, que el Gobernador M. de Chaulnes queriendo disolver la multitud con su presencia fué rechazado hasta su casa a pedradas; desde el momento en que M. de Forbín llega con seis mil hombres de tropa contra los amotinados, y que estos pobres diablos desde que perciben las tropas reales a lo lejos se desbandan por los campos, se arrojan de rodillas gritando *Mea culpa* (pues es la única palabra francesa que saben); cuando para castigar a Rennes se trasfiere su parlamento a Vannes, que se prende a *la aventura* veinticinco a treinta hombres para colgarlos, que se arroja y se destierra a todos los vecinos de una gran calle con mujeres parturientas, ancianos y niños, con prohibición de recogerlos, bajo pena de muerte; cuando se enroda y se descuartiza, y a fuerza de haber descuartizado y enrodado se descansa o se ahorca; en medio de estos horrores ejercidos contra inocentes o pobres extraviados, se sufre ver a Mad. de Sévigné burlarse casi como de ordinario; se quisiera en ella una indignación ardiente, amarga y generosa; sobre todo se querrían borrar de sus cartas líneas como éstas: "Los amotinados de Rennes se han salvado hace largo tiempo; así los buenos pagaron por

los malos; pero yo encuentro todo muy bien con tal que los cuatro mil hombres de guerra que están en Rennes, con MM. de Forbín y de Vins no me impidan pasear en mis bosques que son de una altura y de una belleza maravillosa". Y en otra parte: "se han preso sesenta individuos; mañana se comienza a ahorcar. Esta provincia es un ejemplo para las otras, y sobre todo para que respeten a los Gobernadores y a los gobernantes, y a no decirles injurias, ni echar piedras en su jardín". Por último: "me habláis bien alegremente de nuestras miserias: ya no estamos tan enrodados; uno en ocho días sólo para entretener a la justicia; la función de horca, me parece ahora un refresco". El duque de Chaulnes que ha provocado todas estas venganzas porque se han echado piedras en su jardín, y porque se le han dicho mil injurias, de las cuales la más suave y la más familiar era *gran cochino*, no pierde por esto un átomo en la amistad de Mad. de Sévigné; es siempre para ella y para Mad. de Grignan, *nuestro buen duque*; más aún, cuando es nombrado embajador en Roma y parte de su país, deja toda la Bretaña llena de tristeza.

Ciertamente hay aquí materia para muchas reflexiones sobre las costumbres y la civilización del gran siglo; nuestros lectores la suplirán sin trabajo. Nosotros sentimos solamente que en esta ocasión el corazón de Mad. de Sévigné no se haya elevado más sobre los prejuicios de su tiempo. Era digna de ello, pues su bondad igualaba a su belleza y su gracia. La sucede algunas veces el recomendar gente de las galeras a M. de Vivonne o a

M. de Grignan. El más interesante de sus protegidos es seguramente un gentilhombre de Provenza, cuyo nombre no se ha conservado: "este pobre joven, dice, ha sido muy fiel a M. de Fouquet: se le ha convencido de haber llevado a Mad. Fouquet una carta de su marido, y por esto ha sido condenado a cinco años de galeras: esto es una cosa un poco extraordinaria. Vos sabéis que es uno de los mozos más honrados que pueda haber, y propio para las galeras como para coger la luna con los dientes".

El estilo de Mad. de Sévigné ha sido tan a menudo y tan espiritualmente juzgado, analizado y admirado, que sería difícil encontrar hoy un elogio a la vez nuevo y conveniente que aplicarle; y por otra parte, nosotros no nos sentimos dispuestos de ninguna manera a caer en la vulgaridad de bromas y críticas. Una sola observación general nos bastará: es que se pueden clasificar los grandes y hermosos estilos del siglo de Luis XIV en dos procedimientos diferentes, en dos maneras opuestas. Malherbe y Balzac fundaron en nuestra literatura el estilo sobrio, castigado, pulido y trabajado, en la infancia del cual se llega desde el pensamiento a la expresión, lentamente, por grados, a fuerza de tropezones y raspaduras. Este estilo es el que Boileau ha aconsejado en toda ocasión; quiere que se repase veinte veces la obra, que se pula y repula sin cesar y se alaba de haber enseñado a Racine a hacer difícilmente versos fáciles. Racine, en efecto, es el más perfecto modelo de este estilo en poesía. Flechier fué menos feliz en su prosa. Pero al lado de este género de escritura, siempre un poco uniforme y académico, hay

otro bastante más libre, caprichoso y móvil, sin método tradicional y del todo conforme a la diversidad de los talentos y de los genios. Montaigne y Regnier habían ya dado admirables pruebas de él, y la reina Margarita una muestra encantadora en sus memorias familiares, obra de algunos ratos de sobremesa. Este es el estilo ancho, suelto, abundante, que sigue más la corriente de las ideas; un estilo de primera clase y *prime sautier*, como diría el mismo Montaigne; es el de La Fontaine y de Molière, el de Fenelon y de Bossuet, del duque de Saint-Simon y de Mad. de Sévigné. Esta última sobresale en él: deja correr su pluma con *la brida sobre el cuello*, y siguiendo el camino, ella siembra con profusión los colores, comparaciones, imágenes, y el ingenio y el sentimiento brotan por todos lados. Se ha colocado así sin quererlo ni percibirlo en la primera fila de los escritores de nuestra lengua <sup>1</sup>.

SAINTE-BEUVE.

## RETRATO DE MADAME DE SÉVIGNÉ

por

MAD. DE LAFAYETTE

*Bajo el nombre de Un Desconocido* <sup>(1)</sup>

**T**ODOS los que se ponen a pintar las bellas se matan por embellecerlas y por agradecerlas, y no osarían decirlas una sola palabra de sus defectos. En cuanto a mí, señora, gracias al privilegio de *desconocido*, que cerca de vos gozo, voy a pintaros atrevidamente y a deciros vuestras verdades bien a mi gusto, sin temor de atraerme vuestra cólera. Estoy desesperado de no tener más que cosas agradables que deciros; pues sería un gran placer para mí si después de haberos reprochado mil defectos, me viese este invierno tan bien recibido de vos como de las mil gentes que no han hecho en toda su vida más que importunaros con alabanzas; yo no quiero agobiaros con ellas ni divertirme en deciros que vuestro talle es admirable, que vuestra tez tiene la belleza de una flor, que os aseguran no tener más que veinte años; que vuestra boca, vuestros dientes y vuestro cabello son incomparables. Yo no quiero deciros todas estas cosas; vuestro espejo las dice bastante; pero como vos no podéis divertirlos en ha-

<sup>1</sup> Madame de Sévigné dice, en su carta de 1º de diciembre de 1675, que este retrato fué escrito por Mad. de Lafayette hacia el año 1659, época en que ella tenía treinta años.

<sup>1</sup> Este artículo fué publicado en 1829 en la *Revista de Paris*. "No son éstas, dice Sainte-Beuve, hablando de este trozo, más que algunas ligeras páginas hechas al correr de la pluma, después de la lectura de las *Cartas* y anterior a las investigaciones recientemente publicadas." M. de Sainte-Beuve ha hablado después de Mad. de Sévigné con mucha más extensión y siempre con un placer nuevo. A pesar de todo, este primer trabajo que resume con tal encanto la impresión experimentada por un espíritu joven, *después de la lectura de las cartas*, nos ha parecido bastar y convenir mejor a una edición de cartas escogidas. (G. H.).

blarle, él no puede deciros cuán amable sois cuando habláis, y esto es lo que yo quiero haceros saber.

Sabed, pues, señora, si por casualidad no lo sabéis, que vuestro espíritu adorna y embellece tanto vuestra persona, que no hay otro sobre la tierra tan encantador cuando estáis animada en una conversación, donde la etiqueta está desterrada. Todo lo que decís tiene tal encanto y os sienta tan bien, que vuestras palabras atraen las risas y las gracias a vuestro rededor; y el brillante de vuestro espíritu da un brillo tan grande a vuestra tez y a vuestros ojos, que aunque parece que el ingenio no debe tocar más que a los oídos, es sin embargo cierto que el vuestro deslumbra los ojos, y que cuando se os escucha no se ve ya que falte algo a la regularidad de vuestras facciones y se os concede la belleza más acabada del mundo.

Podéis juzgar, que si yo os soy desconocido, vos no me sois a mí desconocida, y que es preciso que yo haya tenido más de una vez el honor de veros y de oíros para haber comprendido lo que forma en vos este adorno, del cual todo el mundo está sorprendido.

Pero yo quiero todavía haceros ver, señora, que no conozco menos las cualidades sólidas que en vos existen que las cualidades agradables de las cuales se es admirador. Vuestra alma es grande, noble, propia a dispensar tesoros e incapaz de bajarse a los cuidados de recogerlos. Sois sensible a la gloria y a la ambición, y no lo sois menos al placer: parecéis nacida para ello, y parece que ellos son hechos para vos; vuestra presencia aumenta las

diversiones, y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean.

En fin, la alegría es el estado verdadero de vuestra alma y la pena os es más contraria que a nadie. Sois naturalmente tierna y apasionada; pero para vergüenza de nuestro sexo, esta ternura os ha sido inútil y la habéis encerrado en el vuestro, dándosela a Mad. de Lafayette.

¡Ah! ¡Señora! Si hubiese alguien en el mundo bastante feliz para que vos no le hubieseis encontrado indigno del tesoro de que ella goza y que él no hubiese apelado a todos los medios para poseerle, merecería sufrir solo todas las desgracias a que el amor puede someter a los que viven bajo su imperio. ¡Qué felicidad ser el dueño de un corazón como el vuestro, cuyos sentimientos fuesen explicados por ese ingenio galante que los dioses os han dado! Vuestro corazón, señora, es sin duda un bien que no puede merecerse; jamás hubo uno tan generoso, tan bien hecho y tan fiel. Hay gentes que os acusan de mostrarle siempre tal cual es; pero al contrario, estáis tan acostumbrada a no sentir nada que no sea honroso, que vos misma dejáis ver algunas veces lo que la prudencia os obligaría a ocultar. Sois la persona más atenta y más bien educada que haya existido jamás; y por un aire libre y dulce que existe en todas vuestras acciones, los cumplimientos más sencillos parecen en vuestra boca protestas de amistad; y todas las gentes que se separan de vuestro lado se van persuadidos de vuestra estima y de vuestra benevolencia, sin que puedan decirse asimismo qué pruebas les habéis dado ni de la una ni de la otra.



En fin, habéis recibido gracias del cielo que no han sido dadas más que a vos, y el mundo os está obligado de haberle venido a mostrar mil agradables cualidades que hasta ahora le habían sido desconocidas. No quiero embarcarme en pintarlas todas, pues rompería el designio que he formado de no agobiaros de alabanzas...

CARTAS  
DE  
MADAME DE SÉVIGNÉ

al cual es preciso obedecer, y esto es una mortificación que Dios me hace sufrir y que yo recibo de su mano, acaso me la pudieran evitar después de los servicios que he prestado y los cargos que he tenido el honor de ejercer”.

Después de esto el Canciller ha continuado el interrogatorio sobre la pensión de las gabelas, en el cual M. Fouquet ha respondido muy bien. Los interrogatorios continuarán, y yo continuaré mandándolos fielmente; sólo quisiera saber si recibís mis cartas con seguridad.

Adiós, siento que me invade la gana de hablar, y no quiero abandonarme a ella: es preciso que el estilo de las relaciones sea corto<sup>1</sup>.

---

## AL MISMO

*Jueves, 20 noviembre de 1664.*

M. Fouquet ha sido interrogado esta mañana sobre el marco de oro: ha respondido muy bien. Varios jueces le han saludado; el Canciller se lo ha reprochado, y ha dicho que no era esto costumbre siendo consejero bretón. “Es a causa de ser de Bretaña el saludar tan bajo a M. Fouquet”. Al volver por el arsenal a pie para pasearse, M. Fouquet ha preguntado qué obreros eran aquéllos; se le ha contestado que eran los que trabajaban en el estanque de una fuente; ha ido allá y ha dicho su opinión, y después, volviéndose hacia Artagnan, le ha dicho: “No os admiréis de que yo me mezcle en esto: es que yo he sido en otras ocasiones muy hábil en esta clase de cosas”. Los que aman a M. Fouquet encuentran esta tranquilidad admirable; yo soy de este número; los otros dicen que es una afectación: éste es

<sup>1</sup> Esta carta y las que se siguen contienen un relato muy vivo e interesante del célebre asunto Fouquet. Pintan tan bien el alma de Mad. de Sévigné, la sensibilidad tan pronta y animada que le distingue, su entero sacrificio por sus amigos, que hemos decidido reproducir toda esta parte de la correspondencia.

el mundo. Mad. Fouquet, su madre, ha dado un emplasto a la Reina que la ha curado de sus convulsiones, que propiamente hablando, eran gases.

La mayor parte, según sus deseos, se van imaginando que la Reina aprovechará esta ocasión para pedir al Rey la gracia de este pobre prisionero; pero yo que he oído hablar un poco de las ternezas de este país no creo nada de esto. Lo que es admirable es el ruido que todo el mundo hace con este emplasto, diciendo que es una santa Mad. Fouquet y que puede hacer milagros.

Hoy, 21, han interrogado a Fouquet sobre las ceras y los azúcares: se ha impacientado sobre ciertas objeciones que se le hacen y que le han parecido ridículas. Lo ha demostrado demasiado y ha respondido con un aire y una altanería que han causado disgusto. El se corregirá, pues estos medios no son buenos; pero la verdad, la paciencia se acaba, y me parece que yo haría lo mismo que él.

---

*Sábado por la noche.*

M. Fouquet ha vuelto esta mañana a la Cámara: se le ha interrogado sobre los consumos; ha sido muy mal atacado y se ha defendido muy bien. Aquí entre nosotros, su asunto es de los más resbaladizos. Yo no sé qué buen ángel le ha advertido que ayer estuvo demasiado fiero y hoy se ha corregido, como se han corregido también de saludarle. No volverá a la Cámara hasta el miércoles; yo os escribiré también este día. Por lo demás, si continuáis en compadecerme tanto por el trabajo que tomo de escribiros y en rogarme que no continúe, creeré que sois vos el que se cansa de leer mis cartas y que os fatigáis en contestar a ellas; pero sobre esto os prometo hacer las mías aun más cortas si puedo, y os relevo del trabajo de contestarme, aunque me complacen tanto vuestras cartas. Después de estas declaraciones, no pienso que queráis impedirme el curso de mis gace-

tas. Cuando pienso que os proporcione un poco de placer, yo experimento mucho. Se presentan tan pocas ocasiones de demostrar la estima y la amistad, que es preciso no perderlas cuando vienen a ofrecerse. Os suplico presentar mis respetos en vuestra casa y en vuestra vecindad. La Reina está mucho mejor.

---

AL MISMO

*Lunes, 24 noviembre de 1664.*

Si yo creyese a mi corazón, soy yo quien os estaría verdaderamente obligada de recibir tan bien el cuidado que pongo en instruiros. ¿Creéis que yo no encuentro consuelos escribiéndooos? Yo os aseguro que encuentro mucho y que no tengo menos placer en escribiros que vos en leer mis cartas. Todos los sentimientos que tenéis sobre lo que yo os mando, son bien naturales; el de la esperanza es común a todo el mundo, sin que se pueda decir por qué; pero en fin, esto sostiene el corazón. Yo fui a comer a Santa María de San Antonio hace dos días; la madre superiora me contó en detalle cuatro visitas que Puis . . . le ha hecho desde hace tres meses, de lo cual estoy infinitamente admirada. Vino a decirle que el bienaventurado obispo de Ginebra (San Francisco de Sales), le había obtenido gracias tan particulares durante la enfermedad que ha padecido este verano, que no podía dudar de la obligación que para con él tenía; que la suplicaba hacer rogar por él a toda la comunidad. La dió mil escudos para cumplir su voto y la rogó que le hiciera ver el corazón del bienaventurado. Cuando se aproximó a la verja, se arrojó de rodillas y estuvo más de un cuarto de hora vertiendo lágrimas, apostrofando a este corazón y pidiéndole una chispa del fuego en que el amor de Dios le había consumido.

La madre superiora lloraba también, le dió dos reliquias del bienaventurado que él lleva constantemente. Pareció durante estas cuatro visitas tan preocupado del deseo de su salvación,

tan disgustado de la Corte y tan trasportado del deseo de convertirse, que cualquiera, aunque fuese, más fina que la superiora, hubiera sido engañada.

Ella le habló diestramente del asunto de M. Fouquet, y él le respondió como un hombre que no miraba más que a Dios solo; que no se le conocía, que se vería y se le haría justicia según Dios, sin considerar nada más que a él. Jamás he estado tan sorprendida como al tener noticia de este discurso. Si me preguntáis ahora lo que pienso de él, os diré que no sé nada ni comprendo nada; y que de un lado no concibo para qué puede servir esta comedia, y si no lo es, cómo acomoda él todos los pasos que ha dado desde hace tiempo con tan bellas palabras.

He aquí algunas cosas que es preciso que el tiempo explique, pues ellas por sí mismas son oscuras: sin embargo, no habléis de esto, pues la madre superiora me ha rogado no hacer correr esta historieta.

He visto a la madre de M. Fouquet: me ha contado de qué manera había hecho dar este emplasto por Mad. de Charost<sup>1</sup> a la Reina. Es cierto que el efecto fué prodigioso; en menos de una hora la Reina sintió su cabeza despejada y tuvo una evacuación tan extraordinaria y de algo tan corrompido y tan propio a hacerla morir la noche siguiente en su acceso, que ella misma dijo muy alto que Mad. Fouquet la había curado; y que lo que había arrojado era lo que la dió las convulsiones, de que ella había pensado morir la noche antes.

La reina madre quedó persuadida de ello y se lo dijo al Rey, que no la escuchó. Los médicos, sin cuyo consejo la habían puesto el emplasto, no dijeron lo que pensaban, e hicieron su negocio a expensas de la verdad. El mismo día el Rey no miró a estas pobres mujeres, que fueron a arrojarse a sus pies; sin embargo, esta verdad está en el corazón de todo el mundo.

He aquí una de las cosas de las cuales es preciso esperar el resultado.

---

<sup>1</sup> María Fouquet, hija del superintendente, duquesa de Charost.

Miércoles, 26 de noviembre.

Esta mañana el Canciller ha interrogado a M. Fouquet, pero de una manera bien diferente: parece que está avergonzado de recibir todos los días su lección de B...<sup>1</sup> Ha dicho al ponente<sup>2</sup> que leyera el artículo sobre el que se quería interrogar al acusado; el ponente lo ha leído, y esta lectura ha durado tanto tiempo, que eran las diez y media cuando se acabó. Ha dicho que se haga entrar a Fouquet; y después, corrigiéndose: "A M. Fouquet"; pero se ha encontrado con que no habían dado la orden de traerle, de modo que estaba todavía en la Bastilla. Han ido a buscarle y han vuelto a las once. Se le ha interrogado sobre los derechos de consumos; ha respondido muy bien; sin embargo, se ha embrollado en ciertos datos, en los cuales se hubiera visto bien apurado si el tribunal hubiese estado hábil y despierto; pero en vez de estar alerta, el Canciller dormía dulcemente: todos se miraban, y creo que nuestro amigo se hubiera reído, si no hubiese parecido mal. Por fin se ha despertado y ha continuado interrogándole, y aunque M. Fouquet se haya fijado demasiado sobre este punto, en que se le podía empujar, se ha encontrado sin embargo que, para el hecho de que se trata, ha contestado bien; pues en su desgracia hay ciertas pequeñas alegrías, que no pertenecen más que a él. Si se trabaja todos los días tan despacio como hoy, el proceso durará un tiempo indefinido.

Os escribiré todas las tardes, pero no enviaré mi carta sino el sábado por la noche o el domingo: en ella os daré cuenta del jueves, viernes y sábado, y será preciso que os envíe otra del jueves para teneros al corriente del lunes, martes y miércoles;

<sup>1</sup> Boucherat, entonces fiscal y después Canciller, había sido encargado de poner los sellos en casa del superintendente. Era de la comisión encargada de continuar el proceso.

<sup>2</sup> El ponente era M. d'Ormesson, magistrado íntegro, cuya conducta en este proceso fué muy digna y laudable.

así las cartas no esperarán largo tiempo en vuestra casa. Os ruego que presentéis mis cumplimientos a vuestra solitario<sup>1</sup> y a vuestra querida mitad. No os digo nada de vuestra querida vecina<sup>2</sup>, pues seré yo quien bien pronto os dará noticias de ella.

AL MISMO

Jueves, 27 noviembre de 1664.

Ha continuado hoy el interrogatorio sobre los consumos. El Canciller tenía intención de empujar a M. Fouquet al extremo y embrollarle; pero no lo ha podido conseguir. M. Fouquet ha salido muy bien de este asunto, en el cual no se ha entrado hasta las once, porque el Canciller ha hecho leer al ponente, como ya os he dicho; y a pesar de toda esta devoción, decía todo lo peor contra nuestro pobre amigo<sup>3</sup>. El ponente tomaba siempre su partido, porque el Canciller no hablaba sino de una manera; por fin ha dicho: "He aquí un punto sobre el cual el acusado no podrá responder". El ponente ha contestado: "¡Ah, señor! Para este punto, ved aquí el emplasto que le cura"; y después ha expuesto una buena razón, añadiendo: "Señor, en el sitio que ocupo diré siempre la verdad, sea ésta la que quiera".

Se han reído de lo del emplasto, porque ha hecho recordar el otro que ha hecho tanto ruido. Después de esto se ha hecho entrar al acusado que no ha estado más que una hora en la cámara, y al salir varios han cumplimentado a M. d'Almeson por su firmeza.

Es preciso que yo os cuente lo que he hecho. Imaginaos que algunas damas me han propuesto ir a una casa que da enfrente

<sup>1</sup> Arnauld d'Andilly.

<sup>2</sup> Mad. Duplessis Guenegaud.

<sup>3</sup> El que quería perder a Fouquet y decía lo peor contra él, era M. de Seguier, a pesar de su amistad.

del arsenal para ver venir a nuestro pobre amigo. Yo estaba enmascarada<sup>1</sup>, y le he visto venir desde bastante lejos. M. d'Artagnan venía a su lado, y cincuenta mosqueteros a treinta o cuarenta pasos detrás. El parecía pensativo; en cuanto a mí, cuando le he percibido me temblaban las piernas, y el corazón me latía tan fuertemente, que no podía más. Al aproximarse a nosotros para entrar en su prisión, como M. d'Artagnan le ha llamado la atención y le ha hecho notar que estábamos allí, nos ha saludado y ha puesto esa cara sonriente que ya le conocéis. No creo que me haya reconocido, pero os confieso que he estado extrañamente emocionada cuando le he visto entrar por aquella puertecilla. Si supierais cuán desgraciado se es cuando se tiene el corazón como yo le tengo, estoy segura que tendríais piedad de mí; pero pienso, porque os conozco, que no estáis en mejor estado que yo. He estado a ver nuestra querida vecina, y os compadezco tanto de no tenerla ya, cuanto que nosotros nos encontramos muy contentos de tenerla. La hemos hablado de nuestro querido amigo; ha visto a Sapho que le ha dado valor. En cuanto a mí, iré mañana a buscarle también a su casa, pues de tiempo en tiempo siento que tengo necesidad de consuelo: no es esto que no me digan mil cosas que me den esperanza; pero, ¡Dios mío! tengo mi imaginación tan viva, que todo lo que es incierto me hace morir.

Viernes, 28 de noviembre.

Desde por la mañana se ha entrado en el tribunal: el Canciller ha dicho que era preciso hablar de los cuatro préstamos a lo cual d'Ormesson ha respondido, que éste era un negocio insignificante sobre el cual nada se podía reprochar a M. de Fouquet; que él lo había dicho desde el principio del proceso. Se ha querido contradecirle y ha rogado que le dejen explicar la cosa

<sup>1</sup> Las mujeres entonces, salían de máscara, uso que se encuentra en las antiguas comedias de Corneille y que había sido importado de Italia por los Médicis.

como él la concebía. Se ha dicho y ha persuadido al tribunal, de que este artículo no era considerable. Después se ha hecho entrar al acusado; eran las once. Notaréis que no está más de una hora en el banquillo. El Canciller ha querido hablarle de los cuatro préstamos. M. Fouquet ha rogado que se le permitiese decir lo que no había dicho en la víspera sobre los consumos; se le ha escuchado y ha dicho maravillas; y como el Canciller le dijese: "¿Habéis tenido vuestro descargo del empleo de esta suma?" Ha contestado: "Sí, señor, pero ha sido en unión de otros negocios" que él ha marcado y que vendrán a su tiempo. Pero ha dicho el Canciller: "Cuando habéis dado los descargos, no habíais hecho todavía el gasto". —Es verdad, ha respondido; pero las sumas estaban destinadas para ellos. —Esto no es bastante, ha dicho el Canciller. —Pero caballero, ha dicho M. Fouquet; cuando yo os daba vuestro sueldo algunas veces tenía el descargo un mes antes; y como esta suma estaba destinada para ello, es como si os hubiese sido dada. El Canciller ha dicho: —Es verdad, yo os debía este favor. M. Fouquet ha dicho que no lo recordaba para reprochárselo; que él tenía mucho gusto de poderle servir en aquel tiempo; pero que los ejemplos se le presentaban según que tenía necesidad de ellos.

No habrá sesión hasta el lunes. Parece que se quiere dar largas al asunto. Después... ha prometido hacer hablar al acusado lo menos posible. Encuentran que contesta demasiado bien. Le quisiera interrogar ligeramente y no hablar de todos los artículos; pero él quiere hablar de todos y no quiere que se juzgue su proceso por hechos sobre los cuales no hubiera dicho sus razones. Después... se tiene siempre miedo de desagradar a Petit<sup>1</sup>. El otro día le dió excusas, porque M. Fouquet había hablado demasiado tiempo; pero que él no había podido interrumpirle. Ch...<sup>2</sup> está detrás de la cortina cuando le interroga; escucha lo que se dice y ofrece ir a casa de los jueces a dar-

<sup>1</sup> Nombre convencional para designar a Colbert o Le Tellier.

<sup>2</sup> Chamillard.

les cuenta de las razones que ha tenido para hacer sus conclusiones tan extremas. Todo este procedimiento es contrario a la ley, y marca una gran rabia contra este pobre desgraciado. En cuanto a mí, yo os confieso que no tengo ningún reposo. Adiós, caballero, hasta el lunes: quisiera que pudierais conocer los sentimientos que tengo por vos, y estaríais persuadido de esta amistad que decís estimar un poco.

---

### AL MISMO

Lunes, 1º de diciembre de 1664.

Hace dos días que todo el mundo pensaba que se quería dar largas al asunto de M. Fouquet; ahora ya no es la misma cosa, sino todo lo contrario; se apresuran extraordinariamente los interrogatorios. Esta mañana el Canciller ha cogido su papel y ha leído como en una lista diez puntos de acusación, sobre los cuales no daba tiempo de responder. M. Fouquet ha dicho: "Señor, yo no pretendo ganar tiempo; pero os suplico que me deis el necesario para responder: vos me interrogáis y parece que no queréis escuchar mi respuesta; es importante que yo hable. Hay varios artículos que es preciso que yo esclarezca, y es justo que yo responda a todos los puntos que están en mi proceso". Ha sido, pues, preciso oírle contra el deseo de los malintencionados, pues es cierto que no pueden sufrir que él se defienda tan bien. Ha respondido muy bien a todos los puntos; se continuará en seguida y la cosa irá tan de prisa, que creo que los interrogatorios acabarán esta semana. Vengo de comer en el Hotel de Nevers y hemos hablado mucho la señora de la casa<sup>1</sup> y yo sobre este asunto.

---

<sup>1</sup> Ana de Gonzaga habitaba entonces el hotel de Nevers, que estaba en el sitio en que hoy está la Casa de la Moneda. Estaba casada con el hijo del gran Condé.

Tenemos inquietudes que sólo vos podéis comprender; pues acabo de recibir vuestra carta, que vale más que todo lo que yo pudiera escribiros. Ponéis mi modestia a una prueba demasiado grande, preguntándome de qué manera estoy con vos y con vuestro querido solitario. Me parece que le veo y que le oigo decir lo que vos me mandáis; estoy desesperada de no ser yo quien ha dicho: *la metamorfosis de Pierrot en Tartufe*<sup>1</sup>. Esto está tan naturalmente dicho, que si yo tuviese tanto ingenio como vos creéis, le hubiera encontrado al extremo de mi pluma.

Es preciso que os cuente una historietita que es muy verdadera y que os divertirá. El Rey se ocupa desde hace poco en hacer versos. M. de Saint-Aignan y M. Dangean le enseñan a hacerlos. El otro día hizo un pequeño madrigal que él mismo no encontró bonito. Una mañana dijo al mariscal de Gramont: "Señor mariscal, leed, yo os lo ruego, este madrigal, y ved si habéis nunca leído uno tan impertinente: porque se sabe que desde hace poco me gustan los versos, me los traen de todas las maneras". El mariscal, después de haber leído, dijo al Rey: —"Señor, vuestra majestad juzga divinamente todas las cosas: la verdad es que éste es el más tonto y ridículo madrigal que yo he leído en mi vida". El Rey se echó a reír, y le dijo: —"¿No es verdad que el que lo ha escrito es un fatuo? —Señor, no hay medio de darle otro nombre. —Está bien, dijo el Rey; me alegro que me hayáis hablado tan francamente; soy yo quien le ha hecho. —¡Ah, señor, qué traición! devuélvamele vuestra majestad, que yo le he leído muy de prisa. —No, señor mariscal, los primeros sentimientos, son siempre los más naturales". El Rey ha reído mucho con esta broma, y todo el mundo encuentra que ésta es una de las pequeñas molestias más crueles que se pueden dar a un viejo cortesano. En cuanto a mí, que me gusta siempre hacer reflexiones, quisiera que el Rey las hiciese también y que juzgase por este asunto cuán lejos está siempre de conocer la ver-

---

<sup>1</sup> El Canciller Seguier se llamaba Pedro y las gentes que no le querían le habían dado el mote de Pierrot.

el saludo: "Señor, soy vuestro muy humilde servidor" con esa fisonomía sonriente y fija que le conocemos. El abate d'Effiat se ha conmovido tanto de ternura, que no podía más.

En seguida que M. Fouquet ha estado ante el tribunal, el Canciller le mandó sentarse. El ha contestado: "Señor, ayer sacasteis consecuencias de que yo estaba sentado; dijisteis que esto era reconocer la Cámara; puesto que esto es así, yo os ruego me permitáis el que no me siente en el banquillo". En esto el Canciller le ha dicho que podía retirarse. M. Fouquet ha respondido: "Yo no pretendo hacer de esto un nuevo incidente; solamente quiero, si lo permitís, hacer mi protesta ordinaria y tomar acta de ella, después de lo cual yo responderé".

Se hizo como él deseaba; se ha sentado y ha continuado la pensión de las gabelas, a lo cual ha respondido perfectamente. Si continúa, los interrogatorios le serán provechosos. Se habla mucho en París de su admirable espíritu y de su firmeza. Ha pedido una cosa que me hace temblar. Conjura a una de sus amigas, a que le haga saber su destino, por vía encantada, bueno o malo, como Dios se lo envíe, sin preámbulos, a fin de que tenga tiempo de recibir la noticia por los que vengan a decirselo, añadiendo, que con tal que tenga media hora para prepararse, es capaz de recibir sin emoción todo lo peor que se le pueda decir. Este punto me hace llorar; segura estoy que también aflige vuestro corazón.

### Miércoles.

Hoy no ha celebrado sesión la Cámara a causa de la enfermedad de la Reina, que ha estado a la extremidad; está un poco mejor. Ayer por la noche recibió el viático. Fué la cosa más magnífica y más triste del mundo ver al Rey y a toda la corte con cirios y luces ir a buscar y acompañar el Santo Sacramento. Fué recibido con una gran iluminación. La Reina hizo un esfuerzo para levantarse y le recibió con una devoción, que hizo

derramar lágrimas a todo el mundo. Mucho trabajo costó el ponerla en este estado; sólo el Rey pudo entrarla en razón; a todos los demás decía que quería comulgar de buena gana, pero no para morir. Dos horas se tardó en resolverla.

La extrema aprobación que se da a la respuesta de M. Fouquet, disgusta infinitamente a Petit<sup>1</sup>; se cree que obliga a Puis a hacerse el enfermo para interrumpir el curso de las admiraciones y poder tomar un poco de aliento con otros malos éxitos. Soy muy humilde servidora del querido solitario, de vuestra señora y de la adorable Amaltea<sup>2</sup>.

### AL MISMO

*Jueves, 4 de diciembre de 1664.*

Por fin, los interrogatorios han acabado esta mañana. M. Fouquet ha entrado ante el Tribunal; el Canciller ha hecho leer el proyecto<sup>3</sup> completamente. M. Fouquet ha tomado la palabra el primero, y ha dicho: "Señor, yo creo que no se puede sacar

<sup>1</sup> Petit, es un nombre convenido que debe significar Le Tellier, o acaso Colbert. En cuanto a Puis..., según el sentido de la frase, debe ser uno de los jueces contrarios, y acaso sea Pussort. En este caso habría que aplicarle a él todo lo dicho en las cartas precedentes.

Además, la conducta de Colbert y de Le Tellier, está bien caracterizada por esta palabra del gran Turenne, que se interesaba mucho por Fouquet. Alguien censuraba delante de él la violencia de Colbert y alababa la moderación de Le Tellier. *Sí, dijo Turenne: yo creo que Colbert tiene más deseo de que sea aborcadado y Le Tellier tiene más miedo de que no lo sea.*

<sup>2</sup> Madame Duplessis-Guenegaud, era designada en la Corte con el nombre de Amaltea.

<sup>3</sup> Era éste un proyecto vago de resistencia y de huida al extranjero que Fouquet había escrito quince años antes cuando Francia estaba entregada a las facciones, y en un momento en que él creía tener que quejarse del cardenal Mazarino. Este escrito fué encontrado en la casa de Saint-Mandé, detrás de un gran espejo, donde estaba abandonado y olvidado.

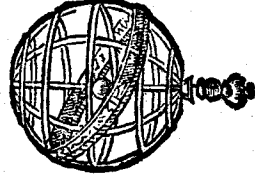
otra cosa de este papel, más que el efecto que acaba de hacerme; es decir, un poco de confusión”.

El Canciller ha dicho: “Sin embargo acabáis de oírle y habéis podido ver por él que esta gran pasión por el Estado, de que habíais tan a menudo, no ha impedido el que hayáis querido comprometerle de un extremo al otro. — Señor, ha replicado M. Fouquet; éstos son pensamientos que me ocurrían en el furor de la desesperación en que me ponía a veces el cardenal; principalmente, cuando después de haber contribuido más que nadie a su vuelta a Francia, me ví pagado con tan negra ingratitud. Tengo una carta de él y otra de la reina madre, que dan fe de lo que digo; pero las han cogido con todos mis demás papeles. Mi desgracia está en no haber quemado este miserable papel que tan lejos estaba de mi memoria y de mi espíritu, que he estado cerca de dos años sin pensar que le tenía. Sea de ello lo que quiera, yo le desapruebo con todo mi corazón, y os ruego, señor creáis que mi pasión por la persona y el servicio de S. M., no ha disminuído en nada. El Canciller le dijo: “Es bien difícil de creerlo, cuando se ve un pensamiento tan tenaz expresado en diferentes tiempos”. M. Fouquet ha respondido: “Señor, en todos los tiempos, y aun con peligro de mi vida, jamás abandonaré la persona del Rey; y en este tiempo, Señor, erais vos el jefe del consejo de sus enemigos y vuestros aliados daban paso al ejército que iba contra él”.

El Canciller ha sentido este golpe; pero nuestro pobre amigo estaba acalorado y no podía dominar su emoción. En seguida se le ha hablado de sus gastos, y ha dicho: “Me ofrezco a hacer ver que no he hecho ninguno que no haya podido hacer, sea por mis rentas, las cuales conocía el señor Cardenal, sea por mis sueldos, sea por los bienes de mi mujer; y si no pruebo lo que digo, consiento en ser tratado tan mal como se pueda imaginar”. En fin, este interrogatorio ha durado dos horas; M. Fouquet ha contestado muy bien; pero con calor y cólera, porque la lectura de este proyecto le ha conmovido mucho. Cuando salió, el Canciller ha dicho: “Esta es la última vez que le interroga-

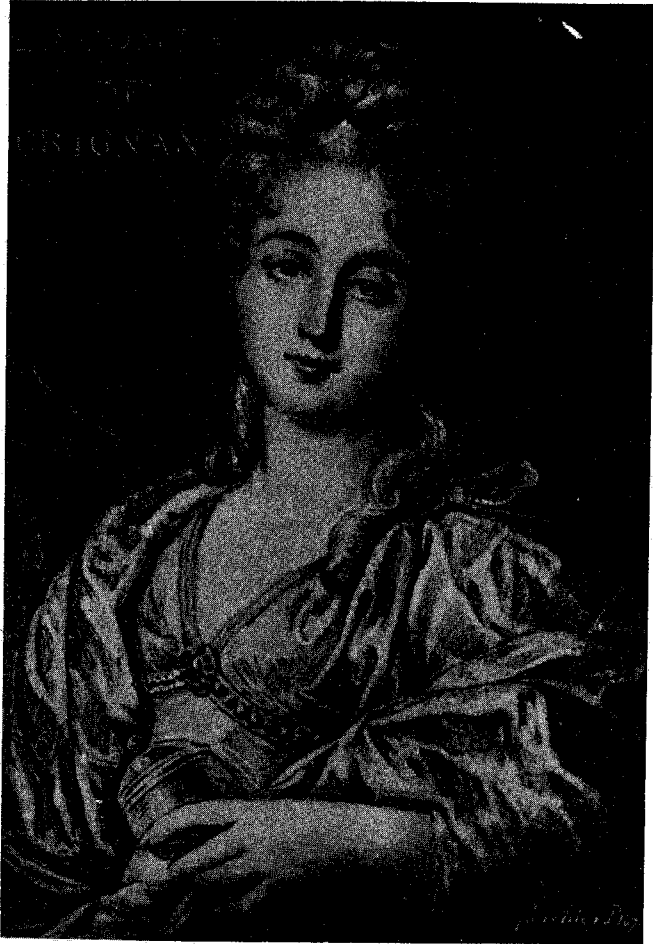
# LETTRES CH O I S I E S DE MADAME LA MARQUISE DE SEVIGNE' A M A D A M E S A F I L L E .

*Qui contiennent beaucoup de particularitez de l'Histoire de Louis XIV.*



M. D C C. X X V.





MADAME DE GRIGNAN  
De una pintura de L. Fauchier.

mos". M. Poucet se ha aproximado al Canciller diciendo: "Señor, no le habéis hablado de las pruebas que hay, de haber comenzado a ejecutar su proyecto". El Canciller ha respondido: "No son bastante fuertes, y hubiera contestado a ellas demasiado fácilmente". Sainte-Hélène y Pussort han añadido: "Todo el mundo no piensa lo mismo". Hay aquí algo sobre que pensar y hacer reflexiones. Mañana continuaré.

Viernes, 5 de diciembre.

Se ha hablado esta mañana de investigaciones que son de poca importancia. He aquí lo que se ha hecho. M. d'Ormesson hablará; ha de recapitular todo el asunto; esto durará todavía toda la semana próxima; es decir, que entre esto y lo otro, no será vivir la vida que nosotros pasaremos. En cuanto a mí, yo estoy desconocida y no creo que pueda llegar hasta allá. M. d'Ormesson me ha rogado que no le vea hasta que el asunto sea juzgado; está en el cónclave y no quiere tener comercio con el mundo. Afecta una gran reserva; no habla, pero escucha, y he tenido el placer al decirle adiós, de decirle todo lo que pienso. Os escribiré todo lo que sepa, y quiera Dios que mi última noticia sea buena, como yo lo deseo. Os aseguro que somos todos dignos de lástima; es decir, vos y yo y los que hacen causa común con nosotros. Adiós, mi querido señor; estoy tan triste y tan agobiada esta tarde, que no puedo más.

Martes, 9 de diciembre de 1664.

Os aseguro que estos días son bien largos de pasar, y que la incertidumbre es una cosa que da espanto. Es un mal que toda la familia del pobre prisionero no conoce.

Los he visto y los he admirado; parece que jamás han leído ni sabido lo que ha pasado en estos últimos tiempos. Lo que me

admira todavía más, es Sapho, cuyo espíritu y cuya penetración no tienen límites. Cuando medito acerca de esto, me alegro y estoy persuadida, o al menos quiero persuadirme de que ellas saben de esto más que yo. Por otra parte, cuando razono con otras gentes menos prevenidas, y cuyo sentido es admirable, encuentro nuestras medidas tan justas, que será un verdadero milagro si la cosa no sale como deseamos. No se pierde a menudo más que por un voto, y este voto hace todo. Yo me acuerdo de estas recusaciones, de las cuales estas pobres mujeres estaban tan seguras; es verdad que nosotros perdimos de cinco a diecisiete. Después de esto, la seguridad se ha trocado en desconfianza. Sin embargo, en el fondo de mi corazón tengo un rayo de esperanza. No sé de dónde viene ni a dónde va, ni siquiera si es bastante grande para dejarme dormir con reposo. Ayer hablaba de todo este asunto con Mad. Duplessis<sup>1</sup>; no puedo ver más gentes que aquellas con las cuales puedo hablar de esto y que tienen los mismos sentimientos que yo. Ella también espera, como yo lo hago, sin saber por qué razón. Pero, ¿por qué esperarais? —Porque espero. —He aquí nuestras respuestas; ¿no son bien razonables? Yo la decía con la más grande verdad del mundo, que si obteníamos una sentencia tal como la deseamos, el colmo de mi alegría era pensar que os enviaría un hombre a caballo a toda brida para comunicaros esta agradable noticia, y que el placer de imaginar el que vos tendríais, haría el mío enteramente completo. Ella comprendió esto como yo, y nuestra imaginación nos dió en este pensamiento más de un cuarto de hora de felicidad. Sin embargo, quiero rectificar la última sesión del interrogatorio sobre el crimen de Estado. Os la había mandado a decir como me la habían dicho; pero la misma persona ha recordado mejor, y me la ha vuelto a decir. Después que M. Fouquet hubo dicho que los únicos efectos que se podían

<sup>1</sup> Mad. Duplessis-Belliere, amiga íntima de Fouquet. Ella fué la encargada de retirar sus papeles de su casa de Saint-Mandé; pero no tuvo tiempo porque fué desterrada. Después volvió.

sacar del proyecto era darle la confusión de haberle oído, el Canciller le dijo: “No podéis decir que esto no sea un crimen de Estado”. El respondió: “Confieso, señor, que es una locura y una extravagancia, pero no un crimen de Estado. Yo suplico a estos señores, dijo, volviéndose hacia los jueces, que me permitan explicar lo que entiendo por crimen de Estado. No es que ellos no sean más hábiles que nosotros; pero yo he tenido más tiempo que ellos para examinarlo. Un crimen de Estado es, cuando se está en un cargo principal, cuando se tiene el secreto de un príncipe y de repente se pasa uno al enemigo; cuando se hace abrir las puertas de las ciudades, de que se es gobernador, al ejército de los enemigos, y se cierran a su verdadero señor; cuando se llevan al partido todos los secretos del Estado. He aquí, señores, lo que se llama un crimen de Estado”. El Canciller no sabía dónde meterse, y todos los jueces tenían grandes deseos de reír. He aquí, a la verdad, cómo las cosas pasaron. Confesaréis que no hay nada más espiritual, ni más delicado, ni más burlón.

Toda Francia ha sabido y ha admirado esta respuesta. Después él se defendió en detalle y ha dicho lo que ya os he comunicado. Hubiera tenido gran sentimiento en que no hubieseis sabido este pasaje, pues nuestro querido amigo hubiera perdido mucho en ello. Esta mañana M. d'Ormesson ha empezado a recapitular todo el asunto; ha hablado muy bien y muy claramente. El jueves dará su opinión. Su compañero hablará dos días, y se tardarán algunos otros para los demás dictámenes. Hay jueces que piensan extenderse mucho; de manera que aun tenemos que languidecer hasta la semana que viene. A la verdad, no es vivir el estado en que nosotros nos encontramos.

—  
Miércoles, 10 de diciembre.

M. d'Ormesson ha continuado la recapitulación del proceso. Ha hecho maravillas; es decir, ha hablado con una claridad, una inteligencia y una capacidad extraordinarias. Pussort le ha in-

terrumpido cinco o seis veces sin otro objeto que el de impedirle hablar tan bien. El le ha dicho sobre un punto que parecía fuerte para M. Fouquet: "Señor, hablaremos después de vos, hablaremos después de vos".

---

## AL MISMO

*Jueves, 11 de diciembre de 1664.*

M. d'Ormesson ha continuado todavía: cuando ha llegado a cierto artículo del marco de oro, Pussort ha dicho: "He aquí lo que está contra el acusado". —Es verdad, ha dicho M. d'Ormesson; pero no hay pruebas. —¿Qué? replicó Pussort; ¿no se ha hecho interrogar a estos dos oficiales? —No; ha dicho M. d'Ormesson. —¡Ah! esto no puede ser, replicó Pussort. —Yo no he encontrado nada en el proceso, añadió d'Ormesson. Entonces Pussort dijo con violencia: "¡Ah, señor! Debisteis decirlo más pronto; esto es una grave falta". M. d'Ormesson no ha respondido nada; pero si Pussort le hubiere dicho todavía alguna palabra, le hubiese contestado: "Señor, yo soy juez y no denunciador. ¿No recordáis lo que os contaba una vez en Fresne?" He aquí lo que es: M. d'Ormesson no ha descubierto esto más que cuando no ha tenido remedio. El Canciller ha interrumpido varias veces a M. d'Ormesson; le ha dicho que a él no le era necesario hablar del proyecto, y esto es por malicia, pues varios juzgarán que es un gran crimen, y el Canciller quisiera que M. d'Ormesson no hiciese ver las pruebas que son ridículas, a fin de no debilitar la idea que de esto se han formado.

Pero M. d'Ormesson hablará de ellas, puesto que es uno de los artículos que componen el proceso. Acabará mañana. Sainte-Hélène hablará el sábado. El lunes darán su dictamen los dos relatores, y el martes se reunirán todos desde por la mañana y no se separarán hasta haber dado sentencia. Estoy transida cuando pienso en este día. Sin embargo, la familia tiene grandes

esperanzas; Foucault<sup>1</sup> va solicitando por todas partes, y hace ver un escrito del Rey en el que se le hace decir que encontrará muy mal que hubiese jueces que apoyasen su aviso sobre la sustracción de papeles; que es él quien los ha hecho tomar y que no hay ninguno que sirva para la defensa del acusado; que son papeles relativos a su estado, y que él lo declara a fin de que no se piense en juzgarle por esto. ¿Qué os parece de este hermoso proceder? ¿No encontráis desesperante el que se presenten así las cosas a un Rey que amaría la justicia y la verdad si las conociese? El decía el otro día al levantarse que Fouquet era un hombre peligroso. Ved aquí lo que se le ha puesto en la cabeza.

En fin, nuestros enemigos no ocultan ninguna de sus medidas. Van al presente a toda brida; las amenazas, las promesas, todo está en uso; si tenemos a Dios de nuestra parte, seremos más fuertes; aun tendréis acaso una carta mía, y si tenemos buenas noticias os las mandaré con un correo expreso a toda brida. No puedo deciros lo que yo haré si esto no sucede; yo misma no comprendo lo que sería de mí. Mil cumplimientos a nuestro so-litario y a vuestra querida mitad. Haced rogar mucho a Dios.

---

*Sábado, 13 de diciembre.*

Se ha querido después de haber cambiado y recambiado que M. d'Ormesson diese su dictamen hoy, a fin de que pasase el domingo por medio, y que Sainte-Hélène empezando el lunes su discurso hiciese más impresión. M. d'Ormesson ha opinado por el destierro perpetuo y la confiscación de los bienes a favor del Rey. M. d'Ormesson ha coronado con esto su reputación. El dictamen es un poco severo; pero roguemos a Dios que sea seguido. Es siempre bueno el ir al asalto el primero.

---

<sup>1</sup> El escribano de la Cámara del Arsenal que leyó a Fouquet su sentencia.

## AL MISMO

*Miércoles, 17 de diciembre de 1664.*

Vos languidecís, mi pobre señor, pero nosotros languidecemos también. He sentido haberos dicho que el martes habrá sentencia, pues no habiendo tenido noticias mías, habréis creído que todo estaba perdido. Sin embargo, tenemos todavía todas nuestras esperanzas.

Yo os decía el sábado cómo había opinado M. d'Ormesson, pero yo no os hablaba bastante de la estima extraordinaria que se ha adquirido por esta acción. He oído decir a gentes del oficio que es una obra maestra la que ha hecho, por haberse explicado tan claramente y haber apoyado su opinión con razones tan sólidas y fuertes; él mezcló allí, no solamente elocuencia, sino adorno. En fin, nunca un hombre de su profesión ha tenido una ocasión más hermosa de lucirse, y nunca se ha servido mejor de ella.

Si hubiese querido abrir las puertas a las alabanzas, su casa no se hubiera desocupado; pero ha querido ser modesto y se ha ocultado cuidadosamente. Su muy indigno compañero Sainte-Hélène habló el lunes y martes; trató el asunto pobre y miserablemente leyendo lo que decía, sin aumentar nada ni dar otro aspecto al asunto; opinó sin apoyarse sobre nada, que M. Fouquet perdería la cabeza a causa del crimen de Estado; y para llamar más la atención sobre él, dijo que era de creer que el Rey, usando de su gracia, le perdonaría; que él sólo era quien podría hacerlo. Ayer fué cuando hizo esta bella acción, de la cual todo el mundo quedó disgustado, tanto como había estado complacido del discurso de M. d'Ormesson.

Esta mañana Pussort ha hablado cuatro horas; pero con tanta vehemencia, con tanto calor, tanta violencia y con tanta rabia, que varios jueces se escandalizaron, y se cree que esta furia puede hacer más bien que mal a nuestro pobre amigo. Hacia el fin

del discurso ha redoblado su fuerza y ha dicho sobre el crimen de Estado, que cierto español nos debía causar gran vergüenza, que había tenido tanto horror de un rebelde, que había quemado su casa porque Carlos de Borbón<sup>1</sup> había pasado por allí; que con mucha más razón debíamos abominar nosotros el crimen de Fouquet; que para castigarle no había más que la cuerda y la horca; pero que en consideración a los cargos que había poseído y a que tenía varios parientes considerables, él era de la opinión de Sainte-Hélène.

¿Qué decís de esta moderación? Esto es a causa de que él es tío de M. de Colbert, y por haber sido recusados por lo que se quiere portar tan honradamente. En cuanto a mí, salto hasta las nubes cuando pienso en esta infamia. No sé si se juzgará mañana o si se hará que el asunto dure toda la semana. Tenemos todavía grandes sustos que sufrir; pero puede ser que alguno sea de la opinión del pobre M. d'Ormesson, que hasta aquí ha sido tan mal imitado. Pero escuchad, yo os ruego, tres o cuatro cosas pequeñas, que son muy verdaderas y bastante extraordinarias. Primeramente hay un cometa que aparece hace cuatro días: al principio no ha sido anunciado más que por las mujeres y ha sido objeto de burla; pero al presente, todo el mundo le ha visto. M. d'Artagnan veló la noche pasada y le vió muy claramente. M. de Neuré, gran astrólogo, dice que es de un tamaño considerable. He visto a M. Dufoin que le ha visto con tres o cuatro sabios. Yo, que os hablo, hago estar en vela para verlo también. Aparece sobre las tres de la mañana; os lo advierto porque también podéis tener el gusto o el disgusto de verle.

Berrier se ha vuelto loco, pero al pie de la letra; es decir, que después de haber sido sangrado excesivamente no deja de estar furioso; habla de horcas, de ruedas, escoge árboles a propósito; dice que se le quiere colgar y hace un ruido tan espantoso, que es preciso sujetarle y atarle. He aquí un castigo de Dios

<sup>1</sup> El condestable Carlos de Borbón, que bajo Francisco I murió en el sitio de Roma al servicio de Carlos I y contra Francia.

bastante visible y fijo. Ha habido uno, llamado Lamothe, que ha dicho, en el instante de recibir su sentencia, que M. de Bezemaux, gobernador de la Bastilla y Chamillard (añaden también Poucet, pero no estoy segura de ello) le habían obligado varias veces a hablar contra M. Fouquet y contra de Lorme; que mediante esto, ellos le salvarían; pero que él no ha aceptado y lo declara antes de ser juzgado. Ha sido condenado a galeras. La familia Fouquet ha obtenido una copia de esta declaración, y mañana la presentará a la Cámara. Es posible que no la admitan porque hay opiniones; pero pueden decirlo, y como el rumor ya se ha esparcido, debe hacer un gran efecto en el ánimo de los jueces. ¿No es verdad que todo esto es muy extraordinario?

Es preciso que os cuente todavía un acto heroico de Masnau. Estaba enfermo gravemente hace ocho días de un cólico nefrítico; tomó varios remedios y se hizo sangrar a media noche. Al día siguiente a las siete, se hizo llevar al tribunal sufriendo dolores inconcebibles. El Canciller le vió palidecer y le dijo: "Caballero, no podéis más, retiraos". —El respondió: —Señor es verdad; pero es preciso morir aquí. El Canciller, viéndole casi desvanecerse sin que por eso cediera, replicó: "Id que os esperamos". —Entonces salió un cuarto de hora y en este tiempo arrojó dos piedras de un volumen tan considerable, que a la verdad, podría pasar por un milagro si los hombres fuesen dignos de que Dios los quisiese hacer. Este buen hombre entró alegre y contento, y todo el mundo quedó sorprendido de esta aventura.

He aquí lo que yo sé. Todo el mundo se interesa en este asunto. No se habla de otra cosa: se razona, se sacan consecuencias, se cuenta por los dedos, se teme, se enternece, se desea, se odia, se admira, se está triste, se está agobiado; en fin, mi pobre señor, es una cosa extraordinaria el estado en que nos hallamos al presente; pero es una cosa divina la resignación y la firmeza de nuestro querido desgraciado. El sabe todos los días lo que pasa, y todos los días sería preciso hacer volúmenes en su alabanza. Os ruego deis gracias a vuestro señor padre por la amable carta que me ha escrito y por las bonitas cosas que me

ha enviado. ¡Ah! las he leído a pesar de que tengo la cabeza perdida. Decidle que estoy encantada de que me ame un poco; es decir, mucho: y que en cuanto a mí, yo le quiero todavía más. He recibido vuestra última carta. ¡Ah, Dios mío! Me pagáis más que lo que yo hago por vos; os debo el resto.

---

## AL MISMO

*Viernes, 19 diciembre de 1664.*

He aquí un día que nos da grandes esperanzas; pero es preciso tomarlo desde muy lejos. Ya os he dicho cómo M. Pussort opinó el miércoles por la muerte; el jueves Nogués Gisancourt, Feriol, Herault, por la muerte también.

Roquesante acabó por la mañana, y después de haber hablado una hora admirablemente, fué de la opinión de M. d'Ormesson. Esta mañana hemos tenido un buen viento, pues varios inciertos han sido fijados, y de un solo golpe hemos tenido La Toison, Masnau, Verdier, La Baume y Catinat, de la opinión de M. d'Ormesson. Tocábale hablar a Poucet, pero juzgando que los que restan son casi todos partidarios de la vida, no ha querido hablar aunque no eran más que las once. Se cree que es para consultar lo que se quiere que diga, que no ha querido declamar y pedir la muerte sin necesidad. Así estamos en un estado tan ventajoso, que la alegría no es completa; pues es preciso que sepáis que M. Colbert está tan rabioso que se espera alguna cosa atroz e injusta que nos llene de desesperación. Sin esto, mi pobre señor, tendríamos la alegría de ver a nuestro amigo, aunque desgraciado, al menos con la vida salva, lo cual es de importancia. Veremos lo que sucede mañana. Nosotros tenemos siete: ellos tienen seis. Ved los que restan. Le Ferou, Moussy, Brillac, Bernard, Renard, Voisin, Pontchartrain y el Canciller. Hay más que los que necesitamos de buenos en este número.

---

*Sábado.*

Alabad a Dios, señor, y dadle gracias; nuestro pobre amigo se ha salvado. Han pasado de trece los que han sido de la opinión de M. d'Ormesson y nueve los que han seguido la de Sainte-Hélène. Estoy tan contenta que no sé lo que me hago <sup>1</sup>.

*Domingo por la noche.*

Moría de miedo de que otro antes que yo os hubiera dado el placer de comunicaros la buena nueva. Mi correo no ha ido con gran diligencia; dijo al parir, que iría a dormir a Livry. En fin, ha llegado el primero según me dice. ¡Dios mío! ¡Qué ingrata y sensible os habrá sido esta noticia y cómo los momentos que libran de un golpe al corazón y al espíritu de una terrible pena, hacen sentir un inconcebible placer! En mucho tiempo no olvidaré la alegría que ayer tuve. Verdaderamente es demasiado completa, me costaba trabajo el contenerla. El pobre hombre supo esta noticia por el aire <sup>2</sup> pocos momentos después, y no dudo que la haya sentido en toda su extensión. Esta mañana el Rey ha enviado un caballero a las señoras de Fouquet, recomendándolas que se vayan las dos a Montluçon, en Auvernia; el marqués y la marquesa de Charost a Ancenis, y el joven Fouquet a Joinville en Champagne. La buena mujer ha mandado a decir al Rey que ella tiene setenta y dos años, y

<sup>1</sup> Tribunal de la comisión que juzgó a Fouquet.

FAVORABLES

D'Ormesson	La Toison
Le Ferou	La Baume
Mousi	Verdier
Brillac	Masnau
Renard	Catinat
Roquesante	Pontchartrain

CONTRARIOS

Sainte-Hélène	Herault
Pussort	Poncet
Lisancourt	Voisin
Feriol	El Canciller
Nogués	

<sup>2</sup> Por medio de señales.

suplicaba a S. M. que la dejase su último hijo para asistirle al fin de su vida, que aparentemente no sería larga. En cuanto al prisionero no ha sabido todavía su sentencia. Se dice que mañana se le hace conducir a Pignerol, pues el Rey cambia el destierro en prisión: se le rehusa su mujer, contra todas las reglas; pero guardaos bien de disminuir por esto vuestra alegría por este proceder: la mía se ha aumentado; si es posible, me hace ver mejor la grandeza de nuestra victoria. Os mandaré fielmente la continuación de esta historia: es curiosa. Esto es lo que ha pasado hoy; mañana os contaré el resto.

*Lunes, por la noche.*

Esta mañana a las diez ha sido conducido M. Fouquet a la capilla de la Bastilla. Foucault tenía la sentencia en la mano y le ha dicho: "Señor, es preciso que digáis vuestro nombre a fin de que yo sepa a quien hablo". M. Fouquet ha respondido: "Vos sabéis bien quién soy, y en cuanto a mi nombre no le diré aquí como no le he dicho en el Tribunal; y para seguir el mismo orden, protesto de la sentencia que vais a leerme". Se ha escrito lo que decía, y al mismo tiempo Foucault se ha cubierto y ha leído la sentencia. M. Fouquet la ha escuchado descubierto. En seguida han separado de él a Pecquet y Lavalée <sup>1</sup>, y los gritos y los llantos de estas pobres gentes eran bastantes a fundir los corazones de los que no le tienen de hierro; hacían un ruido tan grande, que M. d'Artagnan se vió obligado a ir a consolarlos, pues parecía que era una sentencia de muerte la que se acababa de leer a su señor. Se ha puesto a los dos en una habitación de la Bastilla; no se sabe lo que harán de ellos.

Entre tanto M. Fouquet ha ido a la habitación de M. d'Artagnan; y mientras que estaba allí ha visto por la ventana

<sup>1</sup> Juan Pecquet, anatomista célebre y médico de Fouquet, al cual permaneció fiel.

pasar a M. d'Ormesson, que venía de buscar algunos papeles que tenía M. d'Artagnan. M. Fouquet le ha percibido y le ha saludado con un rostro franco y lleno de alegría y de agradecimiento; hasta le ha dicho que era su muy humilde servidor. M. d'Ormesson le ha devuelto el saludo con una gran cordialidad, y ha venido con el corazón angustiado a contarme lo que ha visto.

A las once había una carroza dispuesta en que M. Fouquet ha montado con cuatro hombres; M. d'Artagnan a caballo con cincuenta mosqueteros, le conducirá a Pignerol, donde le dejará en prisión bajo la vigilancia de un nombrado Saint-Mars, que es un hombre muy honrado y que tendrá cincuenta hombres para guardarle. Yo no sé si le ha dado otro ayuda de cámara; ¡si supieseis qué cruel parece a todo el mundo haberle quitado estos dos hombres Pecquet y Lavalée! ¡Es una cosa inconcebible! Se saca de esto consecuencias peligrosas, de las cuales Dios le preserve como ha hecho hasta aquí. Es preciso poner su confianza en él y dejarle bajo su protección que le ha sido tan saludable. Se le rehusa siempre su mujer; se ha obtenido que la madre no vaya más que al Parque con su hija que es abadesa<sup>1</sup>; l'Ecuyer seguirá a su cuñada; ha declarado con qué alimentarse en otra parte. M. y Mad. de Charost, van a Ancenis. M. Bailly, abogado general, ha sido destituido por haber dicho a Gisancourt, antes del proceso, que debía mirar por el honor del gran Consejo; pues sería deshonorado si Chamillard, Pussort y él seguían la misma marcha. Esto me molesta por vos; es un gran rigor. *¿Tantæne animis celestibus iræ?* Pero no, esto no viene de tan alto. Venganzas tan rudas y bajas, no pueden partir de un corazón como el de nuestro Señor. Se sirve de su nombre, y se le profana como veis. Os mandaré la continuación. Hay mucho que hablar de esto; pero es imposible por cartas. Adiós, mi pobre señor; yo no soy tan modesta como vos, y sin

<sup>1</sup> María Isabel Fouquet, hermana del Superintendente, Abadesa de Parc-aux-Dames, cerca de Senlis.

oculderme entre la multitud os aseguro que os amo y os estimo muy mucho. He visto hoy el cometa. Su cola es de gran longitud; tengo en ella una parte de mis esperanzas. Mil cumplimientos a vuestra querida esposa.

---

## AL MISMO

*Jueves por la noche. Enero de 1665.*

En fin, la madre, la nuera y el hermano, han obtenido el estar juntos; van a Montluçon. La madre tenía permiso para ir al Parc-aux-Dames con su hija; pero su nuera la ha detenido. M. y Mad. de Charost han salido para Ancenis. Pecquet y Lavalée están todavía en la Bastilla. ¿Hay en el mundo nada tan horrible como esta injusticia? Le han dado otro ayuda de cámara al desgraciado. M. d'Artagnan es su único consuelo en el viaje. Se dice que el que le guardará en Pignerol, es un hombre muy honrado. ¡Dios lo quiera, o por mejor decir, Dios le guarde! Le ha protegido tan visiblemente, que es preciso creer que tendrá de él un cuidado particular. La Foret, su antiguo escudero, le abordó cuando se iba; Fouquet le dijo: "Estoy encantado de veros; sé vuestra fidelidad y vuestra afección; decid a nuestras mujeres que no se abatan, que yo tengo valor y estoy bien". En verdad esto es admirable. Adiós, mi querido señor; seamos como él, tengamos valor y no nos acostumbremos a la alegría que nos dió la admirable sentencia del sábado. Mad. de Grignan ha muerto<sup>1</sup>.

---

*Viernes, por la noche.*

Me parece por vuestros cumplimientos que me despedís; pero yo no aprovecho todavía la licencia.

<sup>1</sup> Angelina Clara d'Angenne, primera mujer de M. de Grignan.

Pretendo escribiros cuando me plazca y cuando haya versos del Pont-Neuf y otros, os los enviaré en seguida.

Nuestro querido amigo va por el camino. Ha corrido el rumor de que estaba muy enfermo; todo el mundo decía: "¡Cómo! lya!" Se decía también que M. d'Artagnan había enviado a preguntar a la Corte, qué haría con su prisionero enfermo, y que se le ha contestado duramente que le condujese en cualquier estado que se encontrase. Todo esto es falso, pero se ve por ello lo que se tiene en el corazón y cuán peligroso es dar fundamentos, sobre los cuales se aumenta todo lo que se quiere. Pecquet y Lavalée siguen en la Bastilla. Verdaderamente esta conducta es admirable. Se volverán a abrir los tribunales después de reyes.

Creo que los pobres desterrados han llegado a su destino. Cuando nuestro amigo esté en el suyo, yo os lo haré saber, pues le es preciso llegar a Pignerol, y quiera Dios que desde Pignerol pudiésemos hacerle venir a donde nosotros quisiéramos <sup>1</sup>.

Y vos, mi pobre señor, ¿cuánto dudará todavía vuestro destierro? Pienso en ello muy a menudo. Mil cumplimientos a vuestro señor padre. Se me dice que vuestra señora esposa está aquí; iré a verla. He cenado ayer con una de nuestras amigas y hablamos de ir a veros.

---

Martes.

He aquí con qué divertiros algunos momentos; seguramente encontraréis algo de bueno y agradable en lo que os envío. Es una verdadera caridad el distraeros a los dos en vuestra soledad. Si la amistad que tengo por el padre y el hijo fuese un remedio contra el fastidio, no seríais dignos de compasión. Vengo de un sitio en que os he recordado hablando de vos a cinco o seis personas que se precian como yo de ser vuestros

<sup>1</sup> Fouquet murió preso el 23 de marzo de 1680.

amigos y amigas; es el hotel de Nevers; en una palabra, vuestra esposa estaba allí; ella os enviará las admirables comedias que hemos visto. Creo que nuestro querido amigo ha llegado, pero no tengo de ello noticias ciertas. Se ha sabido solamente que M. d'Artagnan, continuando sus atenciones, le ha dado todo el abrigo necesario para pasar la montaña sin incomodidad. He sabido también que había recibido cartas del Rey y que había dicho a M. Fouquet que tuviese ánimo, que toda iba bien. Se espera siempre mejoramiento en el trato; yo lo espero también: la esperanza me ha servido demasiado bien para abandonarla. Siempre que en nuestras reuniones veo a nuestro señor, estos dos versos del Tasso me vienen a la imaginación:

*Goffredo ascolta, e in rigida sembianza  
Porge più di timor che di speranza.*

No obstante, yo me guardo muy bien de desalentarme; es preciso seguir el ejemplo de nuestro pobre prisionero; él está alegre y tranquilo; estémoslo también nosotros. Gran alegría tendría yo en veros aquí. No creo que vuestra destierro sea largo.

Dad a vuestro señor padre las seguridades de mi afecto; he aquí cómo es preciso hablar, y mandarme vuestra opinión sobre las estancias. Algunas hay que son admiradas; otras son coplas.

---

AL CONDE DE BUSSY

*París, 20 de mayo 1667.*

He recibido una carta vuestra en Bretaña, mi querido primo, en que me habláis de nuestros Rabutins y de la belleza de Boubilly; pero como me habían escrito de aquí que se os esperaba, y aun yo creía llegar antes que vos, he aplazado el responderos hasta hoy que ya he sabido que no vendréis aquí.



Ya sabéis que no se habla más que de la guerra. Toda la corte está en el ejército, y todo el ejército está en la corte. París es un desierto; y desierto por desierto, prefiero mucho más el bosque de Livry donde pasaré el verano.

*En attendant que nos guerriers  
Reviennent couverts de lauriers.*

Ved aquí dos versos que ignoro si yo los sabía ya, o si los acabo de hacer. Como la cosa no es de gran consecuencia, vuelvo a coger el hilo de mi prosa. Me he acordado muchísimo de vos, desde que he visto tantas gentes apresuradas por comenzar y recomenzar un oficio que vos habéis ejercido con tanto honor en el tiempo en que podíais mezclarlos en él. Es una cosa dolorosa para un hombre de valor estar obligado a permanecer en su casa cuando hay tanto ruido en Flandes.

Como no dudo de que vos sentís acerca de esto todo lo que un hombre de espíritu y de valor puede sentir, hay imprudencia en mí en recordaros un asunto tan sensible. Espero que me perdonaréis por el gran interés que en ello me tomo.

Se dice que habéis escrito al Rey; enviadme la copia de vuestra carta, y mandadme algunas noticias de vuestra vida; qué clase de cosas pueden distraeros, y si el arreglo de vuestra casa no contribuye mucho a ello.

Yo he pasado el invierno en Bretaña, donde he hecho plantar una infinidad de arbolillos y un laberinto, del cual no se saldrá sin el hilo de Ariadna. He comprado además varias tierras, a las cuales he dicho de la manera acostumbrada: *Hágoos parque*. De suerte que he extendido mis paseos, sin que me haya costado mucho. Mi hija os presenta sus amistades, y yo hago otro tanto con toda vuestra familia.

## AL MISMO

*París, 20 de julio 1668.*

Quiero empezar a contestar en dos palabras a vuestra carta, y después nuestro proceso habrá concluído.<sup>1</sup>

Vos me atacaréis dulcemente, señor conde, y me reprocháis con finura que no hago gran caso de los desgraciados; pero que en recompensa batiría palmas por vuestro regreso; en una palabra, que yo aúllo con los lobos, y que soy bastante buena compañía para no contradecir a los que censuran a los ausentes.

Bien veo que estáis mal informado de las noticias de este país, primo mío: sabed, pues, que no es moda acusarme a mí de debilidad por mis amigos. Tengo otros muchos defectos como dice Mad. de Bouillon<sup>1</sup>, pero no tengo éste; tal pensamiento no existe más que en vuestra cabeza, pues yo he hecho aquí mil pruebas de generosidad para con los desgraciados<sup>2</sup> que me han dado grande honor, en muchos y buenos lugares, que os diría si quisiese. No creo, pues, merecer ese reproche, y es preciso que borréis ese artículo en la memoria de mis defectos. Pero hablemos de vos.

Nosotros somos parientes, y de la misma sangre; nosotros nos agradamos y nos amamos; tomamos interés en nuestra suerte. Me habláis de adelantaros dinero sobre los diez mil escudos que habéis de cobrar en la sucesión de M. de Chalons: decís que os los he rehusado, y yo digo que os los he prestado; pues sabéis muy bien, y nuestro amigo Courbinelli es testigo de ello, que mi corazón lo quiso desde luego; y que cuando buscábamos algunas formalidades para obtener el consentimiento de Neuchese<sup>3</sup> a fin de ocupar vuestro lugar para ser pagado, os

<sup>1</sup> María-Ana Mancini, mujer del duque de Bouillon.

<sup>2</sup> El cardenal de Retz y Fouquet.

<sup>3</sup> Heredero del obispo de Chalons.

entró la impaciencia; y habiéndome encontrado, por desgracia, bastante imperfecta de cuerpo y de espíritu para daros motivo para hacer un bonito retrato de mí, le hicisteis y preferisteis a nuestra antigua amistad, a nuestro nombre, y a la justicia misma, el placer de ser alabado por vuestra obra. Sabéis que una dama amiga vuestra os obligó generosamente a quemarle; ella creyó que lo habíais hecho; yo lo creí también, y algún tiempo después, habiendo sabido que habíais hecho maravillas a propósito de M. de Fouquet y de mí, esta conducta me hizo volver sobre mi acuerdo.

Me reconcilié con vos a mi vuelta de Bretaña; pero, ¡con qué sinceridad! Vos lo sabéis. Vos sabéis también nuestro viaje a Borgoña, y con qué franqueza yo os volvía de nuevo toda la parte que habíais tenido siempre en mi amistad. Volví satisfecha de vuestra sociedad. Por este tiempo hubo gentes que me dijeron: "He visto vuestro retrato en manos de Mad. de La Baume<sup>1</sup>, ¡le he visto". Yo no respondí más que con una sonrisa, desdeñosa, compadeciéndome de los que se divertían en creer a sus ojos. "Yo lo he visto", se me dijo aún al cabo de ocho días, y yo continué sonriendo. Se lo dije riendo a Courbinelli, el cual se rió también, y permanecí cinco o seis meses de esta suerte, dando lástima a todos aquellos de quienes yo me había burlado.

En fin, llegó el día desgraciado en que yo misma ví, por mis propios ojos *abigarrados*, lo que no había querido creer. Si me hubiesen salido cuernos en la cabeza, hubiera estado menos asombrada. Yo leí y releí ese cruel retrato. Le hubiera encontrado bonito si hubiese sido de otra persona que yo, y hecho por otro que no fueseis vos. Le encontré tan bien enca-

<sup>1</sup> Se trata de la marquesa de La Baume, que habiéndose procurado una copia manuscrita de los *Amours des Gaules*, la hizo imprimir sin que lo supiera M. de Bussy. He aquí el pasaje de que se queja Mad. de Sévigné. "Mad. de Sévigné es desigual hasta en las pupilas de sus ojos, y hasta en las pestañas; tiene los ojos de diferentes colores, y siendo los ojos el espejo del alma, estas desigualdades son como un aviso que da la naturaleza a los que se aproximan, para no tener un gran fundamento sobre su amistad".

jado, y ocupando tan bien su sitio en el libro, que no tuve el consuelo de poder pensar que fuera de otro y no vuestro. Lo reconocí en varias cosas que había oído decir, más bien que en la pintura de mis sentimientos, que desconocí enteramente. Al fin os ví en Palais-Royal, y os dije que este libro corría, y quisisteis hacerme creer que sin duda el retrato se había hecho de memoria y se había puesto allí. Yo no os creí de ningún modo, y me acordé entonces de los avisos que se me habían dado, y de los cuales yo me había burlado.

Encontré que el sitio que ocupaba el retrato era tan justo, que el amor paternal os había impedido desfigurar esta obra, quitándole de un sitio que ocupaba tan bien. Vi que os habíais burlado de Mad. de Montglas y de mí, que había sido vuestro juguete, que habíais abusado de mi sencillez y que habíais tenido motivo de creerme inocente viendo que mi corazón volvía de nuevo a vos y sabiendo que el vuestro me traicionaba: ya sabéis las consecuencias.

Estar en las manos de todo el mundo, encontrarse impresa, ser el libro de diversión de todas las provincias donde estas cosas hacen un daño irreparable, encontrarse en las bibliotecas y recibir este dolor; ¿por quién? No quiero exponeros más todas mis razones; tenéis entendimiento, y estoy segura de que si reflexionáis un cuarto de hora lo veréis y lo sentiréis como yo. Sin embargo; ¿qué hago yo cuando vos os detenéis? Con dolores del alma os hago hacer cumplimientos, me compadezco de vuestra desgracia, hasta hablo de ella a todo el mundo, y digo bastante libremente mi opinión acerca del proceder de Mad. de La Baume para indisponerme con ella. Salí de la prisión y voy a veros varias veces; os digo adiós cuando partí para la Bretaña; os he escrito desde que estáis en vuestra casa con un estilo bastante libre y sin rencor; en fin, os escribo todavía cuando Mad. d'Epoisses me dice que os habéis roto la cabeza.

He aquí lo que yo quería deciros una vez en la vida, conjurándoos a que desechéis de vuestra mente la idea de que sea yo quien no tenga razón. Guardad mi carta y volvedla a leer si

alguna vez os da todavía el capricho de creerlo, y sed justo respecto a este punto, como si juzgaseis de una cosa que hubiese pasado entre otras dos personas; que vuestro interés no os haga ver lo que no existe. Confesad que habéis ofendido cruelmente la amistad que entre los dos existía, y me habréis desarmado. Pero creer que si vos respondéis yo pueda callarme, estáis equivocado; esto me es completamente imposible. Yo verbalizaré siempre; en vez de escribiros dos palabras como os había prometido, escribiré dos mil; en fin, haré tanto por cartas de una longitud cruel y de un aburrimiento mortal, que os obligaré, a pesar vuestro, a pedirme perdón; es decir, a pedirme la vida. Hacedlo, pues, de buen grado.

Por lo demás, yo he sentido vuestra sangría; ¿no era el 17 de este mes? Justamente. Me hizo todos los bienes del mundo, y yo os doy gracias por ello. Soy tan difícil de sangrar, que es una obra de caridad por vuestra parte, el dar vuestro brazo en lugar del mío.

Por esta solicitud, enviadme vuestro hombre de negocios con una instancia, y yo la haré dar por una amiga a M. Didé, pues yo no le conozco, e iré yo misma con esta amiga. Podéis estar seguro de que si puedo haceros este servicio, lo haré de todo corazón y con mucho gusto. Yo no os digo nada del interés extremo que tengo siempre por vuestra fortuna: creeríais que esto sería *rabutinage*; pero no, sois vos, sois vos todavía quien me habéis causado aflicciones tristes y amargas, viendo estos tres nuevos mariscales de Francia<sup>1</sup>: Mad. de Villars, a quien ésta va a ver, me ha hablado siempre de las visitas que me hubiera hecho en semejante ocasión, si vos hubieseis querido.

Yo os doy gracias por vuestras cartas al Rey, primo mío; ellas me han dado el placer de leer a un desconocido; me enternecen y me parece que deben hacer el mismo efecto sobre nuestro señor: es verdad que él no se llama Rabutín como yo.

La joven más bonita de Francia os saluda; este nombre me

<sup>1</sup> M. de Crequi, Bellefonds y d'Humieres.

parece bastante agradable; yo estoy, sin embargo, cansada de hacerle los honores.

## AL MISMO

Paris, 4 de diciembre de 1668.

No habéis recibido mi carta, en la cual os daba la vida y en la cual no quería mataros del todo. Esperaba una respuesta por esta bella acción. Vos no habéis pensado en ello; os habéis contentado con animaros y coger vuestra espada como yo os había aconsejado. Espero que no será para serviros de ella en contra mía.

Es preciso que os dé una noticia que sin duda os causará alegría; es que, al fin, la joven más bonita de Francia se casa, no con el más guapo mozo, sino con uno de los hombres más honrados del reino. Es M. de Grignan, a quien vos conocéis hace largo tiempo. Todas sus mujeres han muerto por ser útiles a vuestra prima, y aun su padre y su hijo por una bondad extraordinaria; de suerte, que siendo más rico que nunca y encontrándose por otra parte por su nacimiento y por sus bienes y por sus buenas cualidades, tal como nosotros lo podíamos desear, no le regateamos, como se acostumbra a hacer otras veces; nos fiamos en las dos familias que han pasado delante de nosotros. El parece muy contento con nuestra alianza, y en seguida que tengamos noticias del arzobispo de Arlés, como su otro tío el obispo de Uzés está aquí, éste será un asunto que se acabará antes de fin de año. Como yo soy una dama bastante regular, no he querido dejar de pedir os vuestra opinión y vuestra aprobación. El público parece contento, y ya es bastante; pues somos tan tontos, que atendiendo a esta opinión es como se arreglan casi siempre estos asuntos.

Ved todavía otro artículo sobre el cual quiero que me contestéis, si os queda un átomo de amistad por mí. Yo sé que

habéis puesto por bajo del retrato que tenéis de mí, que yo he estado casada con un gentilhomme bretón, *honrado* por las alianzas de Vassé y de Rabutín. Esto no es justo, mi querido primo; estoy desde hace poco tan bien instruída de la casa Sévigné, que tendría remordimiento de conciencia si os dejara en este error. Ha sido preciso mostrar nuestra nobleza en Bretaña, y los que han tenido más, se han dado el placer de publicar su mercancía. He aquí la nuestra:

Catorce contratos de matrimonio de padres a hijos; trescientos cincuenta años de caballería; los padres algunas veces considerables en las guerras de Bretaña y bien notados en la historia, algunas veces retirados a su casa como bretones; algunas veces de grandes bienes, otras de medianos, pero siempre buenas y grandes alianzas; las de trescientos cincuenta años, al cabo de los cuales no se ve más que nombres de bautismo son: Duquelnec, Montmorency, Baratou y Chateagiron. Estos nombres son grandes, estas mujeres tenían por maridos los Rohan y Clison. Después de estos cuatro, son los de Guesclin, los Coaquin, los Rosmadec, los Clindon, los Sévigné de su misma casa, los de Bellay, los Rieux, los Bodegal, los Pléssis, Ireul y otros de que no me acuerdo ahora, hasta Vassé y hasta Rabutín. Todo esto es verdad; preciso es creerme; yo os conjuro, pues, primo mío, a que si queréis obligarme, quitéis vuestro rótulo; y si no queréis poner nada bueno, no pongáis nada que rebaje. Espero esta prueba de vuestra justicia y del resto de amistad que tenéis por mí.

---

## AL CONDE DE GRIGNAN

*París, miércoles, 25 de junio de 1670.*

Me habéis escrito la carta más amable del mundo; os hubiera contestado más pronto si no hubiese sabido que corríais por vuestra Provenza. Querría, por otra parte, enviaros los motetes

que me habíais pedido; no he podido tenerlos todavía; de suerte, que esperándolos, quiero deciros que os amo siempre muy tiernamente; que si esto puede daros alguna alegría como vos decís, debéis ser el hombre más contento del mundo. Lo estaréis sin duda mucho del comercio que tenéis con mi hija. Me parece muy vivo de su parte; no creo que se pueda amar más que ella os ama. Yo espera que la volveréis sana y entera con un hijo, sin embargo, o yo quemaré mis libros. Es verdad que yo no soy hábil, pero sé muy bien pedir consejo y seguirle; y mi hija, por su parte, contribuye mucho a su conservación.

Tengo mil cumplimientos que haceros de parte de M. de la Rochefoucauld y de su hijo; han recibido todas las vuestras. Mad. de Lafayette os da mil gracias por vuestro recuerdo, así como mi tía y mi abate, que ama a vuestra mujer con todo su corazón. Esto no es poco, pues si ella no fuese razonable, la odiaría lo más francamente del mundo. Si llega la ocasión de hacer algún servicio a un gentilhomme de vuestro país, que se llama \*\*\*, os ruego que lo hagáis y me daréis así una agradable prueba de vuestra amistad. Me habéis prometido una canongía para su hermano; vos conocéis toda su familia. Este pobre mozo era muy afecto a M. Fouquet; ha sido convencido de haber llevado a Mad. Fouquet una carta de su marido; por esto ha sido condenado a galeras por cinco años. Es una cosa un poco extraordinaria; vos sabéis que es uno de los mozos más honrados que pueden verse y propio para las galeras como para coger la luna con los dientes.

Branca está muy contento de vos, y no pretende economizaros cuando haya necesidad de vuestros servicios. Está persuadido de que os ha dado una mujer tan bonita y que os ama tan tiernamente, que no podéis jamás hacer bastante para pagarle. Adiós, mi muy querido conde; os abrazo con toda la ternura de mi corazón.

---

## AL CONDE DE GRIGNAN

*París, miércoles, 6 de agosto de 1670.*

¿Es que en verdad no os he dado la mujer más bonita del mundo? ¿Se puede ser más honrada y más regular? ¿Se puede amaros más tiernamente? ¿Se pueden tener sentimientos más cristianos? ¿Se puede desear más apasionadamente estar con vos? ¿Y se puede tener más afeción a todos sus deberes? Es bastante ridículo que yo diga tanto bien de mi hija, pero es que yo admiro su conducta como los demás; y tanto más, cuanto que la veo más cerca, y que, a decir verdad, cualquier buena opinión que tuviese de ella sobre las cosas principales, no creía absolutamente que fuese exacta para todas las otras hasta el punto que lo es. Os aseguro que el mundo también la hace justicia y que no pierde ninguna de las alabanzas que le son debidas. He aquí mi antigua tesis que me hará lapidar un día. Es que el público no es ni loco ni injusto: Mad. de Grignan debe estar demasiado contenta de él para disputar ahora contra mí. Ella ha sentido vuestra falta de salud de un modo inconcebible; yo me regocijo de que estéis curado por amor vuestro y por amor de ella. Os ruego que si tenéis todavía alguna borrasca que sufrir a causa de vuestra bilis, obtengáis de ella el que espere a que mi hija haya parido. Se queja todavía diariamente de que se la haya retenido aquí, y dice muy seria que es muy cruel el haberla separado de vos. Parece que es por placer por lo que os hemos puesto a doscientas leguas de ella.

Yo os ruego que calméis su espíritu acerca de esto y que demostréis la alegría que tenéis por esperar que ella dará a luz felizmente aquí. Nada era más imposible que el conducirla en el estado en que ella estaba, y nada será tan bueno en medio de lo que hay de más hábil y de permanecer con la conducta que ella tiene. Si quisiese después de esto volverse loca y coqueta, tardaría más de un año antes que lo pudieran creer,

tanta ha sido la buena opinión que ha dado de su prudencia. Yo tomo por testigos a todos los Grignan que están aquí, de la verdad de todo lo que yo digo. La alegría que tengo por esto, es mucha con relación a vos, pues amo con toda mi corazón y estoy encantada de que las consecuencias hayan justificado también vuestro gusto. No os doy ninguna noticia; esto sería ir contra los derechos de mi hija.

Yo os ruego solamente que creáis que no se puede interesar más tiernamente que lo que yo lo hago en todo lo que os concierne.

## A M. DE COULANGES

*París, lunes, 15 de diciembre de 1670.*

Voy a comunicaros la cosa más admirable, la más sorprendente, la más maravillosa, la más milagrosa, la más triunfante, la más aturdidora, la más inaudita, la más singular, la más extraordinaria, la más increíble, la más imprevista, la más grande, la más pequeña, la más rara, la más común, la más deslumbradora, la más secreta hasta hoy, la más brillante, la más digna de envidia; en fin, una cosa de la cual no se encuentra sino un ejemplo en los siglos pasados, y aun este ejemplo no es justo<sup>1</sup>; una cosa que no podríamos creer en París —cómo se ha de creer en Lyon—. Una cosa que hace gritar misericordia a todo el mundo, una cosa que llena de alegría a Mad. de Rohan y a Mad. de Hauterive; una cosa, en fin, que se hará el domingo y que los que la vean creerán tener la vista turbia; una cosa que se hará el domingo y que acaso no esté hecha el lunes. Yo no puedo resolverme a decíroslo; adivinadla: a la una, a las dos, a las tres; ¿echáis vuestra lengua a los perros? Está bien;

<sup>1</sup> Mad. de Sévigné quiere hablar sin duda de María, hermana de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que tres meses después de la muerte de Luis XII, su marido, se casó con el duque de Suffolk.

es preciso decíroslo: M. de Lauzun se casa el domingo en el Louvre. Adivinad quién es la novia: A la una, a las tres, a las cuatro, a las diez; a las ciento. Mad. de Coulange dice: esto es bien difícil de adivinar. ¿Es Mlle. de la Vallière? —Nada de eso, señora. —¿Es, pues, Mlle. de Retz? —Nada de eso, soy bien provinciana. — ¡Ah! verdaderamente somos bien tontos. Decid: ¿es Mlle. Colbert? —Todavía menos. —¿Es Mlle. de Crequí? No acertáis. Es preciso al fin decíroslo. Se casa el domingo en el Louvre, con permiso del Rey, con mademoiselle, mademoiselle de... mademoiselle... adivinad el nombre; se casa con mademoiselle, por mi fe os lo juro; Mademoiselle, la gran mademoiselle, mademoiselle, hija del difunto Monsieur<sup>1</sup>; mademoiselle nieta de Enrique IV, mademoiselle d'Eu, mademoiselle de Dombes, mademoiselle de Montpensier, mademoiselle de Orléans, mademoiselle, prima hermana del Rey; Mademoiselle, destinada al trono; mademoiselle, el solo partido en Francia que fuese digno de Monsieur. He aquí un buen motivo para discurrir. Si gritáis, si os ponéis fuera de vos mismo, si decís que hemos mentido, que esto es falso, que se burlan de vos, que es torpe imaginar esto; si en fin, nos decís injurias, encontraremos que tenéis razón, porque nosotros hemos hecho lo mismo antes que vos. Adiós; las cartas que os serán llevadas por este ordinario, os dirán si tenemos razón o no.

## AL MISMO

*París, viernes, 19 de diciembre de 1670.*

Lo que se llama caer de lo alto de las nubes, esto es lo que ayer noche aconteció en las Tullerías; pero es preciso tomar las

<sup>1</sup> Se daba en Francia el título de *Monsieur* al hijo mayor del Rey, después del heredero de la corona o al mayor de los hermanos del Rey; y el título de *Mademoiselle* a la hija mayor del rey y a la primera princesa de la sangre en tanto que permanece soltera. En este caso se refería a la señorita de Montpensier, hija de Gastón de Orleáns, llamada la *Gran Mademoiselle* (N. de T.).

cosas desde más lejos. Ya comprenderéis la alegría, los transportes, los encantos de la princesa y de su venturoso amante. Fué el lunes cuando la cosa se declaró, como ya os lo he dicho. El martes se pasó en hablar, en admirarse y en cumplimentarse. El miércoles, Mademoiselle hizo una donación a M. Lauzun con el objeto de darle títulos, nombres y ornamentos necesarios para ser nombrado en el contrato de matrimonio que se verificó el mismo día. Ella le dió, pues, esperando mejor ocasión, cuatro ducados. El primero es el condado d'Eu, que es la primera pairía de Francia y que da el primer rango; del ducado de Montpensier, cuyo nombre llevó ayer durante todo el día; el ducado de Saint-Fargeau; el ducado de Chatellereault: todo esto estimado en veinte y dos millones. El contrato fué extendido en seguida, y en él tomó el nombre de Montpensier.

El jueves por la mañana, que fué ayer, Mademoiselle esperó que el Rey firmara el contrato como había dicho; pero a eso de las siete de la tarde, la Reina, Monsieur y varios viejos señores de la Corte, persuadieron a S. M. de que este asunto perjudicaba a su reputación; de manera que después de haber hecho venir a Mademoiselle y a M. Lauzun, el Rey les declaró delante del Príncipe que les prohibía absolutamente pensar en este matrimonio. M. de Lauzun recibió esta orden con todo el respeto, toda la sumisión, toda la firmeza y toda la desesperación que merece una caída tan grande. En cuanto a Mademoiselle, según su amor, rompió en lloros, en gritos, en dolores violentos, en quejas excesivas, y todo el día estuvo en la cama, sin querer tomar más que caldo. Ved aquí un hermoso sueño, un bonito asunto para novela o tragedia, pero sobre todo un buen motivo para hablar y razonar eternamente. Esto es lo que hacemos día y noche, tarde y mañana sin cesar: en fin, esperamos que vos haréis lo mismo: *E frà tanto vi bacio le mani.*

## AL MISMO

*París, miércoles, 24 de diciembre de 1670.*

Sabéis ya la historia romántica de Mademoiselle y de M. de Lauzun. Es el motivo justo de una tragedia con todas las reglas del teatro; nosotros dispusimos los actos y las escenas el otro día, solamente que tomando cuatro días en vez de cuatro horas, sería una pieza perfecta. Nunca se han visto tan grandes cambios en tan poco tiempo; jamás habéis visto una emoción tan general, nunca habéis oído una noticia tan extraordinaria. M. de Lauzun ha desempeñado su personaje a la perfección; ha sostenido esta desgracia con una firmeza, un valor, y sin embargo, con dolor mezclado de profundo respeto, que se ha hecho admirar de todo el mundo.

Lo que ha perdido no tiene precio; pero las buenas gracias del Rey, que ha conservado, son sin precio también, y su fortuna no ha salido mal librada. Mademoiselle lo ha hecho también muy bien. Ha llorado mucho; ha comenzado hoy a cumplir sus deberes en el Louvre, del cual había recibido todas las visitas. Esto ha concluído. Adiós.

## AL MISMO

*París, miércoles, 31 de diciembre de 1670.*

He recibido vuestras respuestas a mis cartas. Comprendo la admiración que os habrá producido lo que ha pasado del quince al veinte de este mes. El asunto lo merecía bien. Yo admiro vuestro buen ingenio y cuán rectamente juzgáis al pensar que esta gran máquina no podrá marchar desde el lunes hasta el domingo. La modestia me impide el elogiaros más altamente respecto a este asunto, porque yo he pensado y dicho las mismas

cosas que vos. Yo digo a mi hija el lunes: "Esto no irá bien hasta el domingo"; y yo apostaba que aunque todo respirase boda, ésta no se llevaría a cabo. En efecto, el tiempo se enmarañó y las nubes estallaron a las diez de la noche como antes os he dicho. Este mismo jueves iba a las nueve a casa de Mademoiselle, habiendo tenido el aviso que iba a casarse al campo, y que el coadjutor de Reims hacía la ceremonia; esto estaba resuelto así el miércoles por la noche, pues en el Louvre todo fué cambiado desde el martes. Mademoiselle estaba escribiendo, me hizo entrar, acabó su carta, y después, como estaba en la cama, me dijo a quién escribía y por qué, y los hermosos regalos que le habían hecho la víspera y el nombre que él había dado; que no había partido para ella en Europa y que quería casarse. Me contó una conversación palabra por palabra, que ella había tenido con el Rey, me pareció trasportada de la alegría de hacer a un hombre feliz; me habló con ternura del mérito y el reconocimiento de M. de Lauzun, y acerca de todo esto, yo dije: Por Dios Mademoiselle, muy contenta os veo; pero, ¿por qué no habéis concluído este asunto más pronto desde el lunes? Sabéis bien que una tardanza tan grande da tiempo a todo el reino de hablar y que esto es tentar a Dios queriendo llevar tan lejos un asunto tan extraordinario. Ella me dijo que yo tenía razón; pero estaba tan llena de confianza, que este discurso no le hizo más que una ligera impresión. Volvió a hablar de las buenas cualidades y la buena casa de Lauzun. Yo le dije estos versos de Severo en *Poliuto*.

*Je ne la puis du moins blâmer d'un mauvais choix;  
Polyeucte a du nom, et sort du sang des rois.*

Ella me besó muy fuerte. Esta conversación duró una hora: es imposible decirlo toda, pero yo había estado muy agradable durante este tiempo, y lo puedo decir sin vanidad, pues ella estaba deseosa de hablar a alguien; su corazón estaba demasiado lleno. A las diez se presentó a todo el resto de la Francia que

venía a cumplimentarla. Esperó toda la mañana noticias y no las hubo. Durante la tarde se divirtió en hacer arreglar ella misma las habitaciones de M. de Montpensier. Por la noche ya sabéis lo que sucedió. Al día siguiente, que era viernes, fuí a su casa y me abrazó; humedeció mi rostro con sus lágrimas: "¡Ah!, me dijo. ¿Os acordáis de lo que me dijisteis ayer? ¡Qué cruel prudencia!". En fin, me hizo llorar a fuerza de llorar. He vuelto después dos veces; está muy afligida y me ha tratado como a una persona que sentía dolores. No se ha engañado. He encontrado en esta ocasión sentimientos que no se tienen por personas de tal rango. Esto entre nosotros dos y Mad. de Coulanges, pues ya comprendéis que esta conversación sería enteramente ridícula con otros. Adiós.

## A MADAME DE GRIGNAN

*París, viernes, 6 de febrero de 1671.*

Mi dolor sería bien mediano si pudiera pintárosle; no lo intentaré tampoco. En vano busco a mi hija; no la encuentro, y todos los pasos que da la alejan de mí. Yo iba siempre a Santa María, siempre llorando y siempre muriendo. Parecía que me arrancaban el corazón y el alma: y en efecto ¡qué separación tan ruda! Yo pedía la libertad de estar sola; se me condujo a la habitación de Mad. Housset, se encendió fuego. *Agnés* me miraba sin hablar; he pasado hasta las cinco sin cesar de gemir: todos mis pensamientos me hacían morir. Escribí a M. de Grignan; ya comprenderéis en qué tono. Fuí después a casa de Mad. de Lafayette, que redobló mis dolores por el interés que tomó en ellos. Estaba sola, enferma y triste por la muerte de una hermana religiosa; estaba como yo podía desearla. M. de La Rochefoucauld llegó también; no se habló más que de vos, de la razón que yo tenía para estar conmovida y del deseo de

hablar como es preciso a Melusina<sup>1</sup>. Yo os respondo de que ella será arrojada bien lejos. D'Hacqueville os dará buena cuenta de este negocio. Volví en fin a las ocho de casa de Mad. de Lafayette; pero al entrar aquí, ¡Dios mío! ¿Comprendéis bien lo que yo sentí al subir esta escalera? Estas habitaciones en que yo entraba siempre, ¡ah! encontré las puertas abiertas; pero lo ví todo desamueblado, desarreglado, y vuestra hijita que me representaba a la mía. ¿Comprendéis bien todo lo que yo sufrí? Los sueños de la noche han sido negros, y por la mañana no había avanzado un paso el reposo de mi espíritu. La tarde se pasó con Mad. de la Troche en el arsenal. Por la noche recibí vuestra carta que me volvió a mis primeros trasportes, y esta noche acabaré ésta en casa de Mad. de Coulanges donde sabré algunas noticias; pues en cuanto a mí, ved las que sé; con el sentimiento de todos los que habéis dejado aquí, toda mi carta estaría llena de cumplimientos si yo quisiese.

## A LA MISMA

*París, lunes, 9 de febrero de 1671.*

Recibo vuestras cartas, como vos habéis recibido mi sortija. Yo me deshago en lágrimas leyéndolas; parece que mi corazón quiere partirse por la mitad; se creería que vos me escribís injurias, o que estáis enferma, o que os ha sucedido cualquier accidente: es todo lo contrario; vos me amáis mi querida hija, y me lo decís de una manera que no puedo creerlo sin llorar en abundancia. Vos continuáis vuestro viaje sin ninguna aventura desagradable, y cuando sé todo esto, que es justamente lo que más agradable me puede ser, he aquí el estado en que me

<sup>1</sup> Francisca de Montalais, viuda de Juan de Breuil, Conde de Marans. Madame de Sévigné y su hija la llamaban Melusina, nombre de un hada célebre en Poitou, por su cola de pescado y por los gritos que lanzaba en las ruinas del Castillo de Lusignan, cada vez que esta familia estaba amenazada de alguna desgracia.



encuentro. Os regocijáis en pensar en mí; habláis a menudo y preferís escribirme vuestros sentimientos más bien que decírmelos. De cualquier modo que ellos lleguen a mí, son recibidos con una sensibilidad que no es comprendida, más que de aquellos que saben amar como yo sé. Me hacéis sentir por vos toda la ternura que es posible sentir; pero si vos pensáis en mí, estad segura, que yo pienso constantemente en vos. Esto es lo que los devotos llaman un pensamiento habitual, es lo que sería preciso tener por Dios si se cumpliese con su deber. Nada me distrae; veo esta carroza que avanza siempre y que no se aproxima jamás a mí. Estoy siempre en los caminos reales, me parece que tengo miedo algunas veces de que vuelque la carroza; las lluvias que caen desde hace tres días me desesperan; el Ródano me da un miedo extraño. Tengo un mapa delante de mis ojos; sé todos los sitios en que paráis. Esta noche estáis en Nevers, el domingo estaréis en Lyon, donde recibiréis esta carta. Yo no he podido escribiros más que a Moulins, por Mad. de Guéneaud. No he recibido más que dos de vuestras cartas; puede ser que venga la tercera; es el solo consuelo que deseo: en cuanto a otros yo no los busco. Soy enteramente incapaz de ver mucha gente junta; esto vendrá tal vez, pero por ahora no hay que pensarlo. Las duquesas de Verneuil y de Arpajon quieren reunirse conmigo. Yo les he dado las gracias. No he visto jamás almas tan bellas como las de este país. Estuve el sábado todo el día en casa de Mad. de Villars a hablar de vos y a llorar; ella toma mucha parte en mis sentimientos. Ayer fuí al sermón de M. d'Agen y a la salve, y a casa de Mad. de Puisieux y a casa de Mad. Puy-du-Fou, que os envía mil recuerdos. Si tuvieseis un abrigo forrado de pieles ella estaría entonces más tranquila. Hoy voy a cenar al Faubourg *tête á tête*<sup>1</sup>. He aquí las fiestas de mi carnaval. Todos los días hago decir una misa por vos. Es una devoción que no es quimérica. No he visto a Adhemar sino un momento; voy a escribirle para darle gracias por su lecho; le estoy por

<sup>1</sup> Con Mad. de Lafayette, calle de Vaugirard frente a frente al pequeño Luxemburgo.

ello más agradecida que vos. Si queréis darme un verdadero placer, cuidad de vuestra salud, dormid en esa bonita cama, comed sopa y tened todo el valor que a mí me falta. Continúad escribiéndome. Toda la amistad que dejasteis aquí se ha aumentado. No acabaría nunca de enviaros recuerdos y de deciros la inquietud en que aquí se está por vuestra salud. Mademoiselle d'Harcourt se casó anteayer; hubo una gran comida de viernes para toda la familia. Ayer un gran baile y una gran comida al Rey y a todas las damas. Ha sido una de las fiestas más bellas que se puedan ver.

Madame d'Hendicourt ha marchado con una desesperación inconcebible, habiendo perdido todas sus amigas, convencida de todo lo que Mad. de Scarrón había defendido siempre y de todas las traiciones del mundo. Avisadme cuando hayáis recibido mis cartas. Cerraré ésta pronto.

Lunes por la noche.

Antes de ir al Faubourg, hago mi paquete y le envío al Señor Intendente a Lyon. La distinción de vuestras cartas me ha encantado. ¡Ah! La merecía bien por la distinción de mi amistad por vos.

Madame de Fontevraud<sup>1</sup>, fué bendecida ayer. Los señores prelados se incomodaron un poco por no tener más que taburetes.

He aquí lo que he sabido de la fiesta de ayer. Todos los patios del hotel de Guisa estaban iluminados por dos mil lanternas. La Reina entró primero en la habitación de Mlle. de Guisa<sup>2</sup> muy iluminada y muy adornada; todas las damas se

<sup>1</sup> María Magdalena Gabriela de Rochechouart, célebre por su ingenio y por sus virtudes. Era hermana del duque de Vivienne y de Mads. de Thianges y de Montespan. "Estas cuatro personas, dice Voltaire en el *Siglo de Luis XIV*, agradaban universalmente por la gracia especial de su conversación, mezclada de broma, de inocencia y de finura, que se llamaba *l'esprit des Mortemart*."

<sup>2</sup> María de Lorena que murió en 1688, a los 93 años de edad.

pusieron de rodillas en derredor de la Reina, sin distinción de sitios. Se cenó en esta habitación. La comida fué magnífica.

El Rey vino, y muy gravemente lo miró todo sin ponerse a la mesa; se subió más arriba, donde estaba todo preparado para el baile. El Rey condujo a la Reina y honró la reunión con tres o cuatro vueltas, yéndose después al Louvre con su compañía ordinaria. Mademoiselle, no quiso venir al Hotel de Guisa. He aquí todo lo que yo sé.

Quiero ver al aldeano de Sully que me trajo ayer vuestra carta; le daré de beber: le encuentro muy feliz por haberos visto. ¡Dios mío! ¡Pobre hija mía! ¿Se tiene bastante cuidado de vos? No hay que confiar mucho en vuestra salud. Adiós, querida mía, la única pasión de mi corazón, el placer y el dolor de mi vida. Amadme siempre; es la sola cosa que puede darme consuelo.

## A LA MISMA

*París, miércoles, 11 de febrero de 1671.*

No he recibido más que tres de estas amables cartas que me penetran el corazón. Hay una que no viene, creo no haber perdido nada, aunque las amo todas, y no quiero perder lo que viene de vos; encuentro que no se puede desear nada que no esté en las ya recibidas. Están primeramente muy bien escritas, y además tan tiernas y tan naturales, que es imposible no creerlas; la desconfianza misma sería convencida. Tienen este carácter de verdad que se mantiene siempre, que se hace ver con autoridad, mientras que la falsedad y la mentira permanecen agobiadas por las palabras sin poder persuadir; cuanto más sus sentimientos se esfuerzan en aparecer, más ocultos quedan. Los vuestros son verdaderos y lo parecen; vuestras palabras no sirven más que para explicaros; y en esta noble sencillez tienen una fuerza a la cual no se puede resistir. Ved aquí, hija mía, lo que me han parecido vuestras cartas: juzgad ahora qué efecto

me hacen y qué clase de lágrimas derramo al encontrarme persuadida de la verdad que más deseo. Podéis juzgar por esto del efecto que me han producido las cosas que en otras ocasiones me han dado sentimientos contrarios. Si mis palabras tienen el mismo poder que las vuestras, no es preciso deciros más. Estoy segura que mis verdades han hecho en vos un efecto ordinario, pero no quiero que digáis que yo era una cortina que os ocultaba. Tanto peor si yo os ocultaba. Vos sois todavía más amable cuando se descorre la cortina; es preciso que estéis al descubierto para estar en toda perfección. Nosotros lo hemos dicho mil veces. En cuanto a mí, me parece que estoy completamente desnuda; que se me ha despojado de todo lo que me hacía amable, no me atrevo a ver a la gente; y aunque se ha hecho mucho por consolarme, he pasado todos estos días como un lobo perdido sin poder hacer otra cosa. Pocas gentes son dignas de comprender lo que yo siento; he buscado los que son de este pequeño número, y he huído los otros. He visto a Guitaud y su mujer: os aman mucho; decidme alguna palabra para ellos.

Dos o tres Grignan vinieron a verme ayer mañana. Mil veces he dado gracias a Adhemar por haberos prestado su lecho. No quisimos examinar, si le hubiese sido más agradable turbar vuestro reposo, o ser causa de él. No tuvimos valor para llevar adelante esta locura, y nos alegramos mucho de que el lecho fuera bueno. Nos parece que hoy estáis en Moulins. Ahí recibiréis una de mis cartas. No os he escrito a Briare: era el miércoles el día cruel en que era preciso escribir, era el mismo día de vuestra partida y, estaba tan agobiada, que no tenía fuerza para buscar consuelo ni aun escribiéndoos. Allá van, pues, mi segunda y mi tercera carta a Lyon. Tened cuidado de decirme si las habéis recibido. Cuando se está a gran distancia, no hay que burlarse de las cartas que empiezan con: *He recibido la vuestra*. El pensamiento que tenéis de alejaros siempre, y de ver que esa carroza va siempre hacia allá, es uno de los que más me atormentan. Os alejáis siempre, y al fin, como decís, os encontraréis a doscientas leguas de mí: entonces, no pudiendo sufrir las

injusticias, sin cometerlas a mi vez, me alejaré yo también, y me alejaré tanto que llegaré a encontrarme a trescientas leguas: ésta será una buena distancia y será también una cosa digna de mi amistad el emprender el cruce de Francia para ir a encontraros. Me alegro mucho de que hayáis reanudado las amistades el coadjutor y vos: ya sabéis cuánto he creído siempre que era necesario esto para la felicidad de vuestra vida; conservad bien este tesoro. Vos misma estáis encantada de su bondad. Hacedle ver que no sois ingrata.

Dentro de un rato acabaré mi carta. Es posible que en Lyon estéis tan aturdida con todos los honores que se os harán, que no tendréis tiempo de leer todo esto: tened al menos el de mandarme noticias vuestras que yo amo tanto, y si os embarcáis sobre ese diablo de Ródano. Creo que tendréis a M. de Marseille en Lyon.

—

*Miércoles por la noche.*

Acabo de recibir en este momento vuestra carta de Nogent; me ha sido dada por un pobre hombre a quien yo he preguntado todo cuanto he podido, pero vuestra carta vale más que todo cuanto se puede decir. Era muy justo, hija mía que fueseis vos la primera que me hiciese reír, después de haberme hecho llorar. Lo que me decís de M. Busche es muy original; esto se llama rasgos en el estilo de la elocuencia; yo he reído mucho con ello, lo confieso, y estaría avergonzada si desde hace ocho días hubiera hecho otra cosa que llorar. ¡Ah! Encontré en la calle a este M. Busche, que llevaba vuestros caballos, y deshecha en llanto le pregunté su nombre; me lo dijo y le respondí sollozando: "M. Busche, os recomiendo mi hija; no la hagáis caer: y cuando la hayáis conducido felizmente a Lyon, venid a verme para darme noticias suyas; yo os daré algo de beber". Lo haré seguramente; lo que me decís acerca de él, aumenta mucho el respeto que le tenía. Pero vos no estáis muy bien, vos no habéis dormido; el chocolate os pondrá mejor. Pero no tenéis chocola-

tera. He pensado en ello mil veces; ¿cómo lo haréis? ¡Ah! ¡Pobre hija! No os engañáis cuando creéis que me ocupo más de vos, que vos de mí, aunque vos me lo paguéis más que yo valgo. Si me vierais buscar siempre a aquellos que hablan bien de vos; si me escucharais, veríais que no hablo de otra cosa; esto es bastante para deciros que he hecho una visita al abate Guéton para hablar de los caminos, y especialmente del de Lyon. No he visto todavía a los que quieren distraerme; con palabras encubiertas, lo que ellos quieren es impedirme pensar en vos, y esto me ofende. Adiós mi muy amable; continuad escribiéndome y amándome. En cuanto a mí, soy completamente vuestra; tengo cuidados extremos para vuestra hija. No tengo carta de M. Grignan, y no me canso de escribirle.

—

A LA MISMA

*Viernes, 13 de febrero de 1671. En casa de M. de Coulanges.*

M. de Coulanges quiere que os escriba todavía a Lyon. Yo os conjuro, querida hija, si os embarcáis, bajad en el puente de Saint-Esprit. Tened piedad de mí; conservaos si queréis que yo viva. Me habéis persuadido tan bien de que me amáis, que me parece que, con intención de agradarme, no os atreveréis. Mandadme a decir, cómo conduciréis vuestro barco. ¡Ah! ¡Qué interesante me es ahora esta pequeña barca que el Ródano me lleva tan cruelmente! He oído decir que ha habido un domingo gordo; yo no le he visto. He estado feroz hasta el punto de no poder sufrir cuatro personas juntas. Estaba a la chimenea de Mad. de Lafayette. El baile del martes de carnaval pensó morirse; yo creo que era vuestra ausencia la causa de ello. ¡Dios mío! ¡Qué cumplimientos tengo que haceros, qué amistades, cuánto cuidado por saber noticias vuestras! ¡Qué de alabanzas hacen de vos! No concluiría jamás si quisiese nombrar a todos aquellos de quienes sois amada, estimada y adorada; pero cuando

hubieseis puesto todo este cariño junto, estad segura hija mía, que no es nada en comparación de lo que os amo yo. No os dejo un momento; pienso en vos sin descanso, y, ¡de qué manera! He besado vuestra hija y ella me ha besado muy bien de parte vuestra. Sabed que amo a esta pequeña cuando pienso de quién viene.

### A LA MISMA

*París, miércoles, 18 de febrero de 1671.*

Yo os conjuro hija, a que conservéis vuestros ojos. En cuanto a los míos, vos sabéis que han de acabar en vuestro servicio. Vos comprendéis bien, hermosa mía, que del modo con que me escribís, es preciso que yo lllore al leer vuestras cartas.

Para comprender algo del estado en que estoy, unid querida mía a la ternura y a la inclinación natural que tengo por vuestra persona la pequeña circunstancia de estar persuadida de que vos me amáis, y juzgad el exceso de mis sentimientos. ¡Mala! ¿Por qué me ocultáis algunas veces tan preciosos tesoros? Tenéis miedo de que yo muera de alegría; ¿pero no teméis también que muera del disgusto de creer lo contrario? Tomo por testigo a d'Hacqueville del estado en que me ha visto otras veces; pero dejemos estos tristes recuerdos y dejadme gozar de un bien sin el cual la vida me es dura y molesta.

Esto no son palabras, son verdades. M. de Guénégaud me ha enviado a decir que os ha visto de mi parte. Yo os conjuro a guardar el afecto; pero nada de lágrimas, yo os lo ruego; no os son tan sanas como a mí. Soy ahora bastante razonable; me sostengo por necesidad, y algunas veces estoy durante cuatro o cinco horas como cualquier otra persona; pero, por muy poca cosa vuelvo a mi primer estado. Un recuerdo, un sitio, una palabra, un pensamiento demasiado fijo; vuestras cartas sobre todo, aun las mías cuando las escribo, alguno que me habla de vos;

ved aquí los escollos de mi constancia y estos escollos se encuentran a menudo. He visto a Raimond en casa de la condesa de Lude; ella me cantó una nueva canción del baile. Veo a Mad. de Villars; me distraigo con ella porque comprende mis sentimientos; os manda mil recuerdos. Madame de Lafayette comprende también las ternuras que tengo por vos y está admirada del afecto que vos me mostráis. Yo voy bastante a menudo a casa de mi familia; algunas veces aquí paso la noche por cansancio, pero raramente. He visto a la pobre Mad. Amelot; llora mucho, yo comprendo esto. Haced alguna mención de ciertas gentes en vuestras cartas a fin de que yo se lo pueda decir. Voy a los sermones de Mascaron y de Bourdaloue, que se exceden a sí mismos. He aquí bastante noticias; tengo muchas ganas de saber las vuestras y cómo lo habéis pasado en Lyon; para deciros la verdad no pienso en otra cosa. Sé vuestro camino y dónde habéis dormido todos los días. El domingo estabais en Lyon; hubierais hecho bien en reposar allí algunos días. Me habéis dado deseos de informarme de la mascarada del martes de Carnaval. He sabido que un hombre muy alto, tres dedos más alto que cualquier otro, había mandado hacer un traje admirable; él no quiso ponerse, y encontró por casualidad que una dama a quien no conoce absolutamente, no estaba en la reunión<sup>1</sup>. Por lo demás es preciso que yo diga como Voiture: "Aquí nadie ha muerto por vuestra ausencia sino yo". No es que el Carnaval no haya sido de una tristeza excesiva; vos podéis alabaros de ello; en cuanto a mí, he creído que era a causa de vos: pero esto no es bastante para una ausencia como la vuestra. Envío por esta vez esta carta a Provenza; abrazo a M. de Grignan, y muero de ansia de saber vuestras noticias. Desde el momento en que he recibido una carta, quisiera en seguida recibir otra. No respiro más que por recibir muchas de ellas.

Me decís maravillas del sepulcro de M. de Montmorency y de la belleza de las señoritas de Valençai. Escribís extremada-

<sup>1</sup> Alude al Rey y a Mad. de Montespan.

mente bien; nadie escribe mejor. No dejéis jamás el natural: vuestro estilo particular se ha formado y es un estilo perfecto. He dado vuestros recuerdos a Mad. de Lafayette, a M. de la Rochefoucauld y a Langlade. Todos estos os aman, os estiman y os servirán en toda ocasión. Vuestras canciones me han parecido muy bonitas; he reconocido los estilos. ¡Ah, hija mía! ¡Qué bien quisiera veros un poco, escucharos, abrazaros; veros pasar, si es demasiado pedir lo primero. Y bien, he aquí pensamientos a los cuales no resisto. Siento que me aburre el no teneros a mi lado; esta separación me da un dolor en el corazón y en el alma, que ya siento como un mal del cuerpo. No puedo agradecer bastante las cartas que por el camino me habéis escrito. Son demasiado amables para mí y hacen bien su efecto. Nada es perdido conmigo. Me habéis escrito desde todas partes. Yo he admirado vuestra bondad, pues esto no se hace sin mucho cariño; de otro modo sería más cómodo reposar y acostarse. La impaciencia que tengo por recibir noticias vuestras de Roan y de Lyon, no es mediana; estoy con cuidado por vuestro embarque y por saber lo que os ha parecido ese furioso Ródano en comparación de nuestro pobre Loira, al cual habéis hecho tantos cumplimientos. ¡Qué buena sois por haberos acordado de él como uno de vuestros antiguos amigos! ¡Ah! ¡De qué no me acuerdo yo! Las menores cosas me son queridas; tengo mil *dragones*<sup>1</sup>.

¡Qué diferencia! Antes no venía aquí nunca sin impaciencia y sin placer; pero ahora, por más que busco, no encuentro nada; y, ¿cómo se puede vivir cuando se sabe que por más que se haga no se encontrará a una hija tan querida? Yo os haré ver lo mucho que la deseo por el camino que recorreré para ir a buscarla. He recibido una carta de M. de Grignan; no hay nada para vos. Me dice que vendrá este invierno; ¿os dejará él, o le seguiréis vos? Respondedme.

El Delfín ha estado enfermo; ya está mejor. Se permanecerá en Versailles hasta el lunes.

<sup>1</sup> Expresión familiar que usaban la madre y la hija para expresar las penas y las inquietudes.

Madame de la Vallière está del todo restablecida en la Corte. El Rey la recibió con lágrimas en los ojos; ella ha tenido varias conversaciones tiernas: todo esto es difícil de comprender; es preciso callarse. Las noticias de este año no se diferencian en nada de las del otro. Tengo una infinidad de recuerdos que enviaros. Veo todos los días a vuestra pequeña. Quiero que sea recta, éste es mi cuidado. Sería gracioso que siendo hija vuestra y de M. de Grignan no fuese bien hecha: yo soy hábil, tengo hasta precauciones inútiles. He visto ayer a Mad. de Puy-du-Fou, que os saluda; he visto también a Mad. de Janson y a Mad. le Blanc.

Todo lo que tiene relación a vos de cien leguas, me es más agradable que todo lo demás. ¡Dios mío! ¡El Ródano! Estáis en el ahora. ¡Qué idea para mí y qué inquietud hasta que os sepa fuera de él!

## A LA MISMA

*Viernes, 20 de febrero de 1671.*

Os confieso que tengo un deseo extraordinario de saber noticias vuestras; pensad, mi querida hija, que no las he tenido desde la Palisse.

Por lo demás, no sé nada de vuestro viaje, ni de vuestro camino hasta Provenza; estoy segura que recibiré cartas; no dudo que me hayáis escrito, pero no las tengo; es preciso consolarse y distraerse escribiéndoos. Sabréis, hija mía, que anteayer miércoles por la noche, después de venir de casa de M. de Coulanges, donde hacíamos nuestros paquetes los días de ordinario, pensaba acostarme. Esto no tiene nada de extraordinario; pero lo que sí lo es mucho, fué que a las tres de la madrugada oí gritar: ¡Fuego!... ¡Ladrones! Y estos gritos tan cerca de mí y tan repetidos, que no dudé de que eran en casa; yo creía hasta oír que se hablaba de mi pobre nieta, y no dudaba que se hu-

biese quemado. Me levanté con este temor sin luz y con un temblor que me impedía casi sostenerme. Corro a sus habitaciones, que son las vuestras, y lo encuentro todo en una gran tranquilidad; pero ví la casa de Guitaud ardiendo; las llamas pasaban por encima de la casa de Mad. de Vauvineux: se veía en nuestros patios, y sobre todo en casa de M. de Guitaud, una claridad que daba horror: todo eran gritos, confusión y un ruido espantoso de los postes y los maderos que caían. Hice abrir mi puerta y envié mi gente al socorro. M. de Guitaud me envió una cajita con lo más precioso que tenía; yo la puse en mi gabinete y después fui a la calle para ver como los otros. Encontré allí a Mad. y M. de Guitaud casi desnudos, al embajador de Venecia, todas sus gentes, a la pequeña Vauvineux, que llevaban dormida a casa del embajador, varios muebles y vajillas de plata que salvaban en su casa. Mad. de Vauvineux desamueblaba por mí; yo estaba como en una isla, pero me daba mucha lástima de mis pobres vecinos. Mad. Guêton y su hermano daban muy buenos consejos; estábamos en la mayor consternación: el fuego era tan vivo que nadie osaba aproximarse, y no se esperaba el fin del incendio sino con el fin de la casa del pobre Guitaud. Este inspiraba piedad; quería ir a salvar a su madre que ardía en el tercer piso; pero su mujer se agarró a él y le retuvo con violencia; él estaba entre el dolor de no socorrer a su madre y el temor de herir a su mujer embarazada de cinco meses; en fin, me rogó que contuviera a su mujer y lo hice. El encontró a su madre que había pasado a través de las llamas y que estaba salva. Quiso salvar algunos papeles, pero no pudo aproximarse al sitio en que estaban; en fin, volvió a nuestro lado en la calle donde yo había hecho sentar a su mujer; unos capuchinos llenos de caridad y de destreza trabajaron tan bien que cortaron el fuego. Se arrojó agua sobre el resto del incendio, y por fin el combate acabó falto de combatientes; es decir, después que el primero y el segundo piso de la antecámara, de la cámara y del gabinete que están a la derecha del salón fueron enteramente consumidos. Se llamó felicidad a lo que quedaba de la casa aunque haya

para Guitaud una pérdida de diez mil escudos, pues se cuenta con hacer restaurar estas habitaciones que estaban pintadas y doradas.

Había varios hermosos cuadros de M. le Blanc, dueño de la casa; había también varias mesas, espejos, miniaturas, muebles y tapicerías. Demuestran mucho sentimiento por la pérdida de unas cartas; yo he pensado que eran cartas del Príncipe. Sin embargo, a las cinco de la mañana era urgente pensar en Mad. de Guitaud; yo la ofrecí mi lecho, pero Mad. Guêton la llevó al suyo porque tiene varias habitaciones amuebladas. La hicimos sangrar, enviamos a buscar a Bouchet, el cual teme que esta emoción la haga parir en término de nueve días. Ella está, pues, en casa de la pobre Mad. Guêton: todo el mundo viene a verla y yo continúo mis cuidados, porque he comenzado demasiado bien para no acabar. Vais a preguntarme cómo ha prendido el fuego en esta casa: no se sabe nada; no le había en la habitación que ha empezado. Pero, si se hubiese podido reír en una ocasión tan triste, ¡qué retratos no se hubieran hecho del estado en que nos encontrábamos todos! Guitaud estaba desnudo, en camisa, con calcetas. Mad. Guitaud estaba con las piernas al aire y había perdido una de sus zapatillas. Mad. Vauvineux estaba en enaguas; todos los lacayos y todos los vecinos, con gorro de noche; el embajador estaba en traje de dormir y con peluca, y conservó muy bien la gravedad de la *serenísima*; pero su secretario estaba admirable. Habláis del pecho de Hércules: verdaderamente éste era otra cosa muy distinta; se veía todo entero: blanco, gordo, abultado, y sobre todo, sin ninguna camisa, pues el cordón que debía sujetarla se había perdido en la batalla. He aquí tristes noticias de nuestro barrio. Le ruego a Deville que dé una vuelta todas las noches para ver si el fuego se ha extinguido por todas partes; nunca son demasiadas las precauciones que se tomen para evitar esta desgracia. Deseo que el agua os haya sido favorable; en una palabra: os deseo todos los bienes y ruego a Dios que os garantice de todos los males.

## A LA MISMA

*París, viernes por la noche, 27 de febrero de 1671.*

El Ródano, mi querida hija, está muy presente ante mí; creo que habréis llegado felizmente, pero me gustaría más saberlo por vos: espero esta noticia con una impaciencia digna de todo el resto. Nos parece que llegasteis el sábado a Arlés; nos parece que M. de Grignan ha salido a encontraros a Saint-Esprit; nos parece que ha quedado encantado de volveros a ver y de agrada-  
 dos, nos parece que habéis hecho como el sábado vuestra entrada en Aix, y después nos parece que estáis bien cansada. Querida hija mía, reposad por Dios, guardad vuestro lecho, restauraos y contadme bien el estado en que os encontráis. ¿Sabéis que vuestro recuerdo hace aquí la fortuna de aquellos a quienes favorecéis? Los otros languidecen cerca de él. Los recuerdos para mi tía no se pueden pagar, y se está muy lejos de olvidarlos. Hace poco me han dicho mil horrores de esa montaña de Tarare que yo odio. Hay otro camino que la rueda está en el aire y se tiene la carroza por la imperial: yo no sostengo esta idea, pero no es ahora cuestión de todo esto.

—  
*Respuesta a la carta de Vienne.*

Ahora mismo recibo esta amable carta; ¿no véis cómo la recibo y con qué ternura la leo? Creo que no me pedís que pueda tener sangre fría en esta ocasión. Es verdad que la dignidad de belleza a que habéis sido elevada, no es una pequeña fatiga; si vos no fueseis bella, descansaríais: es preciso escoger. Vuestra pereza me da miedo, no la tengáis en esta elección; no hay nada tan amable como ser bella: es un presente de Dios que es preciso conservar. Vos sabéis cuánto amo yo vuestra belleza; mi amor propio me hace tener en ello interés: yo os la recomiendo

por amor de mí. Me parece que se me va a encontrar bien hábil en Provenza por haber hecho un rostro tan bonito, tan dulce y tan regular. Estáis incomodada de que vuestra nariz no sea de través, y yo estoy encantada de ello: no comprendo lo que pueden hacer conmigo mis pupilas abigarradas. Pero, ¿no creéis que M. de Coulanges y yo nos hacemos adivinos, para saber todo cuanto hacéis? No estáis sorprendida de las riberas de vuestro Ródano; las encontráis hermosas y este río no está compuesto más que de agua como los otros. En cuanto a mí, yo tengo de él una idea extraordinaria. Langlade os dará cuenta de su visita a casa de *Melusina*; y entre tanto, yo puedo deciros que lo que él tenía que hacer no era otra cosa que tener el placer de lavar su peluca, y él lo ha hecho más voluntariamente que cualquier otro. Ella está, yo os lo aseguro, bien mortificada y bien disgustada, la ví el otro día: no tiene palabra que decir. Vuestra ausencia ha renovado la ternura de todos vuestros amigos; pero es preciso que esta ausencia no sea indefinida, y que, sea cualquiera la aversión que tengáis por las fatigas de un largo viaje, no debéis pensar más que en ponerlos en estado de emprenderlas. He dicho a M. de la Rochefoucauld lo que aprendéis en las fatigas de los otros y la aplicación que de ella hacéis: me ha encargado mil recuerdos para vos; pero con un tono tan cariñoso y acompañado de tan agradables alabanzas, que merece ser amado por vos.

Presentaré vuestros recuerdos a Mad. de Villars. Hay prisa por ser nombrado en mis cartas: os doy gracias por haber hecho mención de Brancas. Habréis visto a vuestra tía<sup>1</sup> en Saint-Esprit, y habréis sido recibida como una reina. Hija mía, yo os conjuro a que me habléis bien de todo esto, así como de M. Grignan y de M. de Arlés<sup>2</sup>. Vos sabéis que hemos arreglado que

<sup>1</sup> Ana d'Ornano, mujer de Francisco de Lorena, conde de Harcourt y hermana de Margarita d'Ornano, madre de M. de Grignan.

<sup>2</sup> Francisco Adhemar de Monteil, Arzobispo de Arlés, comendador de las órdenes del rey, tío de M. de Grignan.

se odien tanto los detalles de las personas que son indiferentes y se amen los de aquellas que no lo son. A vos os toca adivinar de qué número sois vos cerca de mí. Mascaron y Bourdaloue me dan de vez en cuando placer y satisfacciones, que deben por lo menos hacerme santa: en el momento que oigo alguna cosa buena, deseo que estuvierais a mi lado.

Tenéis parte en todo lo que yo pienso: miro en mí todos los días los efectos naturales de una extrema amistad. Os abrazo tiernamente, abrazadme también. Un pequeño recuerdo a mi coadyutor; y en cuanto a M. de Grignan, me parece que está tan glorioso de teneros, que no escucha a nadie.

---

### A LA MISMA

*París, miércoles, 4 de marzo de 1671.*

¡Ah, hija mía! ¡Qué carta! ¡Qué pintura del estado en que os encontrabais, y qué mal os hubiera cumplido mi palabra si os hubiera prometido no asustarme de un peligro tan grande! Bien sé que ya ha pasado, pero es imposible representarse vuestra vida tan próxima a su fin sin gemir de horror: y M. de Grignan os deja embarcar durante una tempestad! Y cuando vos sois temeraria, él encuentra gracioso el serlo más que vos: en lugar de haceros esperar a que la tormenta pasara, él quiere exponeros. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuánto mejor hubiese sido ser tímido y deciros que si vos no teníais miedo él lo tenía y no sufriría que vos atravesaseis el Ródano con un tiempo como el que hacía! ¡Qué trabajo me cuesta comprender su ternura en esta ocasión! Este Ródano que da miedo a todo el mundo, ese puente de Avignon, junto al cual se haría mal en pasar aun tomando de lejos todas las medidas. Un remolino de viento os arroja violentamente bajo un arco, y ¡qué milagro el que no hayáis sido despedazados y ahogados en un momento! Yo no soporto este pensamiento, tiem-

blo al recordarle y me he despertado con sobresaltos que no puedo dominar. ¿Encontráis siempre que el Ródano no sea más que agua? De buena fe, ¿no os habéis asustado de una muerte tan próxima y tan inevitable? ¿No seréis otra vez un poco menos atrevida? Una aventura como ésta, ¿no os hará ver los peligros tan terribles como ellos son? Yo os ruego que confeséis lo que pensáis: creo al menos que habréis dado gracias a Dios por haberos salvado; en cuanto a mí, estoy persuadida de que las misas que he hecho decir todos los días por vos han hecho este milagro, y yo estoy más obligada a Dios por haberos conservado en esta ocasión, que por haberme hecho nacer; es a M. de Grignan a quien me dirijo. El coadyutor tiene buen tiempo: no ha sido molestado más que por la montaña de Tarare que me parece ahora como las pendientes de Nemours. M. Busche<sup>1</sup> ha venido a verme; he tenido intención de besarle pensando en lo bien que os ha conducido; le he hablado mucho de vuestros hechos y vuestros gestos, y después le he dado de beber a mi salud. Esta carta os parecerá ridícula, pues la recibiréis en ocasión de que ya no pensaréis en el puente de Avignon. Es preciso que yo piense en él ahora. ¡Es una desgracia las relaciones tan lejanas; es preciso resolverse y no rebelarse contra este inconveniente! Esto es natural, y se haría demasiado fuerte la obligación de ahogar todos sus pensamientos; es preciso entrar en el estado natural en que se está respondiendo a una cosa que nos interesa. Vos estaréis, pues, obligada a excusarme a menudo. Espero noticias de vuestra estancia en Arlés; yo sé que habréis encontrado allí mucha gente. ¿No me estáis agradecida por haberos enseñado el italiano? Ved qué bien os habéis encontrado con el Vice-legado: lo que decís de esta escena es excelente, pero he disfrutado poco del resto de vuestra carta. Yo os evito mis eternos comienzos sobre el puente de Avignon: no le olvidaré en mi vida.

---

<sup>1</sup> El conductor de Mad. de Grignan.



## A LA MISMA

*París, viernes, 13 de marzo de 1671.*

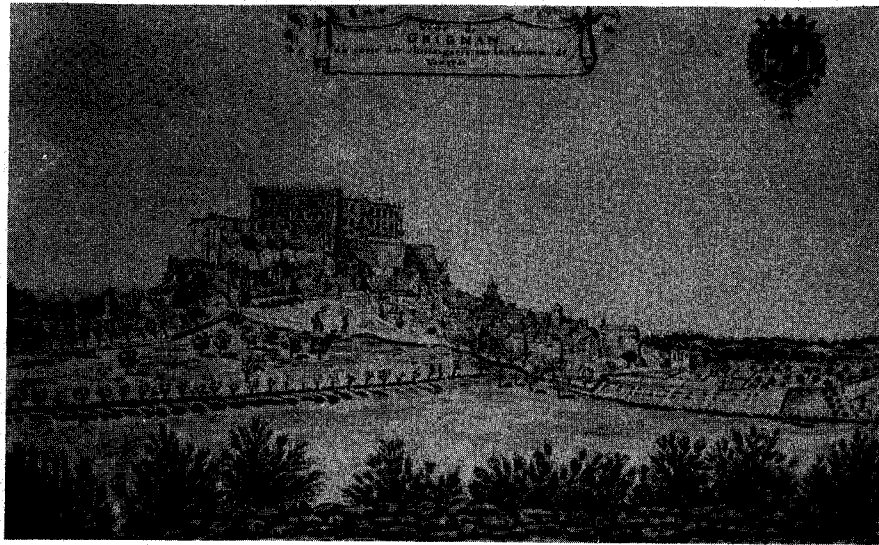
Heme aquí con la alegría en el corazón, completamente sola en mi cuarto escribiéndoos apaciblemente. Nada me es tan agradable como este estado. He comido hoy en casa de Mad. Lavaradin, después de haber oído a Bourdaloue donde estaban las madres de la iglesia: así es como yo llamo a las princesas de Conty y de Longueville. Toda la gente que figura en el mundo estaba en este sermón, y este sermón era digno de todo el que lo escuchaba. He pensado veinte veces en vos y otras tantas he deseado teneros cerca de mí; hubierais estado encantada de oírle y yo más encantada todavía de veros oírle. M. de la Rochefoucauld ha recibido muy agradablemente en casa de Mad. Lavaradin los cumplimientos que le hacéis; se ha hablado mucho de vos. M. d'Ambres estaba allí con su prima de Brissac; ha parecido interesarse mucho en vuestro pretendido naufragio; se ha hablado de vuestro atrevimiento. M. de Rochefoucauld ha dicho que vos habíais querido parecer valiente en la esperanza de que alguna caritativa persona os lo impidiera, y que no habiéndola encontrado os habéis debido hallar en el mismo embarazo que Scaramouche. Hemos estado en la feria a ver una endiablada mujer más alta que Riberpre toda la cabeza: el otro día parió dos grandes criaturas que vinieron de frente con los brazos a los lados: es por completo una gran mujer. He estado a dar vuestros recuerdos en el hotel de Rambouillet; os devuelven mil. Mad. de Montausier está desesperada de no poder veros. He estado en casa de Mad. de Puy-du-Fou: he estado por la tercera vez en casa de Mad. de Maillanes; me hago reír a mí misma observando el placer que encuentro en todas estas cosas. Por lo demás, si creéis rabiosas a las hijas de la reina, creéis bien. Hace ocho días que Mad. de Ludres<sup>1</sup>, Coëtlogon y la pequeña de Rouvroi fueron

<sup>1</sup> María Isabel de Ludres, camarera de Poussay, que fué amada por el Rey.

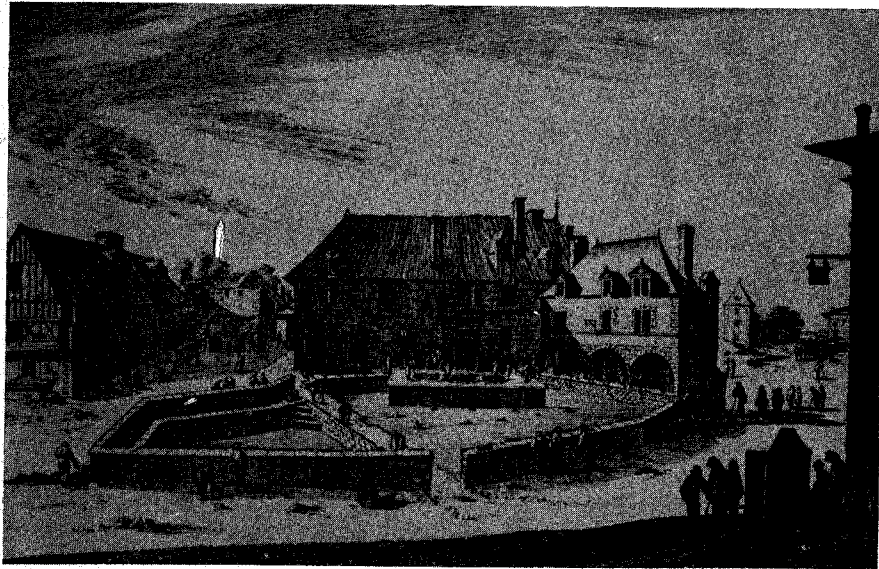


LA MARQUESA DE SÉVIGNÉ

*De un pastel de R. Nanteuil, perteneciente al Conde de Laubespín.*



El Castillo de Grignan a fines del siglo XVII.  
*Cabinet des Estampes. París.*



Los baños de Bourbon l'Archambault en el siglo XVII.  
*De un grabado de Israel Silvestre.*

mordidos por una perrilla de Theobon; esta perra ha muerto rabiosa; de suerte que Ludres, Coëtlogon y Rouvroi, han salido esta mañana para Dieppe para hacerse echar tres veces en el mar. Este viaje es triste; Benserade está desesperado. Theobon no ha querido ir, aunque ella también ha sido mordida. La reina no quiere que la sirva; no se sabe lo qué resultará de toda esta aventura. ¿No encontráis que Ludres se parece a Andrómeda? En cuanto a mí la veo atada a la roca y a Treville<sup>1</sup> sobre un caballo alado que mata al monstruo.

*¡Ah! ¡Jezú! ¡Matame te Grignan! que coza tan dada, zer adojada deznuda en la mal!*<sup>2</sup>

Ya van bastantes días que no sé nada de vos: ¿creéis que yo adivino lo que hacéis? Pero yo me tomo demasiado interés por vuestra salud y por el estado de vuestro espíritu, para querer limitarme a lo que imagino. Las menores circunstancias son queridas si pertenecen a aquellos a quienes se ama perfectamente, así como son enojosas las de los otros; lo hemos dicho mil veces y es verdad. La Vauvineux os manda cien recuerdos; su hija ha estado muy enferma. Mad. d'Arpajon lo ha estado también. Nombradme toda esta gente con Mad. de Verneuil<sup>3</sup> todo lo que gustéis. Aquí hay una carta de M. de Condom, el cual me la ha enviado con un billete muy bonito. Vuestro hermano entra bajo las leyes de Ninón; dudo que le sean buenas: hay espíritus para quienes no valen nada. Ella habría mimado a su padre, es preciso recomendarle a Dios; cuando se es cristiana, o al menos cuando se quiere serlo, no se pueden ver los desarreglos sin pena. ¡Ah! Bourdaloue. ¡Qué divinas verdades nos habéis dicho hoy acerca de la muerte! Mad. de Lafayette estaba allí por la primera vez de su vida; estaba transportada de admiración; agradece mucho vuestro recuerdo y os abraza de todo corazón. Le

<sup>1</sup> Enrique José de Peyre, conde de Treville.

<sup>2</sup> Manera de pronunciar de Mad. de Ludres.

<sup>3</sup> Carlota Seguier, viuda del duque de Sully, casada en segundas nupcias con el duque de Verneuil, hijo natural de Enrique IV.

he dado una bella copia de vuestro retrato y le ha puesto en su gabinete, donde no sois jamás olvidada. Si estáis todavía del humor que estabais en Santa María y guardáis todavía mis cartas, ved si habéis recibido la del dieciocho de febrero. Adiós, mi muy amable hija. ¿Os diré yo que os amo? Parece burlarse el hablar de esto todavía; sin embargo, como yo estoy encantada cuando me aseguráis vuestra ternura, os aseguro la mía a fin de daros regocijo si sois de mi humor. ¿Y ese Grignan, merece que le diga yo una palabra?

Creo que M. d'Hacqueville os envía todas las noticias; yo por mi parte, nada sé; sería muy a propósito para deciros que el canciller ha tomado un enjuagatorio<sup>1</sup>. Ayer ví una cosa en casa de Mademoiselle que me causó placer. Mad. de Gevres llegó bella, encantadora y graciosa; Mad. de Arpajon estaba por cima de mí; pienso que la duquesa esperaba que la ofreciese mi sitio; pero por mi fe, yo la debía una descortesía desde el otro día, se la pagué al contado y no me moví. Mademoiselle estaba en la cama y Mad. de Gevres se vió obligada a quedarse fuera del estrado; esto es incómodo. Traen de beber a Mademoiselle, es preciso darle la servilleta. Veo a Mad. de Gevres que se quita el guante de su flaca mano; yo empujo a Mad. de Arpajon: ésta me entiende y se quita el guante y con mucha gracia avanza un paso, detiene a la duquesa y coge la servilleta y se le da a Mademoiselle. La duquesa de Gevres quedó avergonzada; había subido al estrado, se había quitado sus guantes y todo esto para haber dado la servilleta desde más cerca a Mad. Arpajon. Hija mía, yo soy mala, esto me ha regocijado; bien empleado le está. ¿Se ha visto nunca correr para quitar a Mad. de Arpajon un pequeño honor que la correspondía naturalmente? Mad. de Puisieux se ha alegrado también. Mademoiselle no se atrevía a levantar los ojos; y yo, yo tenía una cara que no valía nada. Después de esto se me han dicho cien mil cosas buenas de vos, y Mademoiselle me ha mandado deciros que estaba muy contenta

<sup>1</sup> El canciller Seguier no iba nunca al consejo sin tomar esta precaución.

de que no os hubieseis ahogado y de que estuvieseis en buena salud. Fuimos a casa de Mad. Colbert, que me pidió noticias vuestras: he aquí terribles bagatelas, pero yo no sé nada.

Bien veis que ya no soy devota: ¡Ah! tengo mucha necesidad de las mañanas y de la soledad de Livry; yo os daría los dos libros de La Fontaine cuando estuvieseis incomodada; hay pasajes bonitos y otros enojosos: no se quiere jamás contentarse de haber hecho bien, y queriéndolo hacer mejor se hace más mal.

### A LA MISMA

*Livry, Jueves Santo, 26 de marzo de 1671.*

Si yo hubiese llorado tanto mis pecados como he llorado por vos desde que estoy aquí, me encontraría muy bien dispuesta para hacer mis pascuas y mi jubileo. He pasado aquí el tiempo que había resuelto, de la manera que lo había imaginado a excepción de vuestro recuerdo que me ha atormentado más de lo que yo había previsto. Es una cosa extraña, una imaginación viva que representa todas las cosas como si todavía existiesen; sobre esto se piensa al presente, y cuando se tiene el corazón como yo le tengo, se muere. Yo no sé dónde esconderme de vos: nuestra casa de París me abrumba siempre, y Livry me acaba. En cuanto a vos, sólo por un exceso de memoria pensáis en mí; la Provenza no está obligada a presentarme ante vos, como estos sitios deben presentaros ante mí. Yo he encontrado dulzura en la tristeza que aquí he tenido; una gran soledad, un gran silencio, oficios tristes, las tinieblas cantadas con devoción, un ayuno canónico y una belleza en estos jardines de la cual quedaríais encantada. Todo esto me ha agradado. No había estado jamás en Livry durante la Semana Santa. ¡Ah! ¡Cuánto os he deseado! Por poco que os guste la soledad, hubierais estado contenta de ésta, pero yo me vuelvo a París por necesidad; allí encontraré cartas vuestras y quiero asistir mañana al sermón del

P. Bourdaloue o del P. Mascaron. Yo he honrado siempre los bellos sermones de Soledad. Adiós, mi querida hija, acabará ésta en París; ved lo que tendréis de Livry: si yo hubiese tenido la fuerza de no escribiros y de hacer un sacrificio a Dios de todo lo que allí he sentido, esto solo valdría más que todas las penitencias del mundo; pero en lugar de hacer un buen uso de ellas, he buscado consuelo en hablaros. ¡Ah, hija mía! ¡Qué débil y miserable es esto!

### A LA MISMA

París, miércoles, 1º de abril de 1671.

Ayer vine de Saint Germain; estuve con Mad. de Arpajon. El número de los que me pidieron noticias vuestras es tan grande como el de todos los que componen la Corte. Pienso que es bueno distinguir la Reina que dió un paso hacia mí, y me pidió noticias de mi hija sobre su aventura del Ródano. Yo la dí gracias del honor que os hacía acordándose de vos. Entonces tomó la palabra y me dijo: "Contadme cómo ha pensado perecer". Yo me puse entonces a contarla vuestro atrevimiento de querer atravesar el Ródano con un gran viento, y que este viento os había arrojado rápidamente bajo un arco a dos dedos del pilar, donde hubierais perecido mil veces si hubieseis chocado. La Reina me dijo: "¿Y su marido estaba con ella?" Sí, señora, y el señor coadyutor también. —Verdaderamente hicieron muy mal, replicó haciendo exclamaciones y diciendo cosas muy agradables para vos. Vinieron en seguida muchas duquesas, entre otras la joven Ventadour, muy bella y muy bonita. Se pasaron algunos momentos sin traerla el divino taburete; me volví hacia el gran maestre y le dije: "¡Eh! que se lo den, bastante caro le cuesta"<sup>1</sup>. El fué de mi opinión. En medio del silencio del

<sup>1</sup> M. de Ventadour era no solamente feo y contrahecho, sino además muy calavera.

círculo, la Reina se volvió y me dijo: "¿A quién se parece vuestra nieta?" "Señora, le dije yo, se parece a M. de Grignan". S. M. exclamó y me dijo dulcemente: "Lo siento; hubiera hecho mejor en parecerse a su madre o a su abuela". He aquí para qué me valéis en la Corte. El mariscal de Bellefonds me ha prometido darlo a la prensa; M. y Mad. de Duras a quien he dado vuestros recuerdos; M. de Charost y M. de Montausier y *tutti quanti* os los devuelven centuplicados. He dado vuestra carta a M. de Condom. No debo olvidar el Delfín y Mademoiselle, que me han hablado de vos. He visto a Mad. de Ludres; ella se dirigió a mí con una superabundancia de amistad que me sorprendió; me habló de vos en el mismo tono, y después de repente, cuando yo pensaba en responderla, ví que ya no me escuchaba, y que sus hermosos ojos registraban el salón. Yo lo ví prontamente, y los que vieron que yo lo veía, me agradecieron haberlo visto y se echaron a reír. Ella ha sido sumergida en el mar, el mar la ha visto completamente desnuda, y su fiera ha aumentado —yo hablo de la fiera del mar; pues en cuanto a la bella, ésta está muy humillada.

Los peinados hurluberlú me han divertido mucho; hay algunos que dan ganas de darles bofetadas. La Choiseul se parecía, como dijo Ninón, a una *primavera de Hostería*<sup>1</sup> como dos gotas de agua. Esta comparación es excelente. ¡Pero que peligro es esta Ninón! Si supieseis cómo dogmatiza sobre religión, os daría horror. Su celo para pervertir jóvenes es semejante al de un cierto M. de Saint-Germain que nosotros hemos visto una vez en Livry. Encuentra que vuestro hermano tiene la sencillez de la paloma, se parece a su madre; es Mad. de Grignan quien tiene toda la sal de la casa y que no es tan tonta para permanecer en esta docilidad. Alguien pensó tomar vuestro partido y quiso quitarle la estima que ella tiene por vos; ella le hizo callar, y dijo que sabía de esto más que él. ¡Qué corrupción! Porque ella os encuentra hermosa y espiritual, quiere unir a esto otra cualidad,

<sup>1</sup> Alusión a las malas pinturas que se veían en los hoteles y tabernas.

sin la cual, según sus máximas, no se puede ser perfecta. Estoy vivamente disgustada del mal que ha hecho a mi hijo tocante a este punto. No digáis nada para ella; Mad. de Lafayette y yo hacemos todos nuestros esfuerzos para separarle de una relación tan peligrosa. El tiene además una joven actriz<sup>1</sup> y todos los Racine y los Despréaux y paga las cenas; en fin, es una verdadera diablura. Se burla de los Mascarón, como habéis visto. Verdaderamente le hará falta vuestro mínimo<sup>2</sup>. Yo no he visto nunca nada tan burlón como lo que acerca de esto me escribís; se lo he leído a M. de la Rochefoucauld y ha reído muchísimo. Os dice que hay un cierto apóstol que corre detrás de su costilla y que quisiera apropiársela como su bien; pero no tiene el arte de seguir las grandes empresas. Parece que Melusina ha caído en un pozo; no oímos hablar una palabra de ella. M. de la Rochefoucauld os dice además, que él quisiera también la tercera costilla de M. de Grignan<sup>3</sup>. El sitio en que vos decís que hay dos costillas rotas le hizo reír mucho. Os deseamos siempre alguna suerte de locura que os divierta; pero tememos mucho que ésta no haya sido mejor para nosotros que para vos. Después de todo os compadecemos mucho por no hablar de Dios más que de esta manera. ¡Ah! ¡Bourdaloue! Según me han dicho ha predicado un sermón más perfecto que todo cuanto se puede imaginar: era el del año pasado que por consejo de sus amigos había corregido a fin de que fuese inimitable. ¿Cómo se puede amar a Dios, cuando nunca se oye hablar bien de él? Es preciso para esto gracias más particulares que a los otros. El otro día oímos al abate Montmort<sup>4</sup>. No he oído jamás un predicador tan joven y hermoso; os le deseaba en lugar de vuestro mínimo. Hizo el signo de la cruz y dijo su texto. No nos rió ni nos dijo

<sup>1</sup> La Champmelé.

<sup>2</sup> El mínimo que predicaba a Grignan.

<sup>3</sup> Es decir, a Mad. de Grignan que era su tercera mujer.

<sup>4</sup> Este abate fué nombrado obispo de Perpiñán en 1680, y murió en Montpelier a la edad de cincuenta y un años, el 23 de enero de 1695.

injurias; nos rogó que no temiéramos la muerte, pues este era el solo paso que teníamos para resucitar con Jesucristo. Nosotros se lo prometimos y todos nos fuimos contentos. No tiene nada que choque: imita a M. de Agen<sup>1</sup> sin copiarle; es atrevido, modesto, sabio y devoto; en fin, quedé contenta de él hasta el último grado.

Madame de Vauvineux os da mil gracias; su hija ha estado muy mala. Mad. de Arpajon os beja mil veces, y sobre todo M. de Camús os adora; y yo mi querida hija, ¿qué pensáis que yo hago? Amaros, pensar en vos, enternecerme a cada instante más de lo que yo quisiera, inquietarme de lo que pensáis, ocuparme de vuestros asuntos, sentir vuestros enojos y vuestras penas, quererlos sufrir por vos, si esto fuera posible, limpiar vuestro corazón como limpiaba vuestra alcoba de todo lo molesto de que la veía llena; en una palabra, comprender vivamente lo que es amar a otro más que a sí mismo; he aquí cómo yo soy. Esta es una cosa que se dice a menudo sin sentirla; se abusa de esta expresión, pero yo la repito sin profanarla jamás; yo la siento toda entera dentro de mí, y esto es verdad. No hay razón para todas las alabanzas que me hacéis; no la hay tampoco para la extensión que yo doy a esta carta; es preciso acabarla y poner límites a lo que no los tendría si yo me creyese. Adiós, amada mía, contad con mi ternura que no tendrá fin jamás.

## A LA MISMA

*París, sábado 4 de abril de 1671.*

Os describía el otro día el peinado de Mad. de Nevers y hasta qué exceso había llevado la Martín esta moda; pero hay una cierta medianía que me ha encantado y que os es preciso aprender a fin de que no tengáis que entreteneros más en hacer

<sup>1</sup> Claudio Soly a quien Mascarón sucedió en 1672.

cien pequeños bucles sobre vuestras orejas que se desrizan en un momento y que no están más a la moda que el peinado de la reina Catalina de Médicis. Vi ayer a la duquesa de Sully y a la condesa de Guiche: sus cabezas son encantadoras; estoy convencida; este peinado parece hecho justamente para vuestro rostro; estaréis como un ángel y se hace en un momento. Lo que me disgusta es que esta moda que deja la cabeza descubierta, me hace temer por los dientes.

He aquí lo que *Trochanire*<sup>1</sup>, que viene de Saint-Germain, y yo, vamos a haceros comprender si podemos. Imaginaos una cabeza partida a la aldeana, hasta dos dedos de la almohadilla; se corta el cabello por ambos lados y se hacen dos grandes bucles redondos y caídos que llegan hasta un dedo por bajo de la oreja. Esto da un aspecto muy joven y muy bonito, y como dos gruesos de *bouquets* de cabellos por cada lado. Es preciso no cortar el cabello demasiado corto; pues como es preciso rizarlos *naturalmente*, los bucles, que se llevan mucho, han engañado a varias damas cuyo ejemplo debe hacer temblar a las otras. Se ponen las cintas como de ordinario. Yo no sé si os hemos representado bien esta moda. Haré peinar una muñeca para enviárosla, y después, al cabo de todo esto, muero de miedo de que vos no queráis tomaros este trabajo. Lo que es verdad, es que el peinado que hace Mongobert no es ya soportable. Por lo demás, consultad vuestra pereza y vuestros dientes; pero no me pidáis el desear que yo pueda veros peinada aquí como las otras. Yo os veo, aparecéis ante mí, y este peinado es hecho para vos; pero, ¡qué ridículo es para ciertas damas, a cuya edad o a cuya belleza no conviene!

<sup>1</sup> Madame de la Troche, que ayudaba a Mad. de Sévigné en esta descripción.

## A LA MISMA

*Viernes, a la noche, 17 de abril de 1671.*

Hago mi paquete en casa de Mad. de Lafayette, a quien he dado vuestra carta; la hemos leído juntas con placer, encontramos que nadie escribe mejor que vos; la elogiáis muy agradablemente, y yo como de paso encuentro alguna frase que me va derecha al corazón. Es un don que poseéis por extraña manera. Mad. de Lafayette fué ayer a Versalles; Mad. de Thianges la había invitado a ir; fué muy bien recibida, pero muy bien; es decir, que el Rey la hizo subir en su calea con las damas, y se complació en hacerla ver todas las bellezas de Versalles, como haría un particular a quien se va a su casa de campo; no habló más que a ella y recibió con mucho placer y finura los elogios que ella hizo de las bellezas que veía; ya podéis pensar si estará contenta con tal viaje. M. de la Rochefoucauld, que está aquí, os abraza sin otra forma de proceso, y os ruega que creáis que está más lejos de olvidaros que presto a danzar el baile de la Auvernia; tiene un pequeño principio de gota en la mano que le impide escribir en esta carta. Mad. de Lafayette os estima y os ama, y no os cree tan desprovista de virtudes como el día en que estabais acostada al lado de su chimenea y del cual os acordáis tan bien.

## A LA MISMA

*Viernes, a la noche, 24 de abril de 1671.*

*En casa de M. de la Rochefoucauld*

He hecho aquí mi paquete. Tenía deseos de contaros que el Rey llegó anoche a Chantilly; corrió un ciervo a la luz de la luna. Las linternas hicieron maravillas; los fuegos artificiales

fueron un poco deslucidos por la claridad de nuestra amiga; pero en fin, la noche, la cena, el fuego, todo fué a maravilla. El tiempo que ha hecho hoy nos hacía esperar una continuación digna de tan agradable principio. Pero he aquí lo que oigo al entrar, y que hace que yo no sepa ya lo que os digo; es en fin que Vatel, el gran Vatel, el jefe de cocina de M. Fouquet, que lo era ahora del Príncipe, este hombre de una capacidad distinguida entre todos los otros, cuya buena cabeza era capaz de contener todo el cuidado de un Estado; este hombre, pues, que yo conocía, viendo que esta mañana a las ocho no había llegado el pescado, no ha podido aguantar la afrenta de la cual creyó que iba a ser agobiado, y en una palabra, se ha dado de puñaladas. Podéis pensar el horrible desorden que un accidente tan terrible ha causado en esta fiesta; pensad que el pescado ha podido llegar quizás cuando él expiraba. Yo no sé más hasta ahora; pero creo que vos pensáis que es bastante. No dudo que la confusión haya sido grande: es una cosa molesta en una fiesta de cincuenta mil escudos.

## A LA MISMA

*París, domingo, 26 de abril de 1671.*

Es domingo 26 de abril: esta carta no saldrá hasta el miércoles; pero esto no es una carta, es una relación que Moreuil acaba de hacerme para vos de lo que ha pasado en Chantilly con relación a Vatel. Os escribí el viernes que se había dado de puñaladas; ved aquí el asunto con detalles: el Rey llegó el jueves por la noche; el paseo, la colación en un sitio tapizado de juncia, todo salió a pedir de boca. Se cenó y hubo algunas mesas en que faltó el asado a causa de algunos convidados con que no se contaba: esto impresionó a Vatel, que dijo varias veces: "He perdido el honor; esto es una afrenta que yo no soportaré". Luego dijo a Gourville: "Se me va la cabeza; hace

doce noches que no he dormido; ayudadme a dar órdenes". Gourville le consoló en lo que pudo; el asado que faltó no fué en la mesa del Rey, sino a otros veinte y cinco que habían llegado; pero él lo tenía siempre en la imaginación. Gourville se lo dijo al Príncipe. Este fué a la habitación de Vatel y le dijo: "Vatel, todo va bien, nada ha habido más hermoso que la cena del Rey". El respondió: "Monseñor, vuestra bondad me agobia, y sé que el asado ha faltado en dos mesas. —Nada de eso, no os incomodéis, todo va bien". Llegó medianoche, los fuegos artificiales no lucieron; habían costado dieciséis mil francos. A las cuatro de la mañana salió y fué por todas partes encontrando a todos dormidos. Sólo vió un proveedor que no le llevaba más que dos cargas de pescado, y le preguntó. —¿Es esto todo? —Sí, señor; él no sabía que Vatel había enviado a todos los puertos de mar. Vatel esperó algún tiempo; los otros proveedores no vinieron. Su cabeza se calentaba y creyó que no habría otro pescado; encontró a Gourville y le dijo: "Caballero, yo no sobreviviré a esta afrenta". Gourville se burló de él. Vatel sube a su habitación, apoya su espada contra la puerta y se la pasa a través del pecho; pero no murió hasta el tercer golpe, pues los dos primeros no fueron mortales. Por fin cayó muerto. El pescado entretanto llega de todas partes; se busca a Vatel para distribuirle, se va a su habitación, se golpea, se derriba la puerta; se le encuentra bañado en su sangre; corren a casa del Príncipe, que expresó la mayor desesperación. El duque lloró: era sobre Vatel en quien fundaba todo su viaje a Borgoña. El Príncipe le dijo al Rey muy tristemente. Se dice que esto era considerar el honor a su manera; se le alabó mucho y se censuró su valor. El Rey dijo que hacía cinco años que retardaba su venida a Chantilly, porque comprendía el exceso de esta molestia. Dijo al Príncipe que no debía tener más que dos mesas y no encargarse de todo; juró que no permitiría que el Príncipe hiciese tales gastos; pero todo era demasiado tarde para el pobre Vatel. Sin embargo, Gourville trató de reparar la pérdida de Vatel y fué reparada. Se comió muy bien, se me-

rendó, se cenó, se paseó, se jugó y se fué de caza; todo estaba perfumado y cubierto de verdura, todo era encantador. Ayer, que era sábado, se hizo también lo mismo, y por la noche el Rey fué a Liancourt, donde había preparado *media noche*<sup>1</sup>; debe permanecer allí dos días. Esto es lo que Moreuil me ha dicho, esperando que os lo comunicara. Yo me echo todo a la espalda y no sé nada de lo demás. M. d'Hacqueville, que ha presenciado todo esto, nos hará sin duda relación de ello; pero como su letra no es tan legible como la mía escribo también, y si os mando esta infinidad de detalles, es porque yo los deseaba en semejante ocasión.

## A LA MISMA

*Los Rochers, miércoles, 4 de noviembre de 1671.*

Hija mía: Hace hoy dos años que ocurrió una extraña escena en Livry<sup>2</sup> y que mi corazón sufrió una terrible angustia; pero es preciso pasar ligeramente sobre tales recuerdos. Hay ciertos pensamientos que hacen perder la cabeza. Hablemos un poco de M. de Nicole: hace mucho tiempo que no hemos dicho nada de él. Encuentro vuestra reflexión muy buena y muy justa acerca de la indiferencia que él quiere que tengamos por la aprobación o la desaprobación del prójimo. Creo como vos, que es preciso un poco de gracia y que la filosofía sola no es bastante. Nos pone a un tan alto precio la paz y la unión con el prójimo, y nos aconseja adquirirla a costa de tantas cosas, que no hay medio después de esto de ser indiferente a lo que el mundo piensa de nosotros. Adivinad lo que yo hago: comienzo de nuevo este tratado y quisiera que fuese como un caldo que se puede tragar en seguida. Lo que él dice del orgullo y del amor

<sup>1</sup> Esta frase está en español en el original francés.

<sup>2</sup> Alude al mal parto de Mad. de Grignan, llegada a Livry el 4 de noviembre de 1669.

propio que se encuentran en todas las disputas y que se cubre con el hermoso nombre de amor de la verdad, es una cosa que me encanta. En fin, este tratado se ha hecho para bien del mundo; pero yo creo que se ha hecho especialmente para mí. Dice que la elocuencia y la facilidad de hablar dan un cierto brillo a los pensamientos; esta expresión me ha parecido bella y nueva; ¿no encontráis que esta palabra "brillo" está bien colocada?

Es preciso que releamos este libro a Grignan. Si yo fuese vuestro guardia durante vuestro parto, ésta sería la ocasión; pero, ¿qué puedo yo hacer desde tan lejos? Hago decir todos los días la misa por vos; he aquí mi empleo y el tener muchas inquietudes que no servirán de nada; pero que es imposible no tener. Sin embargo, tengo diez o doce obreros trabajando que elevan la techumbre de mi capilla, que corren sobre los andamios, que no temen nada, que están en todo momento a punto de romperse el cuello y que me hacen mal a fuerza de verlos desde abajo. Se piensa en este bello efecto de la Providencia que hace la ambición; se da gracias a Dios de que haya hombres que por doce sueldos quieran hacer lo que otros no harían por cien mil escudos. "¡Oh, demasiado felices los que plantan coles! Cuando tienen un pie en tierra, el otro no está lejos". He leído esto en un buen autor<sup>1</sup>. Tenemos también plantadores que hacen nuevas calles de árboles, los cuales sostengo yo misma cuando no llueve mucho, pero el tiempo nos agobia y nos hace desear un silfo para trasladarnos a París. Mad. de Lafayette me dice que, puesto que vos me contáis seriamente la historia de Auger, está persuadida de que nada es más cierto y de que no os burláis de mí. Ella creía al principio que esto fuese alguna locura de Coulanges, lo cual se podía pensar muy bien; si la escribís acerca de este asunto, hacedlo en este sentido. M. de Louvigny, como veis, no ha tenido el valor de comprar el cargo de su padre. He aquí a M. de la Feuillade bien establecido; no creía yo que debiese entrar tan pronto en el camino de la fortuna. Mi tía ha tenido

<sup>1</sup> Rabelais en *Panurgo*.



una fiebre que me ha dado miedo. Vuestra pequeña tiene mala la dentadura y pellizca como vos; esto es gracioso. ¿Qué más he de deciros? Pensad que estoy en un desierto. Nunca he visto menos gente que este año. La Troche, a quien esperaba, está enfermo. Estamos, pues, solos; leemos mucho y se encuentra la noche y el día siguiente como siempre. Adiós mi querida hija; soy vuestra sin ninguna exageración hasta la muerte inclusive; abrazo a M. de Clodiopolis<sup>1</sup> y al coronel Adhemar y al hermoso caballero. En cuanto a M. de Grignan, va por separado.

### A LA MISMA

*Los Rochers, domingo, 15 de noviembre de 1671.*

Cuando yo os he preguntado si habíais tirado mis cartas últimas, era una broma; pues de buena fe, aunque ellas no merezcan todo el honor que vos las dispensáis, creo que después de haber guardado las que os escribía cuando jugabais a las muñecas, guardaréis éstas también; pero ya no hay cajitas bastantes para contenerlas: será preciso baúles.

No creo que haya nada de más gracioso que lo que vos decís del nombre de Adhemar. En fin, la raspadura de sus letras está sólo en la firma<sup>2</sup>. Yo no sé qué decir acerca del nombre del regimiento; ya os he mandado mi opinión. Vos sabéis lo que yo soy para Adhemar, y que yo quisiera sostenerle con peligro de mi vida<sup>3</sup>; pero yo temo que no seamos nosotros los más fuertes. En cuanto a la divisa, es bonita<sup>4</sup>.

*Che peri, pur che m'innalzi.*

<sup>1</sup> El coadjutor de Arlés.

<sup>2</sup> El caballero de Grignan había tomado desde hacía poco el nombre de Adhemar y no tenía todavía la costumbre de firmar con él.

<sup>3</sup> El regimiento de que se trata era uno de los que se llamaban regimientos de gentileshombres y que llevaban el nombre de los coroneles.

<sup>4</sup> El cuerpo de esta divisa era un cohete volante.

He aquí el discurso de un amante de la gloria, de un ambiciosillo, de un temerario, de un impetuoso, de un pequeño mariscal de Francia. Tengo gran deseo de saber vuestra opinión y dónde yo la he pescado, pues yo no creo haberla hecho. En cuanto a M. de Grignan, le creo bien y estoy segura que ama mejor a un mirlo que a vos, y en este punto yo amo más a un buho que a él; que lo examine: yo le amo siempre en proporción de lo que él os ama; yo sé bien que hay una cosa que me hará juzgar de él. Pero, hija mía, ¿no admiráis los horrores y los contratiempos a que da lugar la distancia? Tengo pena por vos cuando estáis en buena salud, y acaso cuando estéis enferma, una de vuestras cartas me dará la alegría: pero esta alegría no puede ser larga, porque, en fin, es preciso dar a luz y esto es lo que me entristece y me turba con razón hasta que sepa vuestro feliz alumbramiento. ¿Estáis, pues, resuelta a dar a luz en Lambesc? ¿Tenéis vuestro cirujano? La joven Deville me dice que le conocéis, esto es bastante; pero temo que sea joven, y los jóvenes no tienen mucha experiencia. En fin, yo no sé lo que digo; pero tened cuidado de vos por encima de todas las cosas. El pasado debe haberos hecho prudente; en cuanto a mí, soy ya de una capacidad que me sorprende.

¿Os he dicho que hacía plantar la plaza más bonita del mundo? Yo me coloco en medio de esta plaza, donde nadie me acompaña porque hace mucho frío. La Mousse da veinte vueltas para entrar en calor; el abate va y viene para nuestros asuntos, y yo estoy allí plantada con mi casaca pensando en la Providencia, pues este pensamiento no me abandona jamás. Quisiera saber aquí las noticias de vuestro parto: la fatiga de los caminos y mi violenta inquietud, no me parecen dos cosas que se puedan soportar a la vez. Mandadme a decir qué nombre tomará Adhemar, yo le encuentro difícil: M. de Grignan defiende *Grignan* y tiene razón; Rouville<sup>1</sup> defiende el otro: será preciso dejar la elección a este joven amante de la gloria.

<sup>1</sup> Francisco, Conde de Rouville, hombre extraordinario por la autoridad que había adquirido de decir altamente la verdad.

¿Queréis saber si tenemos todavía hojas verdes? Sí, muchas: están mezcladas de aurora y de hoja muerta, y esto hace un conjunto admirable.

He aquí dos buenas viudas: Mad. de Senneterre y Mad. de Leuville; la una es más rica que la otra, pero la otra es más rica que la una. No me decís nada de vuestra asamblea; dura más que nuestros estados. Habladme de vuestra salud y por lo que vos llamáis pesadeces, no encuentro más que esto de bueno. ¡Ah! si vos las odiáis no tendréis más que quemar mis cartas sin leerlas. Nuestro abate os abraza paternalmente, y os conjura a que hagáis durante el tiempo que estéis en ésa, todos los chicos que queráis y no guardar ninguno para cuando nosotros llegemos. Adiós, mi querida hija, os recomiendo mi vida.

### A LA MISMA

*Los Rochers, domingo, 29 de noviembre de 1671.*

Me es imposible, muy imposible el deciros, mi querida hija, la alegría que he recibido al abrir esta venturosa carta que me anuncia vuestro feliz alumbramiento. Viendo una carta de M. de Grignan he sospechado que estaríais en cama; pero al no ver estas amables letras de vuestra mano, comprendí que el asunto era grave. Había, sin embargo, una vuestra del quince; pero la miraba sin ver porque la de M. de Grignan me trastornaba la cabeza; en fin, la he abierto con un temblor extraordinario y he encontrado todo lo que yo podía desear en el mundo. ¿Qué pensáis que yo haga en este exceso de alegría?

Preguntad al coadyutor, vos no os habéis encontrado nunca en esta situación. ¿Sabéis lo que se hace? El corazón se conmueve, se llora sin poderlo impedir; esto es lo que yo he hecho, querida mía, con mucho placer: son lágrimas de una dulzura que no puede compararse a nada, ni aún a las alegrías más brillantes. Como vos sois filósofa, sabéis las razones de todos



LUIS XIV, LLAMADO EL REY SOL  
*Museo de Versailles.*



Entrada de Luis XIV a Estraburgo, después de la rendición de la ciudad, en el año 1681.

estos efectos; en cuanto a mí, yo lo siento y voy a hacer decir tantas misas para dar gracias a Dios por este beneficio, como mandé decir para pedírselo. Si el estado en que estoy durase mucho tiempo, la vida sería demasiado agradable; pero es preciso gozar del bien presente, las penas vienen bastante pronto. ¡Qué bonita cosa! ¡Dar a luz un varón y hacerle apadrinar por la Provenza!<sup>1</sup> No se puede desear más. Hija mía, yo os doy gracias mil veces por las tres líneas que me habéis escrito; ellas han sido el coronamiento de una alegría completa. Mi abate está trasportado de gozo como yo y nuestro Mousse encantado. Adiós, angel mío. Tengo otras muchas cartas que escribir además de la vuestra.

#### A LA MISMA

París, miércoles, 23 de diciembre de 1671.

Os escribo un poco más largo porque quiero hablar un momento con vos. Después que os heube enviado mi paquete el día de mi llegada, Duvois me trajo el que yo creía perdido: podéis pensar con qué alegría le recibí. No pude contestar porque Mad. de Lafayette, Mad. de Saint-Geran y Mad. de Villiers vinieron a abrazarme. Hacéis todas las admiraciones que debe causar una desgracia como la de M. de Lauzun; todas vuestras reflexiones son justas y naturales, todos los que tienen ingenio las han hecho, pero se comienza a no pensar más en ello. He aquí un buen país para olvidar a los desgraciados. Se ha sabido que hizo su viaje con una desesperación tan grande, que no le dejaban solo un momento. Se quiso hacerle bajar de la carroza en un sitio peligroso, y respondió: "*Estas desgracias no son hechas para mí*". Dice que es inocente en cuanto al Rey; pero que su crimen consiste en tener enemigos demasiado poderosos.

<sup>1</sup> Fué tenido en la pila bautismal por los procuradores del país de Provenza y llamado *Luis-Provenza*.